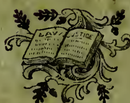

LUX
LIBERTAS

Impresiones

Ensayos Joco-serios.

POR

Salvador González Pérez.



Caracas.
Tip. Moderna.=Este 4, Ns. 3 y 5.
1899.

IMPRESIONES

(ENSAYOS JOCO-SERIOS)

POR

Salvador González Pérez.



......¡ Ella ! que ahora me cautivaba, aprisionándome con la divina cadena de sus brazos tentadores......
.........Caía su cabellera rubia en madejas espesas sobre su espalda y su cuello de mármol ; sus ojos, brillantes por el llanto, parecían rogarme.
....

(*S. González Pérez.*)



CARACAS
Tip. Moderna.-Este 4, Ns. 3 y 5.
1899

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Impresiones.

(Ensayos Joco-serios.)

A mi querido buen amigo é inspirado colega Juan Manuel Hurtado Machado y su muy distinguida familia.

Recuerdo de cariño del

Autor.

10 de enero de 1902.



Salvador González Pérez

* * * Dedico estas pálidas creaciones de mi mente, á mis padres, como recíproca protesta de cariño y veneración: Y á la juventud pensadora, esa majestuosa columna del porvenir, como grato testimonio de mi viva simpatía y confraternidad. * * *

El Autor.



Prólogo

Benévolo lector: Desearía que este trabajo fuera de importancia tánta, que te vieras en el caso de leerlo muchas veces, dada su primorosa naturalidad; pero ¿qué puede ofrecerte el estéril ingenio mío, sin el cultivo eficaz é indispensable que requiere el entendimiento inexperto de todo novel pensador, sin la lectura de los buenos libros, sobre todo cuando emprende á luchar con los óbices que, á cada paso que dá, surgen en el laberinto enmarañado de las letras?......

Lo testifico, lo confieso ingenuamente; no poca es mi osadía al presentarme al público con estos ensayos, débiles en sus formas, sin sustancia en el fondo y tan embrollados en su desarrollo. Además, los considero muy desaliñados en el lenguaje, flojos en el estilo y pesados en el tono, pues bien percibirá aquél ó aquellos que los leyeren ú oyeren, que adolecen de falta de fecundidad y son pobres de agudezas. Pero, acogedlo con gusto, que mi deseo más vehemente se limita á proporcionarte un rato de so-

laz en los momentos en que el tedio abruma y la imaginación solicitando en que recrearse, recurre á menudo á un libro predilecto para empapar la fantasía en las fuentes que contiene, aunque sus aguas no sean lo suficientemente cristalinas.

Teniendo apenas escasa idea sobre la literatura, y sin conocer las obras de los grandes maestros, rigurosamente necesarias para auxilio de la inteligencia; poseyendo tan sólo un destello de luz adquirida en las columnas de la prensa, en una palabra, sin tener elevados conocimientos, he aquí como me ofrezco y con lo único que comienzo á guiarme; y al producir, en verdad, lo efectúo con cierto temor invencible, porque percibo mi impericia y alcanzo á distinguir la sátira que me escudriña de lejos, oculta tras la columna potente del saber, dispuesta á ocurrirme y á herir con sus terribles saetas.

A mis lectoras amabilísimas las ruego no desprecien esta humilde obrita, condenándola al sueño del olvido: las encarezco á que la envíen á orlarla con su cubierta y á que, con inefable placer, la coloquen á su vista, consagrándola un poco de cariño, que yo, el más humilde hijastro de las letras, agradeceré tan delicada distinción con un poco de afecto.

A mis prudentes lectores cúmpleme idénticamente pedirles algo de indulgencia y de satisfacción para ella.

Soy un adolescente, y he consagrado todos mis esfuerzos, todo mi espíritu, á darle el mayor realce posible con mi imaginación fogosa, concibiendo los ligeros perfiles que ella crea.



UNA LIDIA



Cada uno de nosotros tenemos nuestras aficiones.

¡El señor Melchor daría con infinito gusto la camisa en cambio de gozar del sensacional espectáculo de una corrida de toros!

Su entusiasmo raya en delirio cuando cuenta con la amistad de un buen "matador." En su casa esa noche, se baila y se bebe, y entre copas y canciones populares y *jaleo* se pasan las horas deleitosamente. ¡Y si celebra un triunfo de la tarde! ¡Entonces los obsequios y la fiesta no tienen límite!

Pero, ¡Dios libre al torero que no haga honor al título en la lidia! ¡Se atrevería á asirle por el cuello y estrangularle con la sangre fría que lo haría con un avestruz!

El señor Melchor es hacendado. Sus padres no se preocuparon en ofrecerle una carrera, que quizá le diera nombre y fama, porque, como dice él, "opinaban por lo productivo," y sólo se contentaron con darle luces sobre la Agricultura. Mas, cultiva sus tierras con tal perseverancia, capacidad y contento, que causa dicha mirarle trabajar como un peón.

De hábitos sencillos, de cualidades dignas de alabanza, por las virtudes que pone á prueba, y por su jovialidad habitual, se granjea voluntades y es querido de todo aquel que le trata.



Es día Domingo. La cuadrilla llegó la semana pasada. El diestro viene recomendado por la prensa del exterior. La corrida comienza á las cuatro y media.

Las calles adyacentes á la plaza son invadidas de numerosos grupos de personas de todas las esferas sociales.

¡ Y hay que ver la vivienda del señor Melchor ! ¡ Qué regocijo ! ¡ Reina un hermoso desorden ! ¡ una alegría inaudita !

—Pero, mujer,—dice,—¿ vas á estar toda la santa tarde anudando la corbata?...... Está bien así...... ¡ Lolita, cepíllame el pantalón !...... Pero, ¿ viene ese chaleco? ¡ Cuidado con los bolsillos, Manuelito !...... Bueno, muy bien, venga el peine: Alísame el cabello...... No, no quiero ondas, mujer, redondo el peinado, trae; así, ¿ ves?, así es como lo usa la generalidad de los buenos toreros. Mira, si no fuera por el vulgo compraría una moña y saldría por esas calles luciéndola. ¡ Qué tono me daría entonces !...... ¡ Vamos, el paltó, muchachos !...... ¡ Ah ! á don Lorenzo que tenga cuidado con los limones y las naranjas...... ¡ y que no olviden las capas !

Finalmente, el señor Melchor queda bien ataviado.

Cinco de sus amigos más entusiastas por las corridas, don Lorenzo y él, llevando cada uno bajo el brazo su capa correspondiente, á manera de lío, en la que ocultan unas bolsas de regular proporción, llenas unas de limones y otras de naranjas, llegan y se acumulan en torno de las taquillas, donde un continuo remolinar de gentes se agita dando voces, que van á perderse entre los confusos gritos de los rapaces que dominan los alrededores del frente del circo por donde pululan.

Nuestros siete gozosos personajes entran en tropel y suben precipitadamente la escalera de entrada...... Allí están, ebrios de dicha y de bullicio, sentados en las gradas. Todos quieren hablar á la vez. Y el señor Melchor, que no se ha callado ni un instante, siempre versando sobre su tema favorito, los toros, ha pescado una ronquera atroz.

Con el Himno Nacional la banda rompe aquella portentosa confusión, que ensordece los tímpanos, acrecentando la alegría; y el toque del clarín se oye y la cuadrilla cruza la arena.

—¡ Ahí tienen ustedes al espada !—exclama emocionado el señor Melchor, con esa voz medio ahogada, que el efecto del entusiasmo hace nacer.—¡ Qué cuerpo ! ¡ Qué majestad al andar ! ¡ Tiene cara de valiente ! ¿ nó es cierto ? ¡ Ea, pues, con un fuerte aplauso lo recibo !......

Y todos palmotean, mezclando sus palmadas en el creciente bullicioso estruendo que se levanta de la muchedumbre.

Suena el clarín, y la humana tempestad se calma. Todos se incorporan en sus asientos y estiran el cuello: el silencio se hace anheloso: ninguno quiere dejar de ver la entrada del primer bicho......¡ Ya entra! dando saltos de furor, con agitaciones y sacudidas terribles, brama, mira en torno de sí, y se embiste rabioso al primero que le sale al encuentro.

—¡ Soberbio animal!—grita, fuera de sí, poniéndose en pie, el señor Melchor.—¡ Es de los nuestros!...... ¡ A la faena, muchachos, á la faeeena ......! ¡ Hurraaa!

El diestro, de una ojeada, presiente la bravura del toro y le presenta cuerpo.........¡ Bravo! ¡ Bravo!..... ¡ Bien, muy bien!—prorrumpe el señor Melchor casi frenético. Y volviéndose de súbito á sus compañeros:—¡ Así es que se capea; así se trabaja, á cuerpo limpio!......¡ Vean!......¡ Vean ustedes como se descarga á una fiera! ¡ Ha cansado al toro...... !

Y aplaude con todas sus fuerzas; y el ruido atronador de los aplausos infinitos llena la atmósfera.

Los banderilleros, casi, casi, han puesto con él á línea su valor. Algunos conquistaron buenas palmas, en pró de sus esfuerzos sacrificados y de su valiente arrojo.

Las banderillas con sus esbeltos cambios, ¡ lujosísimas!

Después de anunciadas y puestas, tornó la voz del clarín á herir el espacio. Era, en aquel momento, el toque funeral que anunciaba una próxima agonía. Bruscamente, al sentirlo, abarcad con una mirada el conjunto que os rodea, y sorprenderéis los semblantes, unos, teñidos de espantosa palidez, visiblemente contraídos y llenos de singulares estremecimientos; otros, radiantes de un extraño y secreto gozo, coloreados de pronto, cual si recibieran súbitamente de una oleada de fuego la impresión de su purpúreo aliento.

Es el toque que indica el instante supremo: la muerte del toro. Allí el diestro va á jugar la vida. Es el momento de más sensación, el más terrible, el más espantoso y más brillante.

El espada da el primer pase; en el segundo, sus pies vacilan y cae de rodillas; el toro se precipita sobre él y arremete con tal fuerza, que da con él en tierra. Los banderilleros, lanzados á la defensa del maestro, sostienen con la

bestia una lucha desesperada, tremenda, que infunde en el ánimo de los espectadores un pánico indescriptible. Con las capas agitadas por ellos con esa febril impaciencia que produce el temor por la vida del contrario en inminente peligro de muerte, con las sacudidas de ellas atraen la atención del fiero cornúpeta. Al alejarse, el diestro, aunque herido de una cornada de poca significación en la espalda, vivo, como por milagro, colérico, en un arranque de ira, tira la montera al suelo y se presenta ante la fiera, haciéndole frente, con la muleta extendida y el estoque en alto: El toro afirma las patas y baja la orgullosa cerviz, presentando la posición de recibida: El torero se cuadra, midiendo el golpe con su vista perspicaz.

En ese instante el corazón parece no latir, un frío extraño invade todo el cuerpo: es el temor por la vida de aquel hombre que á su pesar palidece, aunque se muestra sereno ante el peligro conocido. ¡Son dos fieras, separadas en un intermedio instantáneo, que van la una contra la otra á lanzarse simultáneamente! ¡Un lance terrible en que ha de quedar uno! ¡Dos combatientes poderosos! En el uno la fuerza brutal: en el otro la habilidad y el valor calculado.

El estoque penetra en el cuerpo de la fiera, pero mal dirigido. El público olvida las anteriores demostraciones de simpatía y se desata en improperios y blasfemias, gesticula é increpa, aturdiendo con su vocerío. Sacan la espada, y el maestro torna á disponerse á la lucha.

—¡Jesús!—exclama don Lorenzo—¡qué estocada tan mala!

—No hay que afligirse, don Lorenzo, fué un descalabro, —observa el señor Melchor;—ya veremos si lo repara bien.

El toro ha perdido su pujanza, su andar es lento; no hace caso á los capotes que agitan ante sus ojos.

El público, impaciente, pide la salida á gritos. Tardan en efectuarla. Por fin, el clarín da la orden. Pero el animal se resiste á salir, y, entonces, cuatro mozos, vestidos de pantalón y chaqueta azul y gorra encarnada, entran al redondel con una soga; lo enlazan...... Ya está fuera.

Durante este interregno la ansiedad del público es indecible, sale de sus límites naturales, se pierde la paciencia, y sólo se oye la confusión de un ruido indescribible que ator-

menta. Cuando el toro está cerca de la puerta que comunica al corralón que lo ha de albergar, en ese instante el silencio es sagrado, angustioso, anhelante; cuando se vá, y se cierra tras él aquella puerta, se respira, por fin, con cierta agradable tranquilidad y vuelve al espíritu el sosiego. Enjugamos en esta breve pausa el sudor que, los sentimientos sucedidos unos á otros en tan estrecho límite de tiempo, han humedecido nuestra faz; se ensancha, si es dable así decirlo, el corazón en el pecho preparándose á nuevas sensaciones.

Esto ocurría á nuestros conocidos espectadores.

—Veremos á los demás,—balbuceó el señor Melchor.

Salió el segundo bicho, que resultó tan valiente como el anterior. El diestro, que se había ausentado de la plaza unos minutos, para hacerse curar la herida, entró á la arena. La muerte estuvo fatal: recibió el cornúpeta cuatro pinchazos sin arte, bajísimos: el puntillero lo remató. Y al quinto, el señor Melchor, el gran aficionado, después de atizar con el fuste de la sátira á aquellos luchadores tremendos, con acaloramiento añadía, en tono de disgusto:

—¡Hombre, hombre! ¡Voto á...... ! Pero, ¡diantre! ¿no les ha causado á ustedes pasmo mi tranquilidad? ¿Cómo he podido contener el ímpetu de mi energía? Yo mismo no me lo explico; pero ¡juro por Santa Mónica que el aguacero de limones y naranjas que le vamos á descargar va á ser comentado con gusto por todo aquel que presencie esta corrida!

En este instante el banderillero que daba el salto peligroso de la silla fué herido por el animal. Recibió la cornada en el muslo derecho; la herida, aunque algo leve, le imposibilitará por algún tiempo: sufrió, además, algunas contusiones serias. Y con cierto trabajo, por tenaz oposición de la fiera, logróse salvarlo y conducirlo á la enfermería.

Por más que un torero, bueno ó malo, no sea del agrado del público, éste tiene un corazón dentro del pecho, y, si aquél sale maltrecho ó herido, siente lo que le acontezca, porque en los momentos más precisos la sensibilidad tiene cabida en nuestro espíritu. Pero las sensaciones, como las grandes catástrofes, se calman y hasta se olvidan, considerado el valor del peligro, para dar entrada á nuevos sentimientos.

—¡ Canastos !—gritó espantado el señor Melchor al verlo caer bajo la fiera. Y cuando lo revolvía en tierra no hablaba. Su semblante intensamente pálido, sus pupilas dilatadas, las arrugas que surgieron sombrías en su frente, su inacción súbita, en fin, revelaban las tremendas impresiones que en su interior se producían.

Sacado el torero herido, con voz aflictiva dijo:

—¡ Pobre muchacho: su habilidad y arrojo se rindieron !

Entró el último toro dando saltos y mugiendo de dolor. La roseta se la habían pegado con demasiada fuerza.

—¡ Bravo animal !—exclamó.—Y su voz la ahogó el ruido atronador de los espectadores.

Pero las banderillas mal asestadas, propagaron el fuego, no extinguido, de su concentrado mal humor, y acercando su bolsa de limones, dijo á sus compañeros en tono enérgico: —¡ Prepárense, amigos, que ahora nos toca ! Entra el jefe ..... Condúcete bien, pajarraco, porque......

Y, al decir esto, su diestra apuñada increpaba al espacio.

Llamaba con mimos á los muchachos que remolinaban á su alrededor instándoles á proveerse de su bastimento, y á su objeto los alentaba con su idoneidad.

La estocada resultó malísima: por el hocico y la nariz del toro salía á borbotones la sangre.

Entonces, aquí fue el parangón. Los limones y las naranjas de ellos, las sillas y otros chismes de los de abajo, acompañado todo esto de una gritería y una confusión terribles, volaron al redondel é hizo estragos en aquella desgraciada cuadrilla, que se vió obligada á buscar puerto en el corralón para preservarse de aquel ataque invencible que evidentemente conducía al público al arrebato.

Por la noche, en los círculos, en los corros, en los teatros, en todas partes se hablaba de la corrida.

El señor Melchor la comentaba á su modo á sus amigos y conocidos.—Figuraos,—comenzó á decirle á un mozalbete, —yo me figuré, al ver su porte, un valiente con verdadera sangre torera en sus venas, al matador, cuando............

En fin, amable lector, si quieres pasar un rato agradable, entre jolgorio y alegrías, procúrate la amistad del señor Melchor, háblale de toros y te harás al punto dueño de su afecto.



TENACIDAD



Concluída la boda, al llegar los desposados á la alcoba nupcial, el esposo al ver á su mujer con el pañuelo entre las manos, enjugando las lágrimas que bañaban su faz, se le acerca con sigilo, y poniendo una mano sobre su hombro, mientras con la otra procura hurtárselo, reclinándose en ella cariñoso, con apasionado acento, la dice:

—Margarita, mírame: oye: no quiero hacerte sufrir; pero tú lo sabes, lo que me exiges, para poder cumplirlo, impones mi voluntad y perderé la paz del dulce hogar que unidos formaremos, pues ¡ ver yo á tu mamá es como si me pusieran un toro *marquero* delante ! Mujercita mía, ¿por qué no reflexionas bien esto? ¿por qué no desistes de tu empeño? ......¿Desistes?......¡Oh, sí, no puede ser de otra manera!

Margarita levanta su bella cabecita y lo mira. En sus ojos y en su semblante se deja traslucir el pesar del sacrificio sublime, una resignación que enternece. Se aproxima más á él, forma alrededor de su cuello un lazo hermoso con sus brazos y enternecida,

—Bueno,—le dice.—¿Lo mandas tú?...... Sea.—Pero al mismo tiempo siente como un desmayo, se desprende de sus brazos y cae en un sillón, rompiendo á llorar.

El no puede resistir á aquel impulso de obediencia superior á las fuerzas de aquella mujer, ¡ de aquella mujer querida, por cuyas lágrimas daría su existencia al instante, si ella lo mandara !, y se postra de hinojos á sus plantas, rodea su talle delicado con su brazo, se apodera de su mano con ese arranque desesperado del que suplica y reclama, y en un metal de

voz que, por lo trémula, denuncia la emoción íntima del amor:

—Perdóname,—balbucea;—y dímelo de modo que te oiga...... Mírame, si te amo hasta lo inconcebible...... Oyeme bien: ¿Tú ansías que venga, verdad? Bien. Cielo mío, en mi sér tú ejerces una influencia extraña, sublime, impenetrable; y es porque te idolatro desesperadamente, con obduración, con locura; y si yo no accediera á tus ruegos, si no te complaciera, cual lo hago, me haría perpetuamente un desgraciado, porque con lentitud me iría matando el cruel remordimiento, que traería mi torpeza, y tu linda imágen llorosa me seguiría sin tregua.

Margarita, consolada, se abandona á sus cariños y extingue las lágrimas que, furtivas, se deslizan por sus mejillas.

—¡Oh, sí!—exclama bruscamente.—Eres tan bueno que te adoro más cada día...... Yo no puedo,—agrega, ruborizándose, con una sencillez seductora,—no puedo negarte que sin mamá no puedo pasarla...... Ella...... se corrige...... te querrá, y algún día me darás un abrazo, diciéndome: Me equivocaba.. ¡Y te verás en el caso de pedirme perdón con súplicas!......

—¡Quién sabe!...... Pero no, permíteme que te objete; ese día, ángel de mi vida, no ha de llegar jamás,—dícele sonriendo..

Dos días después, doña Gertrudis, la mamá de Margarita, instalada ya en la casa de su yerno, recorría presurosa todo el salón, seguida de dos doncellas, removiendo todos los muebles y ordenándolos á su gusto.

—¡Jesús! ¡Jesús!—chillaba.—Esto no es arreglar una casa. ¡Qué inconcino más vulgar! Esto perjudica á las personas que la habitan. ¿No es verdad, Julio?

—Sí, señora, tiene usted razón,—contesta Julio suspirando, desde un extremo del salón, sentado junto á su esposa, procurando disimular su disgusto.

De pronto doña Gertrudis se detiene ante el gran espejo, y mirándolo dice, como si hablara consigo misma:

—Decididamente hay que quitarlo...... A ello.

Julio se planta de un salto ante ella y con respeto la dice:

—Señora, por favor, no mueva usted eso de ahí, porque....

—¡Por que usted tiene que ver con todo y no conoce nada de estas transformaciones! ¡Deje usted hacer y aguante,

que yo he venido para hacer una cosa de arte lo que no es mas que una mamarrachada! ¡Es la casa de mi hija!

Le grita, encolerizada, apretando los puños, doña Gertrudis.

—¿Qué debo yó aguantarle á usted? ¿A usted?...... ¡Estoy en mi casa, en mi casa señora, y puedo hacer de ella lo que me place!

Le contesta Julio del mismo modo.

—¡Usted lo que quiere es quedarse solo!—agrega ella en el mismo tono.

—¡Naturalmente!...... No me hacen falta moscones. ¡Diablo! ¡mueran los moscones!—grita Julio tirándose de la solapa por no poder hacerlo con su suegra.

—¡Intruso, borrachín, canalla!

Julio toma de una silla el bastón y el sombrero y sale echando más pestes que un renegado.

Al salir del Café Caracas me alcanza á ver y me llama.

Entramos á él, y al sentarse, abandonando en una silla el sombrero y pasando el pañuelo por su frente bañada de sudor, con voz fatigada.

—¡Qué calamidad!—exclama.—¡Que haya siempre entre los becerros un toro que no deje pastar sosegadamente á los demás!

—¿Eh? ¿qué es lo que dices?—dije.—Apuesto que la manzana te ha salido mala.

—¡Diantre! no te burles. Mi suegra es una gata que si me descuido me araña. Acabo de tener una ..... ¡Dios mío! ¿por qué no te la llevas y la pones en tu mansión aunque sea á fregar calderos?

....

Un mes hace que no sabía de Julio. Su casa estaba cerrada.

Una mañana, después del desayuno, cuando leía la crónica de "El Pregonero," recibí una carta. Conocí por la cursiva que era de mi amigo Julio. La abrí al punto y la leí.

Trascribo su parte más sustancial:...... "Chico, como notarás, firmo ésta hoy en Marsella, mañana estaré quizás en el infierno. He sabido por un primo que mi suegra llegó

hoy á esta provincia. Nos dá caza...... Margarita la tiene por muerta; ¡yo le dí tan terrible informe! Ella no tiene noticia sobre el particular. Algunas veces llora hasta desesperarme, y me altero muchas veces; pero ella con su voz de ángel me reprime, y termina pronosticándome que nuestros días serán funestos por la acción perpetrada, la cual es el haber abandonado á su mamá en Caracas. Yo no tengo remordimientos...... Con que ya ves, ¡está aún sobre la tierra para echarme fuego!"

Otro día recibí ésta:...... "Estoy desesperado; quisiera arrojarme al mar. Compadéceme; Margarita ha muerto; mi vida la pierdo con élla; la tristeza me consume. Soy una planta abandonada en un terreno estéril. Doña Gertrudis estará Dios sabe donde. Soy el más imbécil de los hombres, y todo por culpa de esa boa. El otro día tomé un veneno y me salvaron los médicos. ¡Dios mío! ¿por qué no me dejas morir?"

Dos meses después leía ésta: "Queridísimo, ¡viva la libertad!...... ¡Eureka! Mi süegra está sirviendo de pasto á los gusanos; la pobre, ahora en mi pecho nace hacia ella un poco de compasión; pero no mucho, porque todavía la detesto. Te pago el pasaje, ¿te vienes? compartiremos, tú, algo de alegría, yó, mi tristeza, única compañera que guiaré á la tumba. Todas las mañanas, cada domingo, riego con mis lágrimas la lápida de la sepultura de mi esposa querida. ¡No querré más en mi vida!—*Julio.*"





PANCHITA



¡La mujer más sentimental que he conocido!

Es joven, apenas llega á los veinte. Su tez es delicada, de perfecciones acabadísimas; con unos ojos celestes, hermosos y expresivos, capaces de hacerle perder el equilibrio al más firme.

¡Y su cuerpecito! tan bien proporcionado, tan formadito...... y con una sonrisita cuasi perenne que forma contraste singular con la dulce expresión de sus ojos, son todos dones que Natura presta á la mujer para producir efecto en nosotros, que, por experiencia, conocemos que la belleza atrae.

La conocí en el templo. La ví de hinojos ante el sepulcro venerado del Mártir del Gólgota.

Con formalidad, estaba bellísima, seductora, con sus manos pequeñitas entrelazadas, y sus ojos fijos en el cielo de la nave; una sombra bastante perceptible hundía bajo el arco de sus negras cejas aquellos dos luceros cuyo brillo extraño demostraba haber sido humedecidos por el llanto; tenía el ceño ligeramente contraído, acaso por algún pensamiento fijo en aquella cabecita soñadora.

Debí palidecer á su vista á juzgar por la agitación que causéle al ofrecerme.

Oró inquieta un instante; púsose luégo en pié, confundióme con el fuego de sus ojos, y turbada también ella, llegaba ya al umbral de la puerta, cuando me apresuré á alcanzarla.

Había olvidado el breviario sobre las baldosas; este objeto me servía de pretexto para hablarla.

Al verme cerca de ella creí que la sangre de mi cuerpo desaparecía. Alargué trémulo el brazo, entreabriéronse mis labios, y mi voz, ¡ mi voz no la sentí ! la ahogó la emoción en la garganta. Ella inclinó ligera la cabeza, ví por un instante su hermoso rostro iluminado por el fuego de la pasión ó del rubor, y agitada, desapareció por la calle opuesta del templo.

A mi vez, impulsado por una sensación nueva, indefiinible, me acerqué al ángulo que forma esquina, para verla nuevamente.

No había adelantado mucho. ¡ Dicha inconcebible ! volvía en ese instante la cabeza y me miró.

El estremecimiento de la tierra por el temblor no hubiera quizás movido mi ser con una impresión tan poderosa como la que produjo en mí aquella mirada que me buscaba.

El deseo de seguirla cruzó por mi mente.

....

Ahí está, élla, sentada con seductor abandono en el diván. Un capúz de riquísimo gró adorna su cuerpo. Su codo está apoyado en el brazo del asiento, y en sus manos unidas descansa su cabecita de ángel. La palidéz de su semblante encanta. Parece la imágen del dolor.

Para mí la palidéz es el color del sufrimiento. La azucena es hermosa por su color blanco. La palidéz es la belleza primordial del semblante.

Al verla me conmoví: sollozaba. Silencioso me senté á su lado, y luégo, las frases más dulces, más cariñosas, que se desprendían de mi alma enferma, suplicaban, exigían una palabra de sus labios, una palabra que me revelara la pena que la aflijía para consolarla con las mias. Ella no respondía, aumentaba su llanto, y yo gradualmente comenzaba á incomodarme con su silencio.

La creí insensible á mi amor ; me parecía que mi razón se estraviaba, sentí zozobras en mi ser y el despecho penetró en mi corazón, porque había creído en el afecto de aquella mujer que consideraba como á un ángel de mis desdichas. Desprecié la mano que abandonaba á mis caricias, tomé el som-

brero y el bastón de una silla que me desembarazó de ellos á la entrada, y procurando apagar mis pisadas en la alfombra que cubría el pavimento, iba á salir, cuando un grito extremeció mi ser é hízome detener temeroso.

Era'élla. ¡ Ella ! que espiaba mis movimientos á hurto del llanto. ¡ Ella ! que ahora me cautivaba, aprisionándome con la divina cadena de sus brazos tentadores, y con sus pequeñas manos entrelazadas que formaban sobre mi cuello un nudo que haría yo indisonuble ! Caía su cabellera rubia en madejas espesas sobre su espalda y su cuello de mármol ; sus ojos, brillantes por el llanto, parecían rogarme.

Mi cuerpo se agitó, el corazón latióme con violencia y, desesperado, loco de amor, imprimí mis labios en los suyos, y á su contacto abrasador nos subyugamos. Era el primer ósculo, que arrebató el deseo, el primero que la daba, y al que siguieron otros que la fiebre de mi cuerpo alteraba.

Creíame verla envuelta en un resplandor de gloria, y su mirada triste y su sonrisa, parecían el postrer aliento de un ídolo que nos va á abandonar para siempre.

A esta idea siniestra que sin explicarme el por qué penetró en mi cerebro, temblé de miedo y la estreché con tanta fuerza contra mi pecho que ella asombrada, al mirarse en mis ojos, que acaso denunciaron mi pensamiento, me interpeló con los suyos.

—¿ Me dirás por qué llorabas? la dije.

—Porque, contestó ella con esa timidéz propia de la inocencia, bien sabes tu el cariño que le tengo al lorito...... Si le hubieras visto como estaba ayer ; me llamaba, y cuando le decía algo al acercarme á él me miraba y con tristeza bajaba la cabeza...... El constituía toda mi alegría.

—¡ Y bien ! Por Dios, no llores más.

Ella continuó :

—Cuando le llevé esta mañana la comida le encontré en el suelo. ¡ Dios mío, estaba muerto !

Y prorrumpía en sollozos, repitiendo :

—¡ Muerto ! ¡ Muerto !

Contrarióme aquel cariño hacia un loro y la dije :

—Pero, ¿ y eso te causa tanto mal?

Se retiró de mí y me miró colérica. ¡Qué transformación tan completa! Su rostro se encendió, y fuera de sí.

—¡Naturalmente! gritó. ¡Le quería, le quería, le quiero y es lo que más he querido!

Y entrando en la alcoba me dejó solo, entregándome á la incertidumbre. Quedé perplejo, sin moverme, con la inmovilidad del mármol, y repitiéndome á sí mismo: ¡le quería, le quiero y es lo que más he querido!

Y como un hombre que ha perdido la razón, zumbándome en los oídos sus frases, loco, trastornado, herido, sin pensar en nada, salí con ese paso vacilante de la crápula, atropellando los objetos que me oponían la salida, y que en mi confusión apenas distinguía.

La he vuelto á ver; pero el fuego del amor de ayer ha desaparecido; ha sido extinguido por la nieve del desengaño.





EL VIGILANTE NOCTURNO



A medida que la noche se prolongaba el vago rumor de los transeuntes se extinguía lentamente.

A la media noche, cuatro sugetos de duras facciones, en traje de uniforme, sobre malas cabalgaduras que avanzaban con paso amortiguado, recorrían las calles de la gran ciudad, sumergidas á aquella hora en la soledad de las tinieblas, heridas apenas por el indeciso resplandor que brota débil de los mecheros de los faroles del gas.

Es la hora en que empieza la segunda ronda de la Guardia Civil á ejercer su cargo de vigilancia.

En el mismo instante una columna de agentes de seguridad, con su oficial á la cabeza, envueltos en su largo capote de ordinaria lana color encarnada ó plomiza, caminan taciturnos, deteniéndose por orden respectivo en convenidas esquinas, y situándose uno allí, fijo, con la atribución de cuidar de la paz del barrio dormido.

Les dan el nombre de punto.

Reponen al que encuentran en su lugar y á su vez son reemplazados al amanecer.

Estos infelices de la fortuna sufren las inclemencias del tiempo sin otro recurso que quejarse á sí mismos.

La Ley es inmutable. Se muestra inflexible, y por su recelo y despecho á todo lo humano se hace terrible y temerosa.

La Ley es implacable en sus designios, y su poder llega á ser ilimitado.

....

Cae menuda lluvia, y, cual tupido velo cubre los más altos edificios que se destacan bajo la inmensa sábana de cielo, y sobre el apiñado caserío de las avenidas, y á lo largo de la calle que se estrecha oblícuamente en el fondo oscuro de las últimas callejuelas.

El silbido cuasi meláncolico, graduado, del pito del policía, se deja oir por un intervalo en el espacio.

En las noches sembrías, noches de duelo, aseméjase al canto triste de un ave de rapiña, y causa verdadero escalofrío al que lo sorprende en las altas horas de la noche.

Hundido en su capote el vigilante nocturno, para preservarse en balde de la lluvia, recurre con lentos pasos al quicio de una puerta que tiene por baldosa una angosta laja fría.

Elige este lugar para pasar ese resto triste de la noche.

Allí, acurrucado, con el arma defensiva sobre sus muslos, se adormece, con un sueño intranquilo, interrumpido al menor ruido.

Un grupo de hombres, cuasi todos crapulosos, cantando uno un romance en boga, acompañándole otro con las notas irregulares que arranca á una guitarra, los demás abandonados á su charla libertina, pasa por su lado con alegría desenfrenada.

Sus gritos y sus cantos parecen vibrar largo rato en los oídos, extinguiéndose lentamente, y percibiéndose el sonido leve como un suspiro lejano que trae el aire en su paso invisible por la atmósfera húmeda, amortiguándose en el susurro vago de la brisa y de la lluvia que cae en infinitas perlas que se quiebran en el empedrado.

Más tarde, dos hombres, salen de una cantina aún abierta al despacho, no obstante la hora avanzada, discuten aceleradamente, y desarrollan su furor. Se oyen golpes, luégo una detonación.

El policía se pone en pié sobresaltado con el fusil en la diestra é instantáneamente corre hacia el lugar del suceso.

Llega, se inclina sobre un hombre que yace inerte en tierra, lo mira fijamente, toca su cabeza, aún ardiente por el fuego de la vida. Sus zapatos gruesos se manchan en el charco de sangre que se ha escapado de la herida.

Mira en todas direcciones. Le rodea el silencio tranquilo del desierto. Por la entornada puerta de la cantina se escapa una dudosa claridad que se desprende de una lamparilla de metal, cuya luz pestañea por la falta de espíritu, envolviendo al estrecho saloncillo en sombras grises que se acumulan como singulares nubarrones en su cielo pálido.

El policía da un empellón á la puerta, la cual cede y tiembla con crugidos, penetra, investiga ; sale, escudriña con su mirada toda la extensión de la calle, y parece estudiar la oscuridad que envuelve los ángulos de las puertas y á la vez deja oir el prolongado silbido de su pito.

El agresor ha huído. El vigilante nocturno permanece inmóvil un instante, esperando se reproduzca esa llamada comprensible por el compañero distante. Este la percibe y trasmite, repitiendo la misma señal, y así sucesivamente los demás.

Aguarda inquieto la aparición de sus colegas.

Por los cuatro extremos de las esquinas surgen, vienen corriendo, llegan, al unirse cambian algunas frases bruscamente, y se enjugan el sudor, que ha brotado en su carrera, con la áspera manga de su abrigo.

Uno trae al Juez, inspeccionan el cadáver, comienzan las pesquizas, los informes abundan, con encarnizamiento emprenden la caza del criminal...... No lo encuentran.

La víctima es reconocida ; es un comerciante inferior.

Dos días después al agresor se había apresado. Se abrió y se extendió el sumario, y se le condenó con una pena que más tarde se acortó á menos tiempo, siendo menos rigurosa. Indudablemente algún recurso patentizó el reo á la Justicia. Para esta concluye su misión.

Pasados algunos días de los acontecimientos que hemos narrado, ocurrieron otra noche escenas diversas, nuevas.

El vigilante nocturno, dominado por el frío, cubierto con su capote, se paseaba de esquina á esquina, para entibiar sus miembros un poco ateridos.

La una había dado la campana del reloj de la Catedral. Una mujer joven todavía, escasamente ataviada, desafiando á la temperatura con sólo un pañolón de lana color gris que apenas cubría su gentil cuerpo, ceñido por un capúz desflecado por distintas partes, pasó apresuradamente por delante del policía, dejando tras sí su huella en la atmósfera, que corrompía con el espíritu de los venenosos medicamentos de que se había servido y de cuyo olor iba impregnada.

Al cuarto de hora regresaba acompañada de un hombre. Iba éste abrigado por un largo sobretodo de paño azul marino que le llegaba hasta los pies, y le ocultaba á medias la cara su cuello levantado.

A tiempo que pasaban por junto al guardia, se llevó una mano á la frente la mujer, y con angustiosa voz dijo:

—¡ Dios mío! ¡ Dios mío! por favor, salvadle.

Y asiendo por los brazos al doctor con tanta fuerza que lo hizo detener grave, desesperada, con una especie de furor de loca, gritó:

—¡ Doctor, usted lo salvará! ¿No es cierto?

Y su diestra convulsiva estremecía el brazo del médico.

—Sí. Haré todo lo que la ciencia me ha ilustrado,—dijo con severidad el doctor.

Cayó élla á sus pies y sollozando oprimió en las suyas la diestra del médico y decía:

—¡ Señor, en cambio de la vida de mi Jorge querido tomad la mía! Si á amado alguna vez en su vida considerad lo que esta débil mujer sufrirá con la pérdida del único sér que ama! Yo no exijo, ¡ Dios mío! suplico.

A duras penas logró el médico alzarla, diciéndole para tranquilizarla:

—No tema usted, señora; todos mis esfuerzos pondré en salvarlo ..... Además, la enfermedad no es de naturaleza tan grave que se pueda colegir su pérdida.

Y levantando los ojos hacia el cielo añadió:

—Dios responderá de mis acciones.

Y prosiguieron la vía que seguían, mientras el guardia, siguiéndolos con los ojos, como si la suerte adversa ó halagüeña de aquella mujer le interesase, murmuraba para sí:

—Es el esposo que está en las últimas. ¡ Pobre mujer! lo quiere tánto que la compadezco á mi pesar porque temo vaya á enfermar con esta muerte irremediable.

Y con lentitud, se paseaba aún para ahuyentar al frío que hostilizaba su cuerpo.

....

A eso de las tres y media de la madrugada, un chico como de diez años, venía sobre un borrico de pelo oscuro que cojeaba de una de las patas delanteras. Sobre el lomo del paciente bruto se ostentaban, á uno y otro lado del muchacho, dos cargas de distintos frutos que se entreveían á través de los sacos de cabulla que los guardaba. El rapáz cantaba á media voz una canción picarezca de Guanare, su tierra natal.

Una mujer, al parecer anciana, de facciones un tanto demacradas, con vacilante paso caminaba, apoyándose en un grueso palo de encina. Vestía un traje haraposo y sucio, revestido con remiendos de distinta tela ; su cabellera de color ceniziento caía en desorden sobre su espalda, y se perdía en su seno innumerables ebras y hasta se mostraban en su faz desaseada dándole no sé que aspecto repugnante.

Al ver al chico se detuvo y lo miró sonriendo, sonriendo con esa sonrisa triste que deja traslucir en sus labios raras veces las almas que sufren en silencio. Le hizo un gesto, él se detuvo, y ella se llegó hasta el cuadrúpedo, le asió una rienda, y al muchacho díjole:

—Tengo hambre, angelito ; he dormido en esta calle, mira, en aquella puerta mojada, porque algunas veces no encuentro donde quedarme...... Hace frío, mucho frío,—y tiritaba su cuerpo y crujían con aspereza sus malos dientes unos contra otros,—mi cuerpo se debilita, mis manos se hielan, por favor, dame dos ó tres centavos para tomar un poco de café y comer una hogaza de pan en esa esquina. Toda mi vida te quedaré agradecida.

Y corrían por su tez las lágrimas, y miraba al muchacho con aquellos ojos húmedos, brillantes, en los que se leía la súplica y se traslucía el hambre ; y en toda ella se mostraba la miseria con todos sus defectos asquerosos, con su desnudéz más viva.

El chico vacila, se lleva la mano al sombrero, lo levanta y se rasca la cabeza, mirando á la mujer con repugnancia; hace un gesto para hablar, y su palabra espira antes de llegar á sus labios, los cuales se contraen ligeramente, y se queda pensativo como si algún pensamiento ocupara su mente. Enseguida hizo un esfuerzo sobre sí mismo, introdujo maquinalmente la siniestra en el bolsillo de su corto pantalón, sacó unos centavos, los contó con sus ojos, y alargó hacia la mujer su brazo diciéndola:

—Tome.

La mujer, en un trasporte de agradecimiento, le toma la mano con violencia y se la cubre de ósculos.

El rapáz la retira, y, enternecido, destocándose, con tristeza solemne.

—Eso sí,—repone,—reze usted un Ave María y dos Padre Nuestros por el alma de mi madre; la tengo por muerta. Tenía yo cuatro años cuando la perdí; ¡no la he vuelto á ver!

Y enjugó las lágrimas que asomaron en sus párpados.

—¿De qué murió?—preguntó la anciana conmovida.

—No sé decir. Sólo recuerdo que un hombre se la llevó del rancho.

La anciana palideció intensamente, y llevando sus manos á la frente, cual si quisiera contener acaso algo terrible oculto en ella, con voz desfallecida preguntóle:

—¿Cómo se llamaba?

El chico se llevó el indice de su diestra á la boca, y levantando los ojos al cielo siguió con ellos á una nube que, en forma de espectro, se deslizaba por el azul transparente del éter, y murmuraba quedo:

—Se llamaba...... Se llamaba...... ¡Ah! ya recuerdo, sí, se llamaba Blanca Peñalver.

Al oir este nombre sintió la mujer que sus piernas flaqueaban y se asió con viva fuerza al cuello del bruto. Miraba petrificada al muchacho que, espantado del parecer de la mujer, retrocedía, tirando de las riendas al animal. Las mejillas del chico parecían adelgazarse y sus ojos se engrandaron en sus órbitas, pues el asombro y el miedo de que estaba po-

seído era grande, porque aquella mujer en ese instante estaba horrorosa.

Repuesta la mujer de su emoción, miró con más fijeza al chico, abrió sus brazos, y con alegría angustiosa, fuera de sí, precipitóse sobre él y se abrazó á su cuerpo, al mismo tiempo que un grito ahogado, grito indefinible, desprendido de las entrañas del alma, se escapó por sus labios:

—¡ Hijo !..... ¡ Hijo mío !

El muchacho se conmueve á aquel nombre y á su vez la estrecha entre sus pequeños brazos, y llorando á su pesar abandona su cabecita de querubín sobre el pecho de la anciana, y con voz que parecía vibrar decía:

—¡ Madre !...... ¡ Madre mía !......

El vigilante nocturno contempla este cuadro conmovedor enternecido.

El albor se levanta.

Más tarde, el ruido incesante de la gran ciudad que despierta de su sueño, elevándose hasta el cielo...... Un hilo grueso de humo que se eleva de las chimeneas de las fábricas, perdiéndose en lo infinito...... El sol poniente escalando por sobre las empinadas cumbres de las montañas, y enviando su aliento en polvo menudo de oro á la ciudad perezosa aún por el baño helado de la noche.

¡ La vida en agitación !





LA ALEGRÍA DEL HOGAR

El bullicio infantil, esa algazara inconsciente en el hogar doméstico, es la felicidad más pura que la providencia puede conferir al mortal..

—Una mujer sin hijos es una vid sin frutos,—díceme don Fermín poniéndose grave.

¡Y el buen señor se cuenta como el más dichoso entre sus semejantes! Su casa es un nido de golondrinas.

—Todos los años un pajarito más comienza á pïar en mi casa,—dice alegremente.

Y con cierto orgullo añade:

—A la Naturaleza no se le puede infringir sus leyes divinas.

¡Y vaya usted á su casa!...... Desde que uno pone la planta en la puerta siente aquella confusión alegre; y al entrar, admira aquellos semblantes iluminados por la vida lozana, contempla á aquellos intranquilos infantes que ocurren á recibirle en tropel, despertando en nuestro pensamiento los venturosos días de la infancia, la alborada de la vida.

Cuando fuí una tarde á la casa de don Fermín, uno de sus chicos, montado á horcajadas en una escoba que arrastraba con ruido por toda la casa, pasó por mi lado, dándome con el extremo espigoso con vigor, y deteniéndose gritó:

—¡Sóóó!

Y mirándome sonreído agregó:

—Este caballito es muy mañoso ..... mira como tira coces.

Y tornaba á regalarme dos ó cuatro escobazos que yo percibía sin enojo.

* * *

Nos habíamos sentado en sillones de terciopelo rojo en medio del pedazo de tierra cultivado en el patio, bajo un tamarindo riquísimo en follaje.

Doña Esperanza, señora demasiada joven para don Fermín, muy agraciada de Natura, al lado opuesto de nosotros tejía un paño de mano.

Su cónyugue don Fermín, á mi izquierda, desgranaba una granada que se entreabría de madura, compartiéndola entre ambos, y no omitiendo por esta circunstancia su charla amena, llena de agudeza y sal.

Luisito ponía sus manos en mis muslos y decíame con su vocesita de grillo :

—¡ A mi me gustan mucho los caramelos y las pastillas acirulaas !...... ¡ Nó, nó, yo no quiero granaa, caramelos sí !

Y zapateaba, me llevaba sus manitas al cuello poniéndomelo con pliegues de sinfonía, y continuaba :

—¡ Yo no quiero á esos !—me señalaba á sus padres.—No me dan lo que pido......á tí si te quiero mucho......¿Tú me quieres?...... Alcánzame una naranja de esas que cuelgan de la rama.

Satisfacía su deseo.

—¡ Aay !—decía arrugando la cara—¡ qué desabría está !

Y con sus manos bañadas por el ácido se me acercó, y me puso la pechera de la camisa, que dos hora antes reponía á la que llevaba, ¡ figúrense ustedes !

Doña Esperanza alarmada del suceso se me acercaba, remiraba el brochazo de su nene y se lamentaba del mal.

—Si no es nada, señora,—díjela sonriente para tranquilizarla; pero, lo que en mi interior pasaba sólo yo lo sabía. ¡ Me entraban ganas de despachurrarle las ternillas de un guantaso !

Doña Esperanza lo reprendía.

Yo estrujaba con el pañuelo la mancha.

—Señora,—la dije,—esas manchas las extingue el jabón; ¡por gran cosa se inquieta usted!

¡Diantre! créanlo ustedes, me agradaba que mirara con buenos ojos mis intereses. ¡Hombre, no faltaba otra cosa

El chico salía á asearse aquellas asesinas, y, luégo reaparecía corrido por la amonestación maternal y se me acercaba con la timidéz de la oveja.

—Luisito, ¿verdad que no tornarás á repetir lo que hiciste?—preguntábale acariciándolo.

—No...... yo te quiero mucho.

Y pugnaba por subírseme á las piernas. Por fin lo lograba, ayudado por un esfuerzo mío, y suspiraba el muy pillo como agitado del ascenso.

—¡Ajá!—decía, tomando la postura más cómoda.... Oye, ¿cuánto te costó ese trapo?

Y me estropeaba sin compasión la corbata.

—Fué un regalo, chiquito,—le contestaba.

—Y, ¿cuándo me regalas una á mí?—reponía, deshaciendo el lazo.... ¡Ay! ¡mira mamaíta!.... ¡mira papá!.... ¡Adiós peroles!...... ¡la descompuse, la descompuse, la eché á perder!

Gritaba, febril de alegría y de sorpresa, removiéndose sobre mí cual si se hallara sobre un potro.

¡En potro he debido transformarme y cabalgar con él, dar brincos que le pusieran en aprieto y lanzarlo de cabeza dentro de una paila de aceite hirviente y dejarlo freir como á un buñuelo!

—Pero, Luisito, ¿te estarás tranquilo?—le decía con toda su paciencia don Fermín.

¡Truenos! me exaltó la manera de imperar de don Fermín, y me asaltó la idea de aplastárselo en la cabeza, ¡y hasta le hubiera retorcido el cuello como á un pollo al tal Luisito!

—Vamos, chico,—objetó,—bájalo.

Y busqué auxilio en los ojos de doña Esperanza, mas en estos leí tanta complacencia, tanta bondad, tan dulce mirada sobre su pedazo y alternando en mí, que me embarazó y sólo respondí con todo mi dolor:

—Nó...... déjelo usted don Fermín.

¡ Y con que buenas ganas lo hubiera disparado al tejado como á un lío inútil !

Anita y Julio se presentaron con plantas recien arrancadas de la tierra en sus pequeñitas manos.

—Mira, Luisito,—dijo ella,—tú no sabes plantar ; yo sí, mira.

Y cavaba la tierra con mucha gracia.

—¿ Qué nó ?—chilló.—¿ Qué no sé plantar ?

Y se desprendió de mis rodillas, y corrió tras ellos...... ¡ Dios mío, al fin me dejabas respirar !...... para después desalentarme y aflijirme más al verlo reaparecer ante mi vista. ¡ Maldita mi paciencia !—decíame para sí.—Y ocurría á mi memoria el tífus, el cólera, las viruelas amarillas, negras, verdes ó tornasoladas ¡ que demonios ! deseaba que se cebaran en él y lo desollaran vivo.

—¡ Mira !—gritaba acercándose ;—y ya preveía una catástrofe. ¡ Mira !—y me mostraba una raiz de lirio—esto lo voy á sembrar en una tina de esas.

¡ Y el villano la sacudía sobre mí !

—Bueno, siémbrala ; quiero verte, embustero—decíale, ahuyentando la tierra de mi traje.

Y él, bendita inspiración celeste, me dejaba libre, ¡ libre ! y suspiré, como si desterrara un gran peso que me embargara. ¡ Bendije, desde mi pensamiento, á aquellos pequeños que se lo llevaban, que me libraban de él, de esa garrapata que parecía adherirse á mi cuerpo, no dejándome tiempo ni para rascarme ! se lo llevaban para que los ayudara á cultivar.

Luégo, abandonaron la tarea de las matas y emprendieron á correr por toda la casa, gritando, causando estruendo inmenso con peroles que hacían de tambores. Confundían éllos, gritaba doña Esperanza imponiendo silencio, mientras don Fermín me decía :

—Es menester acostumbrarse á llevar esta existencia con calma...... Los niños constituyen la diversión de mi vejéz. Sus gritos, sus juegos inocentes me alegran, y, cuando ellos me faltan, y me veo solo entre estas cuatro paredes, juzgo hallarme en un desierto ó en un panteón, y siento miedo...... Los niños son las aves de la casa.

Soy, lectora ó lector mío, del parecer de don Fermín. Me entusiasma el desorden con fundamento. Cuando contraiga nupcias procuraré verme rodeado de chiquillos, y semejante á don Fermín, viviré contento, porque hay que convenir en que un matrimonio sin hijos es una huerta sin flores.

Pero, eso sí, advierto que á los extraños no los quiero ni pintados, porque...... ¡yá los conozco!

Salí de la casa de don Fermín sudando, con lunares colosales en la pechera, con tierra en el vestido, con la corbata enferma y la cabeza perdida.

¡Ah, Naturaleza!





GOCE PROCO



¿Conoce alguno de nuestros lectores á la Venus?

Evidentemente me dirá la generalidad, que la conocen por las reseñas que de élla han hecho escritores notables; por las pinturas en que nos la representan en esos libros voluminosos, realzados con relieves dorados é incrustaciones de oro en su dorso, recamados sobre las letras de adorno que resaltan en sus páginas de finísimo papel de fondo opaco; libros, en fin, que generalmente figuran, á mi juicio, en los suntuosos estantes del opulento.

¡La Venus! ¡Diosa que surgió del anchuroso mar, entre la blanquísima espuma, que parece tomar formas de menudas nubecillas que suspiran bullidoras al flujo y reflujo del inquieto elemento! Bañó á su cuerpo Febo con una lluvia de oro desde el zenit; y las presurosas olas la mecieron y llevaron en sus ondas encrespadas, cubriéndola de besos y susurros armoniosos. ¡Diosa divina, tan ensalzada por los genios de los siglos, tan deseada por las generaciones que elevan tu nombre hasta la gloria!.... Y yo no conozco esas obras inmortales que te dan á conocer, porque ni siquiera me ha sido dado leerlas, por obstáculos que el Destino, siempre pertináz, ha interpuesto en la penosa vía de mi existencia.

La Venus es la perfección de las huríes.

Afirmo esto guiándome por la luz que he percibido de la antorcha de la Fama.

Ahora bien ; ¡ yó, yó he visto á esa Venus divina, la he contemplado absorto, con estupor indecible, tembloroso, con la obduración del amor !...... y hasta llegué á ocupar en ella el puesto del gran Júpiter.

La ví en un extenso taller de fundición.

¡ Sí, señores, no se rian ! en un taller de fundición. ¡ Y tenía allí á su Vulcano, dando con un martillo enorme sobre una placa de hierro, encarnada por el fuego de la chimenea !

De la cintura para abajo, una piel de carnero, sostenida en sus extremos por dos trensas grasientas que se anudaban detrás, cubría no del todo su pantalón azulado ; por la abertura estrecha que se abría en su camisa de lana, desde el cuello hasta el ombligo, se mostraba su pecho velludo ; sus mangas, recogidas casi hasta los hombros, descubrían dos brazos fornidos, de nudosos codos y músculos de atleta, y unas manos, diablo, tan grandes y tan callosas, que me parecen suficientes para someter, tal vez, al toro de más pujanza. Guardaba su cabeza un gorro de pana encarnada que había perdido con el uso la coronilla y, por donde se escapaba una mecha de cabellos negrísimos. Sus ojos son vidriosos, sus cejas sombrías, la nariz enorme y puntiaguda, una nariz rara, y su boca ancha, al sonreir, descubre dos filas de dientes mal acondicionados, pero de una blancura de marfil tan hermosa que contrasta singularmente en su cara severa, horrible por la barba grosera, toscamente crecida, que le dá un aspecto de salvaje.

Cada vez que lo miro tiemblo como un cervatillo ante un lobo.

La casa que habita tiene dos pisos. En el alto está la salita. Su mueblaje es pobre, pero ordenado con tanto gusto y con una coquetería tan refinada, que al entrarse en ella la vista se detiene y se recrea en cada objeto, porque el más insignificante simplifica un adorno artístico, dotado de sencillez magnífica y realzado por su primorosidad y gracia encantadora.

A la salita sigue la alcoba, y de la alcoba...... no recuerdo mas. En el bajo está la fundición. El exterior tiene sus dos puertas laterales y por sobre ellas nn balcón tendido en

el que se alzan, por sobre el pasamanos, plantas floridas y enredaderas que se extienden en toda su longitud y lo cubren con su espesura, dándole no se que perspectiva que atrae irresistible la atención del transeunte.

En verdad, es un nido de amor.

Mi Venus arreglaba una meseta de flores encarnadas sobre una mesa de bruñido cedro barnizado; al pasar la ví, y me detuve como contenido por algo desconocido que me obsecara, permanecí fijo, recto, una sombra pasó por mis ojos, mi pensamiento quedó suspenso y mi espíritu debió dilatarse; creíme trasportado á lo infinito, rodeado por lo etéreo, y vislumbrando ante mí aquella mujer como una aparición celeste envuelta en celajes luminosos y resplandecientes...... El misterio descorría sus cortinas invisibles y me hacía entrever lo superior, lo ignorado que velaba; en ese instante no percibía si me hallaba ante un sér sublime ó una visión natural de Titea!

¡Dios mío! tú lo sabes. Si no caí en tierra al sentir su mirada que arrolló á la mía, sin duda fué...... nó, no puedo explicarlo; me sentí agitado, bajé la vista, nada percibí en derredor mío, vacilé y...... mi mano produjo un golpe seco al descargarse contra la pared que me sirvió de columna, deteniendo á mi cuerpo.

Volví en mí, pasé por mi vista entrambas manos como si quisiera desterrar alguna sombra que la empañara, y sin osar mirar, tan grande era mi aturdimiento, con paso irregular avanzé por la senda interrumpida.

La atracción que aquélla mujer siguió ejerciendo sobre mí llegó á embelesarme, concibiendo en mi espíritu el desasociego y turbando á mi sueño ideas insensatas.

Al dia siguiente pasé por el exterior de su vivienda. Nos miramos simultáneamente.

Conmovido, feliz en aquel instante, con aquella caricia muda prodigada, que agitóme el corazón, seguí intranquilo mi camino, y ya distante, volví la cabeza, por ese instinto propio que nace de las sensaciones del afecto, y mis ojos se encontraron con la grotesca figura de Vulcano, apoyado contra el ángulo de una de las puertas, con su pipa entre los labios.

Al verle me desconcerté, porque aquella cara horrible y aquellas manos diformes me infundían un temor inexplicable, y opté por escurrirme, porque soy una criatura, de complexión tan delicada, y de sensibilidad tan fácil de revelarse á la menor impresión, que lo más mínimo indispone mi físico.

Llegó una noche en que la inquietud que la imágen de aquella mujer llevaba á mi alma llegó á hacerse insoportable, desesperaba por verla. En mi cerebro se apiñaban las ideas, me torturaban, y sentía en él como efectos de martillazos. ¡ Qué lucha tan tremenda sostenía en aquel instante el alma y el pensamiento !

—Pasaré por su casa,—me decía,—acaso estarán cerradas las ventanas y las puertas, miraré al primer piso, esperaré oculto entre las sombras que envuelven á las casas de enfrente, y si el azar me la depara, la hablaré del amor, hasta entonces de mí no presentido. Sí, ¡ el amor ! porque esta zozobra que perturba mis sentidos, esta fiebre insufrible en que me abraso y que me tortura, teniendo á mi ser entre un orco indescribible, ¿ qué puede ser, sino amor !

Salí, y desesperado, me encaminé hacia su casa. Serían más de las ocho cuando llegué ante su puerta. Estaba está entornada ; había luz en la fundición y en el alto, pero no se percibía ningún ruido. Tuve el valor necesario para escudriñarlo todo, primero, por el ojo de la cerradura, después, por la entreabierta puerta ; latíame el corazón con violencia y el aliento parecía faltarme.

Oí el susurro que un traje produce al paso de la mujer. ¡ Es élla ! dijo la voz de mi conciencia.

Y sus pasos resonaban en mi espíritu.

Instantáneamente abrió la puerta, y su silueta se destacó en ella entre una indecisa claridad que penetró en las tinieblas.

Palidecí al verla, y mis ojos centellearon por el amor y el deseo de que estaba poseído, y sin pensarlo me arrojé en sus brazos y la estreché contra mi pecho. En vez de enojarse me oprimió en los suyos y nuestros corazones se comunicaron sus latidos

Sonreía élla con una dulzura inefable y á la vez me envolvía en su amorosa mirada ; abandonó á las mias su mano in-

....

fantil que yo oprimí y llevé á mis labios. Se estremeció, é hizo un débil esfuerzo como si aquellos besos la mortificaran.

—Ven,—me dijo. Y asido á su diestra, me dejé conducir por ella. No me dí cuenta de los objetos que formaban alas cuando atravesamos aquel largo taller; dejábame llevar sin saber de mí, olvidado del mundo, de todo; aquélla mujer parecíame una de esas apariciones celestes que forjan los sueños, y que, voluptuosas se inclinan sobre el lecho, nos embriagan con sus caricias, murmuran quedo frases sublimes al oído, y se entregan á nuestros afectos desenfrenados. ¡Qué sensible es el despertar! quedamos agitados por un éxtasis que embelesa, y un vago estremecimiento parece notarse en derredor, fluctuando en el vacío, una cosa así como aliento de mujer que despierta el sensualismo.

Retúveme un instante y la palpé, para cerciorarme de la realidad.

Ella me atrajo, y me instó á seguirla. Ascendimos en puntillas por una escalera torcida, llena de espirales, atravesamos la alcoba y entramos en la salita.

Sin hablarme, siempre sonriente, me indicó con un gesto gracioso que esperase. Entró en seguida, trayendo un frasco de cristal cuya forma representaba á una diosa desnuda, y dos copas de color de ópalo. Virtió en ellas un poco del líquido que contenía. Yo la miraba con miedo, con una especie de terror, sentí la frente humedecida por un sudor frío, porque figuré ver en ella la imágen de Lucrecia Borgia. Quizá leyó en mis ojos mi pensamiento, porque levantó ambas copas, y mirándome sonreída las probó.

Apuré el líquido hasta la última gota. Era una bebida muy fuerte, que dejaba en la garganta un sabor dulce, preparada por su esposo.

Pocos minutos después la hablaba de mi amor, élla me oía embelesada, me besaba con ardor; mis brazos hiciéronse atrevidos, rodee su talle, probé la miel de sus labios, sentí el contacto de sus mejillas suaves, caí en sus brazos, confundimos nuestros alientos y nos unimos ambos.

El placer y el amor se abrigaban bajo un mismo velo.

....

En medio del silencio de la noche el sonido pausado de la campana del reloj de la torre de la Catedral anunció las dos.

Tiritando bajo el imperio de la niebla helada de la madrugada, cruzé las calles que conducían á mi hogar. Mis pasos resonaban sobre el piso cimentado de la acera, y el eco que iba á apagarse en el fondo de las calles que dejaba atrás, de tal modo influía en mi ánimo no se que espanto desconocido, inexplicable, imaginándome sentir pasos de otra persona que me seguía, que, creyéndome perdido, ví levantarse ante mí al terrible Vulcano con el martillo suspendido sobre mi cabeza, en traje de trabajo, tal como le había conocido, y aceleré el paso, y creo que corrí empujado por el miedo, pues aún me parece oir el silbido del pito del vigilante nocturno que juzgo me alertaba.





URBANIDAD LIBRE

Para probar una persona que ha recibido una educación tan esmeradísima que no admita reprensiones agenas, debe hacer perdurable en su memoria las reglas perfectísimas que expongo con la mejor buena fé del mundo:

EN LA CASA PROPIA Ó PARTICULAR

Al levantarse, pertenezca la persona á uno ú otro sexo, que esto reza con todos, debe salir con el traje que ha dormido, calzarse unos zapatos viejos que le queden espaciosos en los pies para que metan mucho ruido, y en seguida, para encender el vigor vital, se pondrá á correr por toda la casa con la dichosa libertad que un potro ó una yegua lo hace en la sabana.

Esto debe ser lo más temprano posible...... Recomiendo el albor...... Ese ejercicio le hará sudar demasiado, debiendo entonces dirigirse tranquilamente al baño, y si no lo hay, á una pipa, y sin detenerse en pedir permiso, métase allí y póngase enano bajo el agua ó deslízese igual que un pez.

Sale del baño al cuarto de hora, se va derechito á la cama. ocúltese bajo las sábanas y permanezca así otro cuarto de hora á fin de calentar el cuerpo..... Llegado este término saque maquinalmente los brazos de las ropas que los cubren, deje asomar las piernas por otro lado y, cuando la atmósfera allí encerrada enfríe estos miembros, póngase de un salto en el pi-

so, dispare la ropa lejos de sí, y cuelgue como á un trofeo la almohada en un clavo á buena altura fijado, para que se refresque. Todo esto á prisa, sin que le importe un cuerno, é inmediatamente salga fuera, coja una cacerola y á manera de tambor fustíguela con un palo, acercándose á todas las piezas que ocultan á los que duermen, y forme en cada puerta una retreta, tal, que los haga levantar incomodados, en trapos inferiores, y procure que corran detrás de usted...... Esto es bastante higiénico, porque los nervios se excitan y se siente la persona con ganas de dar palos á todo hijo de Dios.

Cuando se encuentren en el patio restregándose los ojos ó bostezando le lleva agua cocida, endulzada con papelón negro, y le agrega una onza de sal de la higuera y el ácido de media docena de limones extringentes, para que le desarregle el estómago inmediatamente.

El saludo debe hacerse con un golpe fuerte por la espalda y enseguida se le requiebra con piropos...... que no resulten infacetísimos.

Hecho esto corra á vestirse el mejor traje que tenga. En esto del vestir debe haber grandísimo cuidado, porque en la calle lo primero que hacen es olerlo, y si le notan los dedos por la punta rota de los zapatos ó el cuello como carbonero dése por corrido, porque rehuyen.

En la mesa proporciónese un puesto donde las viandas estén más á su alcance y déle caza á lo más sustancioso y fino ..... No se inquiete en rogar al vecino que le procure lo que sea de su gusto; póngase en pié, ¡ los demás que miren y se fastidien! incline el cuerpo si es necesario, sin preámbulos...... nó, nó, con cuidado ..... por el trajecito, y atrape lo que quiera que en nada perjudica. ¡ Ah ! me olvidaba de una advertencia importante; debe presentarse en mangas de camisa...... es lo más decente y lo más bonito en sociedad de distinción, y de esta manera le acaricia el aire á su gusto y le predispone el ánimo.... porque esto de ir cargando con hábitos es nocivo á toda naturaleza, porque le pone á sudar y hasta llega á estorbarle en sus movimientos.

Descanse contra el espaldar del asiento, á imitación de los romanos antiguos, abra las piernas sin turbarse, búsquele

juego con los pies á la vecinita ó al vecino: á éste píselo fuerte para que chille, por lo que tenga en ellos; á aquélla con confianza, con suavidad hágale cosquillas, coloquéselo encima que ella no se molesta, créamelo; al contrario, paga su caricia con una sonrisita, agradable en su rostro por.........

Hable lo indispensable, ó mejor dicho, no abra la boca más que para comer, comer sin descanso, sin detenerse, á escape; y que repitan los platos los criados del servicio para que no descansen, para que ganen bien el salario; y no le importe un fósforo que alguno se quede en ayunas y murmure de usted.

Si al levantarse los manteles el estómago se siente en actitud noble de recibir otra reverencia, váyase á la cocina, no haga caso de lo que dirán, déle bromas á la cocinera, cortéjala si tiene buena cara, y convídela á limpiar los saltenes y los calderos; acaso objetará, ¡ bueno! entonces suplique, replique con argumentos indiscutibles, y ella se ablanda, le sonreirá "con los ojos" y los dientes, inclinará la cabeza con dulzura, y jugará con el delantal porque, ¡ qué vírgen ni que demonio! se ve conquistada y la dá vergüenza...... si no la ha perdido.

Al quedar satisfecho entre al salón con su girón ó habano, soltando humo por donde pueda; ocupe un sillón cómodo, cruze sus piernas y suelte la lengua. Procure no dejarle tirar un tirito á los concurrentes, hable de diversiones públicas y privadas, de ciencias, de política, de literatura, de todo, aunque no conozca nada, que el que mete la pala algo saca.... aunque sea un bofetón.

EN LA CALLE

Camine con reposo al salir de la casa...... después á prisa, llevando á todo bicho viviente por delante.

¿Qué derrriba á un señor de edad, á una señora ó á un chico?......¡ Bueno, que no se atraviesen, que no estorben! ¡ Lo mismo hacen los aurigas al transeunte con sus vehículos! pero por cortesía vuélvase sonriente hacia el caído y dígale:

—¡ Oh, Dios mío! perdone usted......¡ Voy tan apurado por mis ocupaciones!...... Aunque no tenga ninguna; y continúe su camino muy fresco, sin prestar atención á las quejas

ó increpaciones del aporreado; pero desvíe el saco prontamente, por lo que pueda venir.

Guíñele los ojos á las muchachas que están en las ventanas, que ellas se ponen ahí para lucir sus palmitos y dirigir á diestro y siniestro miraditas lánguidas á los que pasan; obsequiélas con flores hermosas, aunque no las conozca, que de este ardid puede nacer la amistad.

Si algún amigo ó conocido lo invita á tomar algo en algún café ú otro establecimiento público, no se haga instar, acceda al punto, cuélguese de su brazo para que lo conduzca ya que es anfitrión, y háblele de su novia ó cuéntele algo gracioso, y, no pague ¡nunca! ¡nunca! porque esto no es propio de buenas personas, ¡es una falta de educación!

Lea los periódicos en los hoteles ó en la Biblioteca y siempre tendrá de que tratar, porque ellos informan de todo lo que ocurre en la capital y en el extranjero.

Muéstrese consecuente con los empresarios de teatros y con los artistas; solicite un billete intrasmisible para entrada á todas las funciones, contrayendo en caso fortuito el compromiso de escribir la revista, y mal ó bien escríbala; no censure, alabe todo, y tendrá la plaza asegurada en todo sitio ameno.

A las visitas, á los bailes, á toda reunión de familia, vaya de frac ó esmocky..... y no abandone el sombrero de copa ni para...... ir á cazería, para que le consideren como á un príncipe.

No debe usar frecuentemente flores en el pecho, porque esta cualidad es ridícula, y sería irremisiblemente el blanco de todas las miradas; el exceso en cualesquier cosa es imperdonable, y repugnante.

EN EL TEMPLO

Se entrará revestido de cierta gravedad. Declare las manos insurrectas, no dejando la faz ni el traje tranquilos, y así atraerá la atención de los feligreses.

Penetre á todas las naves, una á una, y ante la imágen que la guarda, caiga de hinojos, con los brazos suplicantes, los ojos puestos en el baldosado, y moviendo los labios á fin

de que las personas que lo miren queden persuadidas de que reza con fervor, aunque sea absurdo, finja, porque ya estamos convencidos de que á ese lugar sagrado se va á pasar el rato, créalo, soy franco en mis ideas, porque se ha olvidado la devoción religiosa, y es raro sorprender que se llene este requisito en su debida práctica. La fé se ha perdido, y allí las miradas y los semblantes se reaniman al leve ruido de los fieles que entran, por lo que saco, que, sólo hacen ver que cumplen con los preceptos del catolicismo ; pero á lo que van es á contemplar palmitos, y cuerpos tentadores, palpitantes bajo el traje de seda ó el vestido de casimir. Allí no entra ya el *fervor*, sino la *intención*.

Se saldrá del templo cabizbajo, y ya en la calle se vuelve á comenzar la comedia de la vida. A ver mujeres, enamorarlas y engañarlas, á presenciar fiestas, promover disturbios, correr rumores, comer, dormir y gozar de la vida hasta que la muerte nos guillotine.





UNA CELEBRIDAD

Todos nosotros, reunidos, esperábamos oir hablar á aquel hombrecito bajo de cuerpo, craso de abdómen, cargado de espaldas, de cabeza redonda y de rara barba.

Teníamos informe de que se había presentado en la Academia de la Lengua, solicitando pertenecer á ella, porque se juzgaba digno á tan honorífica distinción, por la celebridad de que gozaba en todo el orbe.

Ascendió pausadamente á la loma que formaba la parte de terreno menos plana, y comenzó así:

—Me puse en pié ante aquel cuerpo respetable y dije: Señores, nací en los hermosos valles de Aragua. Toda mi vida he sido un glotón, porque devoro cuanto puedo, y mi apetito apenas queda saciado una ó dos horas; á partir de ahí me encuentro en disposición de acometer con nuevas raciones.... Me interrumpí, porque un susurro, traído por la admiración, se dejó oir en toda la sala... Un individuo enjuto, hasta el punto de parecerme una caña seca, exclamó con alborozo:

—¡ Oh ! soberbio apetito. ¡ Bendito sea !

—Pero, admírense ustedes,—continué;—á medida que los años se sucedían, mi abdómen se abultaba desproporcionadamente, hasta el grado de alarmar á mis padres.

—¡ Es una maravilla del siglo de las luces !—exclamó el vicario de mi pueblo.

—Pero otra cosa, singular por cierto, atrajo más su atención; fué mi barba, que tomaba paulatinamente una forma nada común en mis semejantes; en la actualidad, ya la ven ustedes, tiene la figura análoga de un cuerno.

—¡Ya lo había dicho yó al entrar usted!—gritó, mofándose de mí, un individuo obeso, que llevaba lentes, miembro también de la Academia, el cual salió de detrás del tapíz azul que velaba el interior de un gabinete.

—¡Eh! orden, señor Floridor,—impuso el Presidente, agitando una campanilla.

—El señor Floridor, murmurando de mí, descorrió el tapíz y desapareció. Sin intimarme por esta indiscreción, repuse: Decía, señores, que mi barba tomó la forma que exhibo; bien, estos dones, que para mí nada tienen de celestiales, han producido sucesos que han tenido resonancia en los salones de la alta sociedad. La verdad es que me he mirado en los espejos que se me han atravesado por delante y creo que estos excesos de Naturaleza me hacen favor; hágome justicia, porque hay que convenir en que el hombre por más feo que le considere su semejante se tiene por agraciado en alguna prenda física ó moral; por lo tanto, señores, soy feliz porque soy célebre. Los periódicos, ¡todos los periódicos de la capital! hablaron de MI, de mi barriga, de mi barba y de MI; los del interior y del exterior exhibieron en sus columnas mi retrato, hablaron otra vez de mí y patentizaron los adornos que Natura derramó en mi extraordinario individuo, lanzando, para más gloria, este apóstrofe inmortal que correrá dando zancadas por la adversidad:—"El señor de Tal y Cual, el hombre famoso que ha sido arrullado en su cuna por los aires deliciosos de la América del Sur, no tendrá émulos; es el modelo de la celebridad."—¿Eh? ¿Es esto conquistar fama merecida, señores, sí ó nó?

—Sííí,—gritó unánimemente la Asamblea.

—Pues bien,—repuse entusiasmado,—para que la duda que acaso haya surgido quede desechada totalmente, permitidme referir la principal anétdota de mi preciosa vida.—El cuerpo aplaudióme con estrépito y aguzó luégo los oídos. Sus ojos, fijos en mí, llenaron de gozo mi espíritu conmovido,

porque comprendí que la atención más solemne se me prodigaba; me froté con orgullo las manos y comenzé de esta manera:

—Cuando salí de casa, con barriga, barba y todo, me dije: ¡A correr el mundo! y emprendí mi entrada en él del modo siguiente: Un amigo, que me distinguía por mis hechuras, manifestóme el deseo de presentarme á un célebre escritor de artículos de costumbres, el señor Roque Roquinón de La Roca, pariente de él en no se que grado. Acepté gustoso. Al verme su pariente no supo que hacer de mí, así me colmaba de cumplidos y de elogios. ¡A tal fineza tal condescendencia! me dije, y héteme, á los pocos días, convertido en amigo íntimo de aquel favorecido de las letras...... Un gran artículo suyo, donde no hablaba más que de mí, de MI únicamente, llegó á ser leído del señor don Remembrón Brimbón, hombre sabio, (muy conocido en su casa hasta de los gatos.) Su cónyugue, hermosa mujer de treinta y dos inviernos, quedó encantada de mi retrato trazado por mi grande amigo, y en una carta que á él dirigió, le expresó el placer que tendría en conocerme.... La sociedad más escogida es la que brilla en aquella casa, suntuosa por los adornos que encierra y muestra, y donde el gusto se dá de cabezazos con la novedad disputándose el agrado del huésped.

—¡Irás, amigo querido!—exclamó mi amigo abrazándome;—pero, eso sí, irás con tu barriga, con tu barba y......

—Y con todo,—agregué interrumpiéndole.—Tú sabes que son naturales, y que con ellas cargaré hasta el otro mundo.

—Hombre, á propósito,—añadió, con ese tono que revela la sugeción de una buena idea,—¿por qué no escribes un tratado de *Barrigología* y otro de *Barbilobía?* El dinero te caerá en los bolsillos como por encantamento, porque las ediciones las agotaría el público.... El gran Poe creó á un personaje inmortal que escribió uno sobre la *Nasología*, esta es la ciencia que trata de la nariz, los tuyos versarán sobre la barriga y la barba, ¿qué te parece?

—Magnífico,—le contesté;—pero imposible de realizar. Esa es tarea delicada que asumo para esos seres privilegiados del Creador, esos hombres mónstruos que penetran con

la inteligencia en lo desconocido, y luego nos lo comunican en sus obras, ¡ cosas de genio !..... tú estás dotado de ese prodigio divino, estás llamado á comunicar ese secreto...... Aquí me interrumpí para decir : Bien, señores, á las nueve y unos minutos, pisamos el dintel de la puerta de la casa de mi señora y mi señor Brimbón. ¡ Qué iluminación ! ¡ Qué profusión de ornamentos había en todo lo que la vista contemplaba en aquellos salones hermosísimos ! ¡ Qué mujeres y qué de joyas deslumbradoras resplandecían en sus trajes ! ¡ Parecíame estar en algún palacio de princesas encantadas !.... Cuando subía los peldaños de la escalera de entrada oí mi nombre pronunciado por un criado, repetido por otro ; luégo lo oí que iba de boca en boca por la generalidad de los concurrentes. Cuando me ofrecí á la entrada del salón, cogido del brazo de mi amigo, se levantó de la sala un murmullo grande y todas las miradas fueron para nosotros...... Una señora elegantísima se nos acercó. Saludóme con un gracioso movimiento de cabeza, á mi amigo estrechó su diestra con familiaridad. Mi amigo, señalándome, dijo :—El señor...... ¡Y me nombró á mí! Y en seguida añadió :—La señora doña Aurora Claridad de Brimbón.—Acto contínuo, se apoyó la señora en mi brázo, sin haber tenido yo la cortesía de ofrecérselo, y contentísima me conducía á mí, ¡ á MI ! que me reconocí instantáneamente por la celebridad más célebre de los celebérrimos célebres. Yo me paseaba con la indiferencia majestuosa de un monarca. Me detuvo mi señora ante un caballero de buena talla. Presentóme á él ; era su esposo.

—¡ Hermoso joven !—dijo. Y me dió un tirón extraordinario de la barba, agregando con tono de convención : Legítima ; y en seguida me dió dos puñetazos por el vientre, diciendo : ¡ De la misma naturaleza !...... Lo decía de la misma manera que lo hiciera un buen bebedor de vinos que prueba la excelencia de ellos.

—La señora de Brimbón acarició mi barba con mucha complacencia, y me abrazó diciendo : ¡ Monísima ! ¡ Bendito ángel ! Me volví para ver el efecto que producía su galantería galante. Un grupo compacto de caballeros me observaba. Al volverme exclamó uno :

—¡ Jesús !—y se escapó tendido de risa.

—¡ Diablo !—gritó otro soltando una carcajada,—¡ qué abdómen, parece un tamborón ! Y se escapó igual que el anterior

—¡ Bueno que está este Sancho Panza exagerado para ser lanceado por un Quijote de los nuestros !—dijo un tercero al oído de una joven con quien corpartía sus cuitas, y la cual, al verme, con una especie de terror, díjole:

—¡ Ay ! vámonos. ¡ Qué miedo ! Y se lo llevó de grado.

—¡ Cáspita !—dijo un recien llegado retrocediendo.

—¡ Que se desaloje !—gritó un jovencito desde la puerta de entrada, ahuecando la voz con sus manos.

—Uno más osado me metió el bigote por los ojos, y me dijo :—¡ Fenómeno !

—Yo los veía y los oía á todos con fingida indiferencia, sentía en mi cara ese ardor que se percibe al resplandor de un horno encendido ; pero, cuando me llamaron fenómeno, y para más vergüenza, sin guardar consideración siquiera por la augusta dama que mi brazo conducía, perdí los estribos que ha mucho tiempo sujetaba á mi pesar, y desprendíme del de mi señora de Brimbón, y me le planté al atrevido y le dije cuatro palabras muy bien dichas, propias de un caballero, y le arrojé á las narices mi tarjeta...... ¡ Diantre ! no parecían caballeros. ¡ Qué maneras de conducirse en casa tan respetable !...... Al día siguiente nos batimos en el Paseo Independencia, en un lugar aislado, hacia el oeste, por el lado que se está erigiendo la estatua del Mariscal de Ayacucho ; nos batimos de la manera más original. Como en nuestra sociedad no está admitido el duelo, para obrar como hombre cuerdo, propuse el desafío á los puñetazos. Acogióse el sistema favorablemente por los caballeros que se citaron para padrinos. El nombró á los suyos, yo á mis dos amigos, que convinieron al punto. Nos despojamos del frac y se emprendió la lucha. ¡ Diantre ! lo dejé sin barba y lo tuve, para escarmiento, cinco meses bajo sábanas, quejándose contínuamente por las dolencias que sufría de los tremendos golpes que dediqué especialmente á su abdómen......

Todos nosotros (que le rodeábamos) aplaudimos á aquella celebridad derrochada.

Y continuó diciendo:

—Después de este incidente renuncié á la sociedad, foco de la crítica y archivo de la mentira, y aquí, señores, ante este cuerpo respetable he venido para lograr el puesto que primero quede vacante; lo desempeñaré con recursos y...... ya lo ven ustedes, soy exéntrico como Monte Cristo y célebre cual Dumás...... El Presidente de la Academia sometió mi voto á la discusión; todos lo reprobaron indignados, exponiendo cada uno argumentos, irreplicables por sus lógicas tendencias, ¡y si de allí no salgo tan pronto me dejan sin barba y sin barriga!



EL TABACO



Créanlo ustedes, don Facundo no puede prescindir de fumar, y cuando entra á su casa con el habano prendido, lanzando al espacio caprichosas nubecillas de humo, su cónyuge, la afable doña Emilia, al recibirle le dice compungida:

—Pero Facundo, Facundito de mi vida, ¿cuando será el día que te vea entrar sin esa chimenea?

Y don Facundo, muy serio, mirándola le decía:

—Chica, cuando me falte ese fuego que destruye todo, el dinero.

—¡Jesús! ¡Pobrecillo!—agregaba ella en el mismo tono, observándole.—¿Lo ves? te estás martirizando los labios. ¡Oh! si están llenos de canales, y hasta desagrada á la vista; tira ese veneno, muchacho...... ¡Maldito progreso!

Y hería á la tierra con el pié por la impaciencia que esto la causaba.

—Pero, mujer, si no puedo complacerte, ¿no ves que me ha costado cuatro cuartillos y todavía no le he cogido el gusto? Deja que lo consuma, tranquilízate, mamífera querida.

Y la tendía el brazo por su cuello, y la conducía al comedor, sin que ella opusiera resistencia.

La posición social de estos esposos es la superior. Sus salones se ven siempre animados por personas distinguidas. Se muestran galantes y obsequiosos con cuantas personas hónranse en su casa y esto los tiene en la cumbre del elogio.

Tres hijas encantadoras aumentan la alegría de la casa, cada una prendada con su galán.

* * *

El salón estaba amenizado de personas. Había llegado la hora de recibir. Eran las ocho y cuarto.

—¡Oh, doña Emilia!—exclamó Canuto, el futuro de la menor,—el tabaco es el entretenimiento más inocente del hombre.

—¡Un entretenimiento!—replicó ella.—¡Bah! ¡No está mal entretenimiento!...... Repare usted, señor Canuto, que el color de su tez es terroso, que......

—Mamá,—objetó la joven, dirigiéndola una mirada de penetración.

—Bueno,—continuó.—Perdone la indiscreción; mas, la franqueza es la bondad del carácter; debo advertirle, pues, que evite el peligro con tiempo; va usted á perder los pulmones á fuerza de tanto humo que se guarda. ¡No lo tome á broma! véase usted los labios y los notará secos y arrugados, y estoy segura de que tiene usted ahilo, lo revela su complexión.

Todo este exordio se lo encaja doña Emilia, ora con dulzura y con mimo, ora con tono seco ó exaltado.

El aludido no osa responder; se turba visiblemente.

En su auxilio acudió uno de los que componía la sociedad, don Marcial, caballero excesivamente cortés, muy erudito en las ciencias, que dijo:

—Permítame mi señora doña Emilia que le haga observar, con su favor, las cualidades bellas del tabaco.

—¿Cualidades bellas, ha dicho usted, don Marcial?—dijo estupefacta.

—¡Oh! señora, lo sostengo. Tengo ejemplos en que fundar mi opinión; citaré algunos...... Cuando uno fuma, con régimen, la imaginación se aclara, el estómago se entona, el aliento se disfraza, la dentadura se conserva sana......

—Sí, y la garganta arde lo mismo que si hubiera pasado por ella plomo derretido,—interrumpió, sin inmutarse al parecer, doña Emilia.

—No la contrarío, señora mía; no hay que objetar sobre ese caso, su razón es lícita. No niego que se experimente algo dañada la laringe, algunas veces; esto acontece generalmente cuando se fuma con exceso ó cuando en el cigarro abunda la nicotina. En el tabaco entra á funcionar la química, y la especie más saludable es la que contiene menos sustancias insalubres, esta es la superior; la clase inferior llega á causar trastornos á veces funestos en el organismo, si se abusa; ésta es de valor insignificante por lo común de la naturaleza de su composición; pero el fumar, ¡oh! señora, ¡fumar es el hábito más delicioso de la vida!

—Es un vicio ruin,—dijo doña Emilia,—aunque la sociedad procure por tributarle alabanzas y saborée su calidad. El olor del tabaco es repugnante; además, conocí á una persona que se mantenía sin comer hasta veinte horas, sometiéndose al método abominable de ese vicio tenáz. Este individuo carecía del sustento, y para ahogar el hambre fumaba cigarrillos unos tras otros, y así se hartaba de humo sin acordarse muchas veces del alimento; después se dió á la crápula, porque el tabaco irrita y despierta una sed insaciable; el sentido del gusto lo perdía gradualmente, no dormía, sentía un gran peso en la cabeza, y la debilidad de su vista era notable; perdía saliva como usted no se daría idea y el color de sus dientes parecíase al musgo. Finalmente, quedóse como una espiga, y le vino una fección al estómago que le arrebató la existencia en pocas horas. ¡Esto no es favorecer á la humanidad, es matarla!

Y se incomodaba, se coloreaba su semblante por el apasionamiento, hasta el punto de parecer divina en su trasporte.

Don Marcial no se daba por vencido, y, queriendo defender á todo punto su tésis, con su cortesía habitual, agregó:

—Señora, su dictámen, hasta cierto grado, lo juzgo indiscutible, por la realidad de su fondo y lo acertado de su ejemplo; pero, hay que persuadirse de que el tabaco obra higiénicamente en el organismo; es maravilloso, si puede así decirse, porque desarrolla el ingenio, dándole claridad y fantasía al pensamiento, ayuda á la digestión, alegra el ánimo, se pasa el tiempo distraído, y no hay cosa más agradable que

encontrarse uno en un círculo donde se fuma, y en conjunto de la charla rodeándonos una polvorada, permítaseme esta frase, una polvorada de humo que perfuma la atmósfera encerrada, y no ese ambiente pesado que sofoca, trabajoso de aspirar, que causa verdaderas náuseas, entorpece el entendimiento y trae el abatimiento corporal y material; hablo de las flores, con las cuales figuran las de vuestro sexo ramos de profusas formas en jarrones capaces con el intento de distraer nuestros sentidos, cuando sólo logran trastornarnos y enfermarnos. Me gusta admirar las flores en el peinado ó en el levantado pecho de la mujer ..... Bien, concluyo diciendo que detesto á las flores y amo al tabaco, ¡ y note usted que el mundo fuma y que el progreso corre!

Don Facundo que oía á aquel abogado de su hábito invencible, con la atención y el placer más grande, oculto detrás del tapíz que cerraba el paso á la alcoba, lo descorrió y se plantó en la sala, con asombro de los que en ella estaban, y con muestras de febril alegría, arrebatado de un frenesí que parecía rayar en la locura.

—¡ Bien!—gritó.—¡ Bien! ¡ Retebién!

Y abriendo los brazos, dirigiéndose á don Marcial, agregó en el mismo tono:

—¡ Venga á mis brazos don Marcial, queridísimo colega!

Y abrazáronse. En seguida, don Facundo extendió hacia él sus brazos, y mirando á los concurrentes, con una majestad solemne, añadió:

—He aquí al genio del tabaco.

Y se apoyó en su brazo diciendo:

—Al comedor todos; pero antes gritemos, ¡ viva el tabaco! y quien no me imite ni alabe sus hermosas cualidades, ni tiene buen paladar, ni es hombre de gusto, ni conoce los caprichos del mundo!

Todos elevaron su voz contestando á su noble intimación, y lo siguieron contentísimos.

¡ Doña Emilia estaba rendida!

La oposición la sometió.

Y yó, lectores mios, me contento con ponerme de parte de don Facundo y don Marcial, y...... ¡ eso que no soy fumador!



IR POR MIEL Y SALIR PICADO

Una hora faltaba para llegar la media noche.

La luna, con su ténue luz, daba claridad hasta un poco más allá del centro de la desierta callejuela, en la que el silencio sólo era interrumpido por los aullidos de los canes, que alarmados al sentir el menor ruido despertaban amenazantes.

La débil luz de los lejanos faroles distinguíase como un punto luminoso, y la vista se perdía en el fondo oscuro de las últimas estrechas callejuelas de las avenidas.

Un grupo compuesto de cinco hombres, todos jóvenes, embozados hasta los ojos en sus capas, seguían por ella silenciosos con lentos pasos, y detuviéronse cerca de una reja que pertenece á la alcoba donde descansa de las fatigas del día una hermosa mujer de diez y ocho primaveras.

La casa tiene dos pisos ; en el segundo, los que á esta virgen dieron sér, reposaban tranquilos. Un balconcito, donde las enredaderas y algunas plantas que habían florecido en pequeños cajoncitos de ordinaria madera, le adorna y hace que el aire más puro se respire, y le da á la casa más apariencia, moviéndonos á llevar allí la vista inconscientemente.

Descubriéronse los embozos, en voz baja cambiaron algunas palabras que les produjo hilaridad, y el más apuesto de ellos sacó una guitarra que ocultaba bajo su capa ; pulsó las cuerdas del popular instrumento, y apoyando su pié en el borde de la acera comenzó á tocar.

Prorrumpieron en un "¡ hurra !" al oir la primera copla, que con voz vibrante y dulce cantó el enamorado galán.

La joven aquella noche había sido llevada por la tía á una velada que se celebraba en honor del aniversario de una sociedad de recreo fundada cinco años antes.

A la velada seguiría el baile, el cual terminaría al amanecer, y como á ella le gustaba divertirse, y por el baile era capaz de dejar la comida un día, si se lo impusieran, su único deseo era que aquello durara lo menos cuatro días, aunque después tuviese que guardar cama un mes.

En consecuencia, el inspirado amante cantaba coplas y más coplas sin conseguir que su gacela le saliera á la reja á darle gracias como regularmente acontecíale, y ya se impacientaba y hacía juramentos de echar abajo el balcón, porque le imputaba la culpa á la madre, diciendo que algún murmurador habría denunciado sus propósitos anticipadamente, cuando en esto la vieja, la madre de la hermosa, con una gran ponchera de metal llena de...... creo que agua corrompida, se presentó en el balconcito sigilosamente, acercóse á la barandilla de hierro, estiró el cuello, miró á los que bajo del balcón hablaban, y levantando con mucho esfuerzo el objeto, dijo:

—Ahí va eso.

Y lo desocupó, recogió su falda y entró presurosa por donde había salido, dando un baño no esperado á los alegres muchachos.

Dos de ellos saltaron á la calle, á la impresión recibida, mientras que otro, para dar pruebas de ser un jaque, disponíase á correr, impidiéndoselo otro, que con tiempo le asió por el brazo.

Simultáneamente levantaron la cabeza, y con la vista buscaban al autor de tan pesada broma; pero como á nadie vieran, unos á otros se miraron sonriendo, y dejaron escapar una carcajada que tuvo eco en la pared de enfrente.

Después, al contemplarse mojados y percibir el nauseabundo olor adherido en sus capas, dieron salida por sus labios á un sinnúmero de palabras, tales, que los mastines, quizá temerosos de perder algo de su piel, internáronse en la otra callejuela á pasar tranquilos el resto de la noche.

Como no hubo quien se tomara la molestia de contestarles, decidieron alejarse de allí, no sin que antes echaran un vistaso á la casa.

Un cuarto de hora más tarde reunidos apuraban llenos vasos de Valdepeñas en la posada que á dos cuadras de allí quedaba.





PERCANCES IMPREVISTOS



Julián Cuadrado, sin motivo conocido, se levantó aquella mañana de mal humor.

—¡ No quiero que se me hable !—dijo á la tía que le disponía el desayuno.—Mire usted, tía,—añadió más cordial,—estoy indispuesto, una especie de tedio me roba la tranquilidad, y estoy por decir que hoy no he de escaparme de algo funesto, por lo menos de un golpe, porque, desengáñese usted, cuando hay pesares hay contratiempos.

—Pero, hombre,—replicó la tía,—¿ cuándo dejarás de ser maniático? Cualquiera diría que eres un tonto, y tienes ya cerca de veinte y seis años; los presentimientos sólo tienen cabida en el cerebro de los niños.

A las nueve de la mañana el jefe de la oficina le encargó á Cuadrado una comisión delicada.

Caminaba de prisa...... Aquí tropezó con un chico que jugaba con otros, y rabioso le dió un puntapié. Más adelante, un caballero que venía distraído, al aproximarse á él, se encontraron y se vieron ; Cuadrado escurrió el cuerpo para cederle el paso, pero el caballero idéntica evolución hizo, movido por el mismo pensamiento, y es el caso que empezaron ambos á bailar, porque, cuando uno cogía por aquí ó por allí el otro lo hostilizaba y se encontraban. Por último, el caballero detúvose recto, y Cuadrado pasó á lo largo soltando ranas y sanguijuelas entre dientes, mientras el caballero caminaba diciéndose :

—Vaya una broma; pues no me hizo bailar sin querer ese mentecato, ese estúpido que ha podido abrirme paso, deteniéndose como yo lo hice.

Y se reía al recordar la cara que ponía el importuno en aquel trance.

A Cuadrado aquella escena le encendió la cólera, y esta parecía darle alas para acelerar el paso.

Pasaba por ante una puerta, cuando una mujer, saliendo por ella con una carga enorme de ropa sobre la cabeza, tropezó con él y le derribó, al mismo tiempo que el gran lío caía sobre su espalda.

Se levantó maltrecho, con su traje negro empolvado, y encarándose furioso con la mujer, que del caso se reía con todas sus quijadas, arremetió, no con ella, sino con el lío, desahogando en él su ira, la emprendió á puñetazos con la ropa, ¡como si ésta se ofendiera con el mal que la hacía! Con esto, la risa de la mujer aumentaba, de tal modo, que su faz se había puesto encarnada y de sus ojos brotaron lágrimas; y no se cuidaba de las piezas esparcidas en la acera.

Cuadrado clavó en ella una mirada, tal, que si en puñal se trocara la hubiera dejado sin existencia.

Tomó entonces el lado de la calle para obstar otro incidente desgraciado.

Un amigo le detuvo, notándole el polvo que mostraba en algunas partes, y lo ayudó á ahuyentárselo con el pañuelo, mientras él referíale lo acontecido muy exaltado.

Estaba embebido en su narración, cuando atinó á desembocar por la esquina un sugeto, caballero en una mula que sostenía á uno y otro lado dos barriles, y tal golpe le dió uno de ellos, al pasar la mula, que le impelió de bruces contra la pared.

Púsose en pié furioso, y volviéndose al panadero, que de esta profesión era el de la bestia, le soltó en sus barbas este elogio:

—¡Animal!

Esta frase hirió al otro su amor propio.

—¿Yó animal?—gritó.—¡Toma!

Y le lanzó á la cara un bollo de pan, con tal vigor, que al segundo se destacó en su frente un cuerno naciente.

El panadero aguijó á su bestia, y esta corría con tantas ganas cuanto más la herían las espuelas.

Cumplió Cuadrado con la comisión urgente que se le confirió, y su jefe le autorizó á curarse á su casa.

—¡ Maldita sea la facha del panadero !—juraba Cuadrado, viéndose en el espejo aquel nudo.

Su tía se lo cubrió con un fuerte, y este quedó oculto bajo el pañuelo que le fué atado al rededor de la cabeza.

En la noche, le tenía menos proporcional y decidió ir al teatro.

En la primera tanda se le sentó á su derecha un pollo con moquillo, más inteligible, un individuo que había cogido un constipás gordo, y daba cada resoplido con la nariz por estar torpes en su ejercicio. que más parecía la respiración de un elefante que la de una persona ; pero, lo mejor de lo referido es que el tal individuo inclinaba la cabeza y el cuerpo contra Cuadrado, y en su misma cara le daba aire con su fuelle.

Cuadrado rehuía la faz con mal disimulo, se removía en la butaca, tomaba alternativamente diversas posturas, y fruncía el ceño para denunciar su enojo ; el otro se retiraba apenas para en seguida volver á las mismas.

Cuadrado contenía la cólera mal de su grado diciéndose :

—¡ Con qué ganas le caería á esta nariz con un mazo y se la volvería una plataforma ! ¡Rayos ! ¿por qué habrán en la tierra esta clase de brutos ? ¡ Diablo ! ¡ maldita sea su estampa !

Y ya le parecía que la obra no terminaba en toda la noche, no oía la música con agrado ni atendía á los artistas; sólo una idea le atormentaba, la de salir al instante de la gran sala y dejarle el asiento á aquel bárbaro que lo desesperaba con sus impertinencias, con su crasitud. Miraba al pasillo de salida con angustia, se fijaba en los espectadores que se mantenían de pié en las sendas que conducen á los asientos y en los espacios desocupados detrás de las plateas, envidiaba á aquellas personas, y hubiera preferido verse allí estrujado,

maltratado en aquel apiñamiento antes que sufrir tales confianzas.

La impaciencia le andaba con su hormigueo por todo el cuerpo.

No pudo más, era ya demasiado, aquel hombre se dormía con la boca abierta contra su hombro. Se levantó confuso, y pisando á este, estrujando á aquel, maltratando con sus rodillas á otro, abriéndose paso por entre el grupo que impedía el paso, salió, ¡ salió por fin ! sudando gotas gordas.

Cuando se vió fuera respiró el aire libre de la calle con una sensación indefinible, y suspiró diciendo:

—¡ Vaya !

¡ Como si se quitara un gran peso de encima !

En la segunda tanda tomó otro asiento, no sin que mirara al entrar al que le había fatigado en la anterior.

A su derecha tenía á un señor cargado de barriga, muy colorado de tez. A su izquierda á un individuo que llevaba cuello á la americana tan alto y tan ajustado que le ahorcaba casi, privándole volverse con facilidad.

Al sentarse Cuadrado miró á ambos y se quedó tranquilo al ver el aspecto grave de sus vecinos.

Pero, ¡ aquí comienzan de nuevo sus fatigas ! El señor gordo es tan entusiasta, á pesar de lo formal de su semblante, que en cuanto oye la música y la voz de la artista, que desenpeñaba á una *chula*, se inquieta, le hace visajes á la tiplecita y abre su campo de batalla con Cuadrado.

—¡ Qué voz, eh !—exclama, dirigiéndose á Cuadrado.—¿ Ha visto usted á una *chula* con más gracia ? No señor, esto es lo que se llama una mujer que conoce el salero verdaderamente español...... ¡ Olé ! ¡ viva tu garbo, muchacha !...... ¡ Bravo ! y palmotea con estrépito. Ahora va á salir el tío Alfiler ; ¡ mírelo, ya sale ! ..... Muy bien ; ¡ oh, qué tipos saca este Villarreal, es único en el género chico !

Y por ahí le dice, le observa, le da con las manos, con las rodillas, le echa el brazo familiarmente y le alienta á participar de su delirio. ¡ Canastos, lo aturde, lo vuelve una tortilla !

Y por detrás tiene á uno que tose contínuamente, á otro que aplaude, dando con el bastón en los tramos del espaldar de su butaca y, el pájaro del cuello alto que se incorpora demasiado, y como resulta ser amigo del gordo, forman su fiesta, conversando de los artistas, de los autores, de los maestros, de la letra, de la música, del demonio, de todo lo que se le ocurre al timbre, y Cuadrado, entretanto, como Sansón entre dos ladrones, que se quiere arrancar las uñas con los dientes así está el pobre con un humor de banquero desembolsado.

Cuando sale del teatro no sabe lo que ha visto, ni lo que se ha cantado, ignorante del asunto de la obra, atormentado, corrido y fatigado de aquellos loros.

Y esto, lectores benévolos, es real; no me he salido un ápice de la verdad, como ha ocurrido te lo explico.





LAS PESADILLAS



—Esto va mal, Simplicio, tendré que cambiar de habitación. Eres insufrible, créelo, y para soportar estas cosas no he nacido, hijo de Dios; me pesa tu unión, porque tus contínuas pesadillas me están matando...... hace dos meses que no sé lo que es dormir.

Y en verdad, la pobre mujer tenía motivos fundados para quejarse.

El mal dormir de su osposo era para ella, y para quien no fuera ella, un castigo del cielo, ó del infierno.

Y fuera de esto, crean ustedes que se querían como dos tortolitas; se hacían cosquillas, se arrullaban, se besaban en las narices, se mordían los dedos y las orejas; pero, una tarde que don Simplicio se exaltó porque ella no quería torcerle el bigote, la tiró del moño y la hizo caer de cabeza dentro de una ponchera donde se remojaban unas pechugas de xato.

Don Simplicio tendría de treinta y cinco á cuarenta años; Dolorita, que así llaman á su esposa por su afabilidad, cuenta veinte y cuatro y un piquito de mes y medio.

—Mujercita hermosa,—contestó abrazándola,—si comprendieras el pesar que me causa verte padecer por mí no proferirías esas injurias, inocentes pero muy explícitas. Dime. ¿Tengo yo culpa de que Dios me dé males? Yo no los busco.

Y lo testificaba claramente el estante, convertido en botica. Había allí lo menos doscientos frascos de venenos para

hacer reventar á un ejército. ¡ Había recurrido á tántos médicos el bueno de don Simplicio !, y cuanto le recomendaban como eficáz sin consultar se lo tomaba.

Yó, en su pellejo, acaso haría otro tanto, porque, verán ustedes :

Se metía entre sábanas ; á su lado Dolorita ; al cuarto de hora roncaba con tal fuerza, que estoy seguro de que los chiquillos buscarían refugio asustados si le oyeran.

—Mire usted,—díjome una mañana Dolorita,—anoche soñaba mi marido que tenía asido por la solapa de la levita á don Severiano...... un hombre viejo ya, que contrajo con él cierta deuda hace algún tiempo y retarda en satisfacerla. Bien, cuando la lucha se hacía más reñida cayeron ambos á tierra, y como êl quedó sobre el otro aprovechó esta coyuntura, dándole por donde lo lograra ¡ cada puñetazo, y tan terribles golpes en el estómago con sus rodillas ! que yó, daba gritos, los redoblé y hasta llegué á morderle con toda la fuerza de que era capáz, ¿ sabe usted por qué? porque á quien tenía asida, y á quien le hizo nudos en el cuerpo y enfermó del seno con tan groseros golpes fué á mí, á mí, que me había tomado por don Severiano. ¡ En vano hacía esfuerzos para deshacerme de sus brazos y librarme de su furia, le debí mi salvación á mis dientes, sino, sabe Dios en que estado me habría dejado! Al sentirse herido por mis dientes despertó dando un grito.

Hubo aquí una pausa, durante la cual, Dolorita se levantó á tomar agua, dió una orden á la criada y tornó á sentarse á mi lado.

—Un mes hace,—repuso, sonriendo con mucha gracia,—vea usted como son las cosas, una hora después de la comida se acostó por no sentirse bien del hígado. A poco rato roncaba. Le dejé para no turbar la tranquilidad de su sueño ; llevé al corredor un sillón y para no aburrirme cojí el tejido ; lo dejé en seguida, tomé una cartulina y un creyón, acerqué á la mesita el asiento y comenzé á dibujar un paisaje. Ya lo concluía, le daba sombras, cuando oí un ruido leve de pasos que parecían querer amortiguar en el piso cimentado. Me volví asustada hacia el lugar de donde provenían, y, ¿podrá

usted decir á quien vieron mis ojos? pues, á Simplicio que, en calzoncillos y la camisa por fuera, con un pañuelo atado á la cabeza, en una mano la bujía y en la otra una escoba, estirando una pierna, luego la otra, andaba con cautela llevando los ojos cerrados. Al verle intenté huir, porque lo tomé por un fantasma; pero, al reconocerle me asombré, no osando adivinar la causa que le inducía á salir de aquella manera. Llegó hasta mí de espaldas, y dijo muy bajo:—"No te muevas; te probaré que soy hombre de honor."—Y puso sobre el sillón la bujía y corrió por toda la casa con la escoba en la mano. Luégo penetró en la sala, detúvose en el balcón que había yo abierto momentos antes, y miró á la calle diciendo:

—Te has escapado, bribón; pero no tengas cuidado, no llegarás á contarla.

Sin saber porque sentía miedo.

A poco se presentó, vestido ya, y mirándome con mal ceño me asió por los brazos.

—¿De dónde vienes?—preguntóme con marcada ironía.

—De dibujar,—contesté, volviéndome hacia el diseño.

—¡Mientes!—replicó.—¿Te figuras que soy algún niño? No lo creas; á mi no me engañas, ¿entiendes?

Y ceñía con más vigor mis brazos. Comenzé á comprender, quize llorar; pero dominé mi sentimiento y no moví los labios para defenderme porque no sabía que responderle.

Dolorita quedó pensativa un instante, la miré con interés, porque anhelaba conocer el fin de su relación.

—¿Y bien?—la dije.

Lanzó una carcajada, y como si sintiera gratísima satisfacción en referírmelo, juntó á la mía su silla agregando:

—Esto explica, que mi querido Simplicio soñaba que un hombre, Ricardo, aquel pobre muchacho que me traía flores, había entrado en casa á aquella hora con mi consentimiento. En sueños lo vió entrar, y se levantó y corrió tras él sin conseguir atraparle, porque al llegar al balcón había escapado por él. Me costó mucho disuadirle; al convencerse de mis razones me abrazó y lloró de alegría diciéndome:

—¡Ay, Dolorita, qué susto me has quitado; perdóname!

—Nuestras querellas siempre terminan así, con un abrazo.

* * *

Una mañana que me encontraba con ambos esposos sentado á la mesa saqué á conversación las pesadillas.

—¡Oh!—exclamó don Simplicio,—no me hable de esa calamidad mía. ¡La que me acometió la otra noche! ¡Jesús! Esta—mostróme á su esposa—es un yunque; por eso la quiero tanto; tolera mis cosas con una resignación de santa.

Dolorita cambió con él una mirada tan tierna, y tan dulce me pareció la expresión que se pintó en sus semblantes, que confirmé que aquellos dos seres eran felices, felices porque se amaban y entendían recíprocamente.

—Figúrese usted,—repuso don Simplicio;—veo en sueños á un perdulario que se introducía por una abertura que había practicado en el techo de la última pieza, y que se deslizaba por una escala cuyos mecates estaban llenos de nudos. Al poner su planta en tierra miró á todos lados con recelo; dejó pasar unos segundos, espiaba á la soledad de la casa. Se dirigió á la caja de hierro donde tengo mi hacienda. Salté de la cama, pistola en mano, y acudí á su encuentro. Mis pasos llegaron á los oídos del caco, porque, amedrentado corrió hacia el patio; le perseguí con denuedo; sin embargo, me detuve un instante para cerciorarme si aún estaba allí, cuando sentí de pronto un agarrón en la pantorrilla y en seguida un dolor agudo; al sentir el agarrón grité y á la vez descargué el arma.

—¡Todavía creo morirme de risa al recordarlo!—dijo Dolorita interrumpiéndole y riendo con muy buenas ganas;—porque, ¿quién no se hubiera reído al ver á Simplicio con la pistola en la mano avanzar al patio con tanta cautela? Y es natural, como estaba en el mismo traje que llevaba la noche en que se me ofreció cuando dibujaba, el perro que soltamos para más seguridad en la casa lo desconoció y lo mordió con tanto gusto, que yo que le seguía con cierto temor no pude menos que reirme del tal deslíz, ó mejor dicho, de la inesperada ocurrencia.

—¡ Creí que era el ladrón y disparé porque tomé por una puñalada la mordedura !—añadió don Simplicio mofándose de sí mismo.

—Sí,—observó Dolorita sin variar de tono,—también te equivocáste al tirar, porque consideráste por una persona á mi saco blanco que colgaba de uno de los barrotes de la ventanilla del cuarto que cae al corredor...... ¡ y lo atravesó el proyectil !

—¡ Creí que era el caco que se escapaba !—agregó don Simplicio.

Y los tres, á un tiempo, nos confundimos en una carcajada estrepitosa.

Don Simplicio agregó:

—Pero el sueño de anoche si que es espeluzante, lo recordaré mientras viva...... Figúrese, en sueños me trasporté á la Isla del Congo. Me detuve en un paraje donde la yerba se mostraba en toda la extensión de aquel terreno aurífero con una exuberancia y una lozanía tan amenas que encantaba, y quedé muy sorprendido al mirar en torno y por sobre mí una nube de insectos inofensivos de un color verde que relucía á la luz del sol. De pronto sentí un rugido que me hizo temblar ; busqué con la vista y, como á cuarenta pasos de mí ví á una pantera grandísima que se asoleaba echada perezosamente sobre la gran alfombra. Al verla me dominó el espanto, intenté correr y no pude moverme. No existe un sér que haya experimentado la mortal angustia que sentí yo en tan supremo instante. De pronto ocurrió una cosa singular; la capa de tierra que me sostenía retembló y se hundió ; quedé sumergido, sepultado, porque en seguida adquirió su primitivo estado, quedando mi cabeza y un brazo fuera, y sentía las piernas, no puedo explicar porque circunstancia, libres en el vacío, porque podía moverlas sin dificultad. Mi desesperación fué grande, y más creció cuando ví aparecer á un negro, cuasi tan grande como Goliat, que traía en una de sus manos un cuchillo colosal. Se llegó á mí, miróme, y le acometió una risa con tantas ganas que parecía no tener término, y lo bueno fué que se acuclilló ante mí, siempre riendo. Esta burla, en tan crítico momento, me llenó de rabia, y créame

usted que si hubiera podido valerme de mis fuerzas habría descuartizado vivo al tal negrito!..... Después me dejaba, y con gran satisfacción le veía alejarse: de súbito noto que se detiene, levantó en alto el arma mirándome del mismo modo que lo hiciera un individuo que observa la vertical longitud de una línea, y en seguida le ví venir corriendo hacia mí y....¡ zás! dejó caer el cuchillo en mi brazo con tanta fuerque al punto me privó de él. En seguida arrancó á correr, ¿sabe usted por qué?, porque la pantera se había aproximado á nosotros, y él, apenas la vió, lleno de miedo se declaró en fuga. En cuanto á mí no sé nada. Recuerdo que hacía esfuerzos desesperados para levantarme, en balde, porque mi cuerpo estaba sujeto á algo. Cuando me sentí con valor grité con todas mis fuerzas.

—Y yo desperté asustada y me apresuré á ver lo que le ocurría,—dijo Dolorita interrumpiéndole.—¿Qué fué lo que ví? No adivinaría usted.... El catre tenía el forro malísimo; era un chisme que habíamos arrimado porque ya no servía. Simplicio se empeñó en que debía tendérselo en el patio para dormir en él, pretextando de que así, á la intemperie, las pesadillas no tendrían cabida en él. Parecía una prueba excelente, pero perjudicial á su naturaleza, no acostumbrada al nuevo régimen que deseaba imponerse. Pues bien, tanto se aferró en su pensamiento que le dejé hacer. Cuando oí su grito acudí al punto. ¡Oh, Dios mío! el catre se había roto á lo largo, y Simplicio habíase hundido en él, y lo más particular es que los largueros del catre se habían juntado, quizás por el peso que Simplicio hacía. Tenía incierta la mirada, y su cabello erizado y su semblante desfigurado revelaban un terror tan grande, estaba tan espantoso, que retrocedí con miedo y temía acercármele.

—¡Tú!... ..¿Eres tú?—dijo con voz ahogada, mirándome fijamente.

—Me costó darle unas fricciones, y le hize tomar una copita de brandy. Recobrado su ánimo con esto, me refirió lo que ha contado á usted, y como me causó mucha gracia el desenlace de su sueño, tan á propósito con el chasco acontecido, no pude menos que reirme.

Don Simplicio la interrumpió para decir:

—Sí, y te abofetié con bastante gusto..... porque, crea usted que al recuerdo de la pesadilla me irrito. ¡Frailes! ¡Aún me parece ver y sentir lo que soñé!

***

Una tarde se presentó en mi casa Dolorita vestida de riguroso luto.

—¡Qué desgracia!—decía sollozando.—¡Qué desgracia! Mi pobre Simplicio soñaba que tenía unos peces dorados en el estanque y por ir á verlos á caído en él y se ha ahogado. ¡Dios mío, dadme consuelo!



EL AMOR QUE SE PRESENTA



Manuel leía la crónica de "El Noticiero," diario de la mañana. Pasó de la sección de los remitidos á la de anuncios. En uno leyó:

GRATIFICACION

En el número 12 de la calle de El Bolero, la señora Romualda Fernández de Fernández, gratificará á la persona que presente un perrito blanco, de pelo encrespado, que lleva una cinta rosada al cuello; atiende al nombre de Hermoso.

—¡ Canastos!—exclamó,—sí será el mío.

Y levantándose apresurado del ancho sillón que ocupaba, tiró el periódico á un lado, y en torno suyo dirigió una ojeada.

Este ligero escrutinio no dió resultado, pues se llegó á la puerta, y abrasando en una mirada el largo corredor gritó:

—*¡ Hermoso! ¡ Hermoso!*

Un lindo perrito blanco, dando saltitos llegó á sus pies y comenzó á retozar en rededor de él.

Manuel lo levantó en sus brazos y púsole sobre la mesa. Lo miraba atentamente, y al mismo tiempo hacíase estas reflexiones:

—Exactamente, es el mismo que mencionan en el aviso que he leído; no hay excusa que exponer, le he llamado por

el nombre que citan en el diario y á acudido al instante, estoy comprometido. Sin embargo, lucharé contra las eventualidades de la suerte; le tengo entrañable cariño y por nada de este mundo me desprendo de él, mi decisión es irrevocable, esa es mi solución. Es lindo, es acreedor á mi cariño, y para mí vale tanto como una persona.

En efecto, el gracioso mastín se hacía digno al cariño de su nuevo dueño.

Al despuntar el alba, *Hermoso* salía de la cesta llena de lana que le servía para dormir; olfateaba por todos los rincones, llegábase al lecho donde descansaba Manuel, y comenzaba á dar saltos hasta que lograba subirse á él; lamíale la cara y le removía con sus patitas y su cuerpecito las ropas hasta conseguir despertarle.

—Es mi despertador,—decía Manuel;—sin él, creo que no saldría de la cama en toda la mañana, porque soy como los lirones.

Al llegar á la casa, *Hermoso* salía á recibirle con muestras de singular simpatía; si se sentaba, lo tenía echado á sus pies; y si una persona extraña entraba se tiraba á sus pantorrillas, y causaba risa el oir denunciarla con sus débiles ladridos.

Una mañana, al mirar Manuel á la calle á través de la persiana de una de las ventanas, vió con cierto disgusto á una joven de bello rostro, animado por unos ojos azules de mirar lánguido, que inclinada ante su puerta, prodigaba cariños á su ídolo.

El perrillo se deshacía en caricias; se paraba, apoyando sus patitas traseras en tierra y las delanteras sobre la falda del traje de la joven, y ora restregaba su hociquito contra ella, ora lamía la mano infantil que acercaba á su piel.

El perrito gemía, y terminó por subirse de un salto sobre sus brazos.

Manuel oyó á la jovén que decía:

—*Hermoso*, *Hermosito* mío, creí no volverte á ver.

Y lo besaba en el mismo hociquito igual que si fuera á un niño.

Manuel titubeaba, no sabía que partido tomar; si seguirla y reclamarla lo que le pertenecía ó dejarla que cargara con lo que más apreciaba.

La joven comenzó á alejarse, llevaba al bello animal en sus brazos, recostado contra su pecho de virgen.

Manuel la contemplaba silencioso, la seguía con sus ojos, se embelesaba admirando su cuerpecito delicado, su gracioso donaire al andar y su aparente tranquilidad que la poseía. Un negro tul descendía desde su cabecita hasta su talle de ondina.

Manuel se sentía atraído por aquellos encantos que sorprendían á su espíritu, se extasiaba, se sentía nervioso, y le parecía estar dominado por un poder desconocido que se elevaba invisible de aquella mujer encantadora.

Retiróse de la persiana, tomó el sombrero y salió diciéndose:

—Mi deber es seguirla, sí, seguirla hasta donde vaya, quiero conocerla y tratarla.

Y sin darse cuenta de sí mismo, paso á paso seguía á la joven á determinada distancia; y sus menores movimientos estremecían su sér.

De súbito se detuvo.

La joven había entrado en una casa, cuyas paredes pintadas de un verde claro, daban no sé que singularidad á sus dos ventanas á manera de góndolas que se ostentaban á uno y otro lado de la puerta de entrada.

Manuel se llegó ante la casa y miró el número que tenía.

—Número 12,—dijo pensativo;—esta es la casa que indica el periódico; creí equivocarme. Es su dueña, la verdadera.

A su imaginación ocurrían confusas las ideas, y le parecía tener ante su vista á la linda joven.

Y es que en su pensamiento se había fijado aquella imágen y su corazón latía con sólo recordarla.

Pasó el umbral de la puerta y sintió miedo; su vista parecía velarse y hubo un instante en que se apoyó contra la pared porque sus piernas flaqueaban. Temía entrar y á la vez lo deseaba ardientemente.

Creía percibir en sus oídos las palabras de la joven, aquella dulce voz que semejaba tener el ritmo extraño de algo divino porque había llegado hasta su alma y lo había conmovido; oía indistintamente aquel acento tembloroso que decía á sus sentidos: *¡Hermoso*, *Hermosito* mío, creí no volverte á ver! Y se figuraba que aquellas frases habían sido dirigidas á él, y su pensamiento le decía: ¡la amo, sí, la amo, llévo su imágen, será mi ángel tutelar!

Habíase quedado inmóvil, con la mano afirmada en la pared, abismado en los pensamientos que aturdía á su memoria.

Recobrando un poco su ánimo, comenzó á subir los peldaños de tosca piedra que terminaban en la puerta interior.

—¿Dónde voy?—se dijo.—No conozco á esta familia, me impulsa el amor, debo franquear esta puerta, me salva un pretexto, que patentizaré en la ocasión propicia, la pasión me domina, pues que ella venza.

Y con una determinación que jamás pudo adquirir en otros trances en distinta circunstancia, se llegó á la puerta y tocó en ella con los nudillos de los dedos.

—¿Quién es?...... Adelante,—dijo una voz que semejaba la de un niño.

—¡Oh, es élla, es su voz!—dijo para sí Manuel.

Uua criada de tez morena y de rasgados ojos abrió la puerta.

Manuel dejó salir por sus labios el nombre de la señora que figuraba en el diario.

—Aquí vive,—dijo la criada,—pase usted.

Al pasar el dintel vió Manuel á cierta distancia, junto al borde de una pequeña fuente rodeada de frondosos arbustos, en cuyo centro se alzaba un Cupido con su arco y sus saetas en las manos, vió á una señora de cabellera blanca, de porte distinguido, en cuyas facciones, profanadas por los años, aún se conservaba ese tinte de hermosura de la edad florida. Tenía á su lado á la bella joven. Estaban sentadas en ligeras butacas de caoba.

Hermoso dormía á los pies de su dueña.

La señora ocurrió á Manuel.

—Caballero,—balbuceó.

Manuel se inclinó profundamente. Estaba pálido, sus ojos, brillantes por la pasión que conmovía á su sér, se fijaban en la joven, que, confusa al sentir en su alma el imperio de aquellas miradas, había bajado la cabeza, y su faz se había coloreado con ese tinte subido de la amapola.

La madre de la joven los envolvió en una rápida mirada, y una arruga contrajo ligeramente sus cejas.

Manuel murmuró:

—Señora;—y el débil acento de su voz denunciaba su amor.

La señora entró en el salón con él y llamó á la joven.

Los tres se habían sentado.

Trascurrió una pausa. La situación hacíase embarazosa. Parecía que á los tres dominaba un mismo pensamiento.

Cuando así estaban, presentóse *Hermoso*, el cual, al ver á Manuel, corrió á él y le llenó de agasajos.

La señora sonrió y dijo:

—Pero que cariñoso está tu pimpollo, Luisa.... Cualquiera diría que le conoce á usted.

De aquí partió la conversación. Manuel refirió el modo como había llegado á pertenecerle el animalito. Dijo, que un rapáz, de esos que cruzan las calles, haraposos, cuya profesión es el pillaje, se le entró un día en su cuarto con *Hermoso* en los brazos y se lo puso á precio.

—Le dí—añadía muy alegre—cuatro bolívares por él.... Nos tomamos cariño en poco tiempo y era para mí un tesoro querido. El me entretenía, las horas corrían fugitivas, no las notaba, cuando jugaba con él; pero hoy soy más feliz, mi placer es infinito, porque he tenido la dicha de poseer algo de una mujer que amo...... ¡Oh! perdón, involuntariamente me he delatado con esta frase, ha sido impensadamente,—se apresuró á observar.

Y era tan grande su angustia, se turbaba tanto al querer disculparse, que la señora se agitaba visiblemente, y hasta se percibía en su semblante una impresión de condolencia que electrizaba.

Luisa estaba pálida; su corazón palpitaba con fuerza irresistible, llevaba sus manos al cabello que parecía molestarle ó que creía tener descompuesto, cuando estaba muy bien alisado.

Sus ojos se habían encontrado y hablado: Se amaban.

¡Sublime anatema el del amor!

La madre de Luisa lo comprendió; sí, presintió que aquellas dos almas se habían difundido en una sola. Dos corazones que latían por un mismo impulso, dos cuerpos que ardían en el mismo fuego: el de la pasión.

Cuando se despidió el joven de aquella casa donde moraba su ventura, la señora le dijo:

—Gran placer tendremos en verle siempre en esta su choza.

Al despedirse Manuel de Luisa retuvo en la suya la ardorosa mano de la joven, y simultáneamente, se envolvieron en una mirada de real amor.

Cuando existe la pasión entre dos seres, sus movimientos son tan comprensibles como sus frases.

Es el lenguaje puro de los sentimientos humanos.

* * *

Dos meses más tarde, Luisa y Manuel salían juntos de la iglesia de Altagracia, seguidos de doña Rita, que así se llama la señora madre de Luisa, y de un gran número de distinguidas personas. Los lujosos *landeaux* esperaban á la alegre comitiva, formados en una larga fila cuasi en toda la extensión del borde de la acera. Todos ocuparon sus muelles asientos. Partieron los caballos al galope, y quedaron compactos grupos de curiosos esparcidos ante el templo, forjando comentarios.

Estaban unidos los dos amantes por el fuerte nudo de Himeneo.





LAS SUEGRAS



Se hundió el sombrero hasta las orejas, tomó en un arrebato el grueso bastón, y dando á la puerta un terrible puñetazo, salió murmurando pestes.

—¡ Amigo Pantaleón !—exclamó Rómulo abrazándole ;—pero,—agregó asombrado,—¡ qué cara tienes, hombre ! Algo duro debes traer metido en el cuerpo, te lo adivino en el semblante, porque el rostro, Pantaleón, es el retrato de los sentimientos.

Miró Pantaleón con admiración á Rómulo.

—¡ Qué feliz sois !—dijo.—No tienes quien te moleste.

—¿ Qué no tengo quién me moleste ? ¡ Ah, inquieres mal ! ¿ Y mi patrona ? ¿ Y el sastre ? ¿ Y la lavandera, y todos los vampiros de la misma familia ?...... Tú estás en otra esfera ; tienes una mujer, ¡ qué es una mujer ! no lo dudes : se quieren ambos y tienen de que vivir. ¡ Ahí tienes la vida entretenida por la dicha y el amor !

—Sí, ¿ y la suegra, ese enorme insecto que chupa nuestra paciencia y que es muy capaz ¡ cielo ! muy capaz de empujarnos al suicidio, así nos mortifica la sangre, contesta, dónde me la dejas ?

—Pues mira, en el basurero ó de cabeza la arrojo por el viaducto del Calvario.

—¡ Ay ! Rómulo ; si algún día cometes el disparate de casarte, ó crucificarte, que lo mismo equivale, prepara tu equi-

paje antes de realizarle, aprovecha un descuido de tu suegra, embárcate y desaparece para siempre; cuando escribas á tu familia no designes la residencia que has elegido, porque te pronostico que si la suegrita se entera, así anuncies que te encuentras en el infierno, al infierno te sigue.

—¡Qué inquina le muestras á doña Pepa, Pantaleón! ¡La pobre señora! Tu suegra es...... un ejemplar, un modelo de suegra.

—¡Rómulo! ¿dónde tienes los ojos? piensa que las apariencias engañan. Cuando la tratan particulares, es claro, es un dulce que se deshace, así se muestra de amable y alegre; pero cuando mi suegra abre la boca desmesuradamente para hablarme me hace recordar la del caimán por lo desproporcionada que la tiene. ¡Y los ojos! aquéllos ojos oscuros, si tú te fijaras cuando miran coléricos te dirías que van á lanzar rayos; y si la replicas, así sea con prudencia, te increpa primero, se exalta luego, y después, á semejanza del gato, salta sobre tí y te araña. Yo la conozco; estoy de ella hasta los codos.

* * *

Rufino, el cuñado de Pantaleón, al doblar la esquina tropieza con éste.

—¿Qué apurado vas, Rufino!—dícele Pantaleón riendo.

Y como observa que lleva vestido negro, agrega:

—¿Vas á algún entierro?

—¡Abrázame, querido, abrázame! Acompáñame á tomar una copa de Amer Picón.

Entran al Café y ocupan una mesa.

—¡Te invito!—exclamó Rufino, al apurar la mitad de aquel petróleo.

—¿A alguna ceremonia?—preguntó burlonamente Pantaleón.

—¡Cosa parecida! Hoy, á las cuatro y media en punto, conduciremos á mi suegra al lugar donde se entra para no salir más.

—No te entiendo.

—¡ Hombre, qué torpe! Al triste campo de la calma, al Cementerio.

—¡ Qué! ¿Te has aliviado de ese peso?—se atrevió á decir Pantaleón.

—Yá, gracias á todos los santos apóstoles nacidos y por nacer,—contestó Rufino suspirando.—Hoy, como ves, respiro con absoluta libertad. ¡Viva el destino!...... ¡Ah! el quince del mes que viene, en honor de este día, glorioso para mi espíritu, celebro un modesto banquete en la Quinta de mi hermana Rosalía; aquí tengo las llaves que nos abrirán todas sus puertas; me las dejó porque está pasando una temporada en Curazao con mi abuelo y el tío. Desde este instante eres mi convidado; vendré á buscarte en la tartana.

* * *

Después del entierro.

Pantaleón, al estrechar la mano de Rufino en el dintel de la puerta de su casa.

—Dichoso tú—le dice compungido—que no tienes estorbos, que no tienes abejón.

Al subir la escalera que conduce á su gabinete.

—Si yo fuese Rufino,—dice para sí.

La suegra sale á su encuentro.

—¡ No tarde otro día tanto, señor mío!—le grita, mostrándole los puños.—Mejor hubiera sido que no viniese.

Y Pantaleón, que se somete al imperio de esta mujer, perdiendo, por falta de energía, el valor para romperle un mueble en las costillas, bajó la cabeza, murmurando:

—¡ Cuándo yo digo que las suegras no son buenas más que para freirlas en aceite!





GEDEON

Grandes y chicos, ricos y pobres, todas las clases sociales pronuncian ese nombre con singular gracejo.

Es el tipo esencialmente original.

En los "Cuadros Disolventes" ha adquirido celebridad colosal, porque en esa obra nos lo representan, si no exacto en la persona al menos con mucha perfección en el carácter; aunque, á decir verdad, no conocemos su figura primitiva; pero el personaje que el actor ha sacado de él no tiene, así lo juzgo yo, nada que censurar.

No hay que admirarse, pues, presintiendo su popularidad, de que uno tropieze en esas calles con Gedeón, ó lo que es igual, con sugetos que tengan de él semejanza en sus prendas.

El otro día, paseando por una de las principales calles de mi desgraciada patria, oí á un chico que gritó súbitamente:

—¡Allí vá Gedeón, Gedeón, mírenlo ustedes.... allí, allí vá!

Y se reía, daba saltos, y á la vez señalaba á un caballero.

Heridos por el instinto de la curiosidad, los que por cerca del chico transitábamos, nos volvimos instantáneamente.

Los ví reir á todos al ver confirmada aquella evidencia hasta el grado supremo.

El aludido del rapáz, entre confuso y colérico, volvió la cabeza bruscamente y, aquí fué á reir hasta morir.... ¡Diablo!

no he visto parecer más correcto. ¡ El mismo Villarreal en función ! ¡ El mismo retrato que el satírico periódico "Gedeón" exhibe en su primera plana !

Su misma nariz, larga y recta ; la oleada del peinado jugando con el negro arco que hace más profundo el oscuro de sus ojillos picarones ; el corto bigote de retorcidas puntas ; el frac miedoso del pantalón, éste, corto en su extremidad, destacando toda la dimensión de sus botas puntiagudas ; el cuello demasiado alto, de puntas atrevidas ; una corbata que pelea con la pechera de la camisa y el bastón que semeja un báculo en juego entre sus dedos...... ¡ Ah ! se me quedaba fuera lo más esencial, lo que simboliza la dicha : la flor. Llevaba una camelia lozana en el ojal del frac ; y, ahora dime, lector sufrido, sin temor de recibir un golpe del arriba pintado, ¿ serías capaz de quedarte serio si de paso te dieras de narices por una de esas calles con este Gedeón sin tacha ?...... Lo dudo, afirmo con la tenacidad de un arqueólogo, que á boca de jarro le dispararías en sus mismas barbas esa carcajada estrepitosa y continuada que causa todo lo ridículo y exagerado.

El intrépido chico se escurrió al verse intimidado.

En cuanto á mí, cambié la dirección que llevaba para evitarme algún desahogo de su exaltación, pues, á cada paso se me ocurría el tal Gedeón, y es el caso, que costábame simular que enjugaba el sudor de la faz para ocultar á sus ojos la risa que retozaba en mí y que en vano procuraba contener.

Recurría á tomar por modelo la gravedad natural de las personas conspícuas y me encontraba con semblantes risueños y ojos maliciosos.

* * *

Me levanté el domingo de mal humor.

Entré á la Catedral. Oficiaban. Tendí una mirada en derredor mío, y una risa involuntaria me dominó. Veinte miradas sorprendidas se detuvieron en mí y siguieron la dirección de la mía ; entonces,—la veracidad de lo que refiero es rigurosamente real,—entonces, ví sonreir á las personas.

No pude resistir más: salí del templo y desaparecí de sus inmediaciones lleno de risa.

¡Le había visto! ¡Allí estaba, con una postura aristocrática, tal vez cómica para otro, grave como un irlandés, apoyada una mano, guardada en un guante de cabristilla amarilla, en el respaldo de una silla que ocupaba una hermosa niña, que ocultaba su palmito delicado con la mantilla de negra seda que cubría su cabeza y sus hombros, esforzándose en velar la burla que se asomaba á la ventana de sus ojos!

Sí señor, Gedeón, Gedeón, con su flor en el ojal y su nariz de *perro pachón*, oliendo, remirando todo.

Hace días no lo veo: en cambio despiertan en mi mente su recuerdo algunos individuos por cualesquier identidad.

¡Que aquel tiene la nariz como la pata de un banco!

Se le acercan los amigos y le tildan de Gedeón.

¡Que este tiene el traje mal cortado ó quiere componerse tanto que termina por parecer un mamarracho estrafalario en vista de ser chico en el gusto y capáz en la vanidad!

¡Gedeón! ¡Gedeón! exclama el amigo al saludarle.

¡Que no tiene una peseta y aparenta tener tesoros, así gasta que es admiración y escándalo, y además vá por la calle inflado que estrecha le parece la acera para su individuo!

Le bautizamos con el nombre de Gedeón.

¡Que en una ventana se entretiene en pintar plumas de todos colores á su novia y se dá luégo aire de conquistador!

¡Adiós, Gedeón! le dicen.

En fin, lector, en todas partes, á cada vuelta que damos nos encontramos á un Gedeón; y si visitamos, oimos á los chicos, á las niñas grandes, á la cocinera, al criado, al loro, que canta:

Como chico de la prensa
no hay quien me resista á mí,
pues con seis ó diez palabras
pongo á cualquiera á sufrir......

....

y en seguida se presenta el abuelo paralítico, el padre insano,

el sobrino revoltoso ó la tía gruñona que con aire misterioso agrega por lo bajo:

Yo todo lo huelo
y todo lo sé,
tengo un semanario
que vale por tres......

....

Y vamos, lector; lánzate á la calle si estás bajo techo y te encontrarás de seguro con algún Gedeón.

Yo, por desgracia, los veo á cada paso.





¡UNA TEMPESTAD!

Don Severo, ahobachonado tranquilamente, cruzada una pierna sobre la otra, veía al ligero vapor, que se desprendía del "puro," elevarse al cielo del gabinete en caprichosas espirales que se desvanecían por la persiana entreabierta.

Hacía rato que esperaba al sobrino, al cual había convidado para aquel día al almuerzo, y para brindarle una copa de *champagne*, como una prueba de regocijo y orgullo que experimentaba al ver coronados sus esfuerzos con la diadema de honor, con el título de astrónomo, conferido en la Universidad Central días posteriores.

Don Severo siempre está alegre, dispuesto á bromear á toda hora.

Y tan inclinado es á las mujeres que en toda sociedad se le ve entre ellas entretenido, lo más expansivo, abandonándose á sus coloquios con esa satisfacción y embeleso propio de la adolescencia.

Él pondera sus gracias, las habla de amor retorciendo su bigote de nieve y mirándolas con ojos provocadores, y á todas las tiene por vírgenes cautivas de Cupido.

Pero, ¡cuidado con hablarle de la que le pertenece!...... Con las primeras es un gatito que solicita las faldas para revolverse en ellas; pero, ¡con la suya, con doña Petronila es como un perrillo manso que se apresura á ocultarse del amo con el rabo entre las piernas!

¿Saben ustedes por qué? Porque se ha dejado dominar por su mujer, de tal manera, que ella no hace más que mover los labios y ya está él invocando á todas las ánimas y santos del pulgatorio y del cielo.

Cierto día que le ví salir de su casa muy encarnado me llegué á él, lo saludé y le pregunté por la salud de doña Petronila.

—¿Mi mujer?—dijo sonriendo;—como siempre...... ya la conoces, es mi martirio; prefiero al entrar en casa encontrarme con un *uzlar* antes que con ella. Es el animal más imperfecto de la Creación.

Y al hablarme así no se exaltaba; palidecía, lamentaba su debilidad de carácter y sonreía diciendo:

—Es celosa como Juno y tiene un geniecito tan fuerte que ni Satanás lo soportaría. Yo tolero sus arrebatos y hasta me mofo de ellos para irritarla más.

Y no mentía.

Volvamos al gabinete de don Severo.

—¡ Diantre ! las dos. Por lo visto mi sobrino es pérfido en su palabra,—murmuró don Severo, mirando el reloj, levantándose y comenzando á pasearse de un lado á otro del saloncillo.

De pronto se detuvo porque habían descorrido la cortina.

Un joven, vestido con exquisita elegancia, entró, frenético de alegría.

—¡ Sobrino de mi alma !

—¡ Tío querido !

Exclamaron á un tiempo sobrino y tío uniéndose ambos en un abrazo prolongado.

Tío y sobrino cambiaron algunas frases, en las que el primero se quejaba de la inconstancia del segundo, y éste objetaba, patentizando como excusa la tarea fatigosa de sus estudios.

—No, no, no admito ese pretexto; debes atribuirlo á tu negligencia, te supones que no estoy al corriente de tus correrías por las faldas del Avila con los compañeros.... Hubo meriendas y de ellas participaron alegres muchachas. ¡ Ah ! las vacaciones; ¡ cuánto se goza á tu edad ! También fuí un

loco en mi juventud. ¡Ah, aquéllos tiempos no volverán! La vida tiene una temporada: la juventud; y hay que aprovecharla, porque la vejez tiene sus achaques, y uno se alucina en las horas tristes con los recuerdos de felices diabluras. Así es que te perdono.

El sobrino se apresuraba á responder; pero en el trasporte de entusiasmo y de orgullo que mostró, comprendió doña Petronila que se preparaba el sobrinito á referir alguna larga aventurilla de colegial, y se interpuso entre ellos diciendo:

—Por ahora, señores, suspendan sus relatos, ya tendrán para ello sobrado tiempo en la mesa.

Se apoyó en el brazo de don Severo, y como dos horas antes había reñido con él, por causa de celos injustificados, conservaba aún cierto resentimiento, y queriendo revelarlo, le dijo:

—Sí, anda á comer, tuno, libertino, pareces un San Francisco y eres peor que Judas.

El sobrino, que se había cogido del otro brazo que le ofreció su tío, oyó este circunloquio, y como ya conocía el geniecito que gastaba doña Petronila, se miraron y rieron mútuamente, como diciendo: te conocemos perica.

A cada frase rehuía el cuerpo don Severo, porque le temía á sus uñas y á sus dientes.

Entraron en el comedor y se sentaron á la mesa.

Doña Petronila los dejó para dar disposiciones á la criada.

—Has oído el sermoncito que me dedicó tu tía,—dijo don Severo al sobrino.—Pues bien; es una lluvia, una lluvia menuda.

Doña Petronila entró; traía algunas servilletas.

En su ceño contraído y en su mirada torva se advertía una cólera reconcentrada á la simple ojeada de un observador.

El sobrino la miró á hurtadillas, y como hombre dado á la broma como su tío, inclinóse al oído de éste diciéndole:

—Esta es una nube mala; señal segura de que caerá un aguacero fortísimo.

—Un aguacero no,—objetó don Severo, hablándole del mismo modo;—una tempestad tremenda.

Y retirándose un poco de la mesa, tomando una actitud de hombre de mundo, con cierta gravedad, agregó en alta voz:

—No soy astrónomo como tú; pero en cambio soy gran admirador de nuestra madre Naturaleza, y como tal, me juzgaré apto para describirte sus grandes perturbaciones; espera que el cielo se muestre más encapotado, verás.

Doña Petronila ordenaba algunas cosas sobre el mantel fingiendo no observarlos, y no bien hubo oído lo que antecede, se volvió á él furiosa y le tiró á la cara las servilletas, diciéndole:

—¡Toma tempestad!

El sobrino dejó escapar una carcajada que no pudo contener, y no queriendo ofender á la tía, sin dejar de reir dijo:

—Pero...... ¡pero qué graciosa es doña Petronila!...... ¡Já, já!

Don Severo se contagió del sobrino y se tendió de risa.

Aún á costa de recibir la casa en su cabeza resolvió continuar la chanza; comunicó al sobrino su pensamiento, y siendo éste de su mismo parecer, burlonamente díjole:

—¿Lo ves? Este es el primer relámpago.

Al oirle, doña Petronila sintió un escalofrío que recorrió su cuerpo, é iba á lanzarse sobre él; pero se contuvo de grado, mostrándose inadvertida.

Ocupó una silla frente á su esposo, formando cruz los tres.

Comenzó á servir la sopa.

Sobrino y tío se miraban de reojo procurando contener la risa.

Terminando la humeante sopa, don Severo se fijó en la botella del tinto que estaba distante de su alcance.

—Obséquianos con vino, Petronilita,—díjola presentándole las copas.

Con ambas manos alzó doña Petronila la botella y sacudiéndola sobre él gritóle:

—¡Toma, toma, toma! ¿Quieres más?

Don Severo se había puesto en pié y decía:

—No, no, muchas gracias...... Pero, ¡eh, mujer! ¿te has figurado que soy alguna planta?

Y se remiraba las manchas del licor impresas en el traje diciendo:

—Con este llevo dos que he perdido de igual modo. ¡Hasta me roció la pechera!

En seguida se volvió al sobrino y le dijo:

—¿Eh? ¿qué te parece?...... Son los efectos de las nubes. ¡Jé, jé!

Doña Petronila se exasperaba con aquella alegría y hubiera sido capaz de cometer un disparate; pero sabía reprimir sus ímpetus á tiempo.

Trascurrió una pausa breve. Todos callaban. El silencio se interrumpía con ese ruido seco que produce las quijadas al magullar.

Don Severo miraba alternativamente al soslayo á su inaguantable mujer y al sobrino.

Estando los tres de esta manera, sintió don Severo en la planta del pié una pulga que se complacía en darle puñaladas; lo removía para reventarla, y el animalillo asesino no se inquietaba por estas pamplinas de su víctima. Su mujer lo miraba á hurto, como esperando algo. Don Severo comenzaba á perder el sosiego, sudaba por aquellas inquisiciones secretas, no podía sufrir más y levantó el pié y lo dejó caer con toda su fuerza.

—¡Ay!—gritó doña Petronila retorciéndose en el asiento.

Y como el azar la tenía en la diestra un bollo de pan tan duro que hacía rato batallaba en dividirlo se lo arrojó á la cara á don Severo.

A su vez, el pobre hombre dejó escapar un grito de dolor.

¿Qué había pasado? ¿Qué?...... Qué don Severo le había aplastado cuatro callos haciéndola ver todos los planetas del cielo, porque ella buscábale con su pié querella, muy agena de saber que el se hallaba en un conflicto con la pulga.

Don Severo se levantó del asiento con la mano en la frente y fuera de sí caminaba gritando:

—¡ Esta es la tempestad que se ha desencadenado con toda su potencia !

En seguida se llevó la mano á la rodilla y añadió:

—¡ Un trueno formidable !

Era que doña Petronila le había tirado la silla ; pero tuvo la fortuna de no percibir un gran golpe, porque sólo maltratóle al rosarle, pues la silla dió en una puerta, herméticamente cerrada, que crugió y retembló bajo sus goznes enmohecidos.

En menos de dos minutos quedó la mesa despojada de casi todos los chismes que ostentaba, porque doña Petronila, semejante (permítaseme esta metáfora) á un volcán en erupción, arrojaba al paciente don Severo cuanto podía, y él daba saltos y escurría el cuerpo á cada objeto que le lanzaba.

Llegó el desaliento. Doña Petronila se dejó caer en un sillón fatigada, bañada de sudor ; una respiración de buey agitaba su pecho.

Don Severo, en igual estado, se sentó junto al sobrino, que, en un rincón, detrás de una silla de alto espaldar, los miraba lleno de asombro y de miedo.

Semejaban los dos esposos dos viajeros que después de una larga excursión sin interrumpirse se detienen á tomar aliento.

—¿ Lo ves?—dijo con débil voz al sobrino.—¡ Qué tempestad, santo Dios !...... Relámpagos, truenos, rayos......

En la puerta se destacó la linda figura de la doncella, con sus manos escondidas en los bolsillos de su blanco delantal.

Picada por la curiosidad había llegado hasta allí, y como encontró sentados á los esposos y tras de la silla al sobrino, la sobrecogió una risa natural, porque esta escena la causó mucha gracia ; pero le costó cara la imprudencia, porque su señora apenas la oyó y vió la arrojó una silla que se abrió en cuatro contra la pared.

Simultáneamente, don Severo y el sobrino dejaron escapar una carcajada.

—¡ El Arco Iris !—dijo el tío levantándose, y se contoneaba sonreído.—Por terminada doy la tempestad.

Doña Petronila le echó mano á la escoba y se fué á él. El sobrino se interpuso entre ambos y dijo á la tía:

—Basta, señora. Por lo visto ustedes se habían olvidado de mí. Vamos, á reconciliarse, que la paz en el hogar es ventura inestimable y debe no turbarse, porque ella constituye la felicidad.... ¿Qué es insenescencia en el mundo? el espíritu. Procuren no alterarlo porque se desborda y entonces sentirán que surgen los sentimientos, los arrebatan la cólera y, en fin, suelte esa escoba, amable señora.

Doña Petronila obedeció gustosa.

—Muy bien, así se discurre, eso es filosofar. ¡Diantre! teníamos á un filósofo y lo ignorábamos,—dijo don Severo sonriendo.

El sobrino observó:

—Y yo tengo á un tío que tiene más paciencia que Job y más rectitud que un Juez. Sois la paciencia personificada.

A doña Petronila no le simpatizó estas lisonjas, y acercándose al sobrino, con cierta petulancia.

—Eso no es razonar con conciencia,—díjole.—Ese que ahí ves está domado por mí, me obedece ciégamente, y no obstante lo presenciado se sale el bribón de sus casillas.

Incomodó á don Severo estas frases porque proferidas ante su sobrino para él era una ofensa inferida á su amor propio.

Se llegó á ella furioso, sacudióse la solapa de la levita como queriendo dar á conocer su enojo, y gritó:

—¿Eh? ¿Eso decís?...... Pues, ¡ea!, persuádase usted que si he soportado con calma lo que ha hecho es...... á sido..... es...... porque sois mi martirio; pero no, no lo será usted más. ¡Basta de inquisición, me voy donde no existan tempestades!

Y corriendo penetró en su gabinete.

* * *

Rato después estaba en la calle con el sobrino. Llevaba el sombrero tirado hacia atrás, y veía á las personas que encontraba al paso con gran atención, como si quisiera leer en sus semblantes sus condiciones.

—¡ Ah !—había dicho al sobrino al salir de la casa.—¡ Qué atmósfera tan distinta se respira aquí ! ¡ Qué sublime es la libertad ! En casa el aire es caliente y sofocante, el de aquí fresco y puro. Aquello es el infierno, esto es la gloria ; huyamos de aquél y gozemos de ésta. No te cases, sobrino ; la independencia del soltero no tiene precio. ¡ Qué dicha !.... Recorramos la Calle Real.

Y se confundieron con los transeuntes que tomaban idéntica vía.





SABER VIVIR



Recibió Hermenegildo Picamonte tan mal trato de sus padres, á causa de querer siempre estar vestido á la moda, sin tener ellos lo indispensable para el sustento, menos aún para atender á las necesidades de la vida,—que tan perra se muestra á algunos seres que desde que nacen parece que la fatalidad les persigue,—que resuelto á mejorar su suerte le rogó á su abuelo le procurase un empleo en alguna parte.

Aceptáronle en una sastrería.

Las horas libres empleábalas leyendo buenos libros y de vez en cuando algún disparate escribía.

Llenó su gusto, satisfizo su vanidad, es decir, todos los meses se le veía con un traje distinto.

En el colgador del cuarto, pobre de mobiliario, podía ver y contar el que allí fuese once fluxes de buena tela, bien cortados y bien hechos, ¡cómo que era obra del mejor cortador y de la más renombrada costurera!

Con tanta apariencia, ¡claro!, conquistó amistades, y poco tiempo después solicitó un puesto en el gobierno, el cual fuéle otorgado y repuesto á los seis meses.

Llegaba una compañía de ópera, de zarzuela ó de drama, y lograba, por medio del representante que ya había atraído obsequiándole con comidas en el hotel, con paseos en coche, é insertando en las columnas de un periódico, cuyo director es su "amigo," un articulillo, *elevando* en él á la compañía

con elogios que se truecan después en censuras de parte de los colegas imparciales, los cuales, es decir, los revisteros, al ver el estreno, esperando conocer algo nuevo que aplaudir, se encuentran que no es digna la empresa de recibir por una butaca el precio exorbitante que ha señalado, ni mucho menos ser oída la obra mal desempeñada por el más ignorante.

Pero, ocurra lo que quiera, él adquiere un billete intrasmisible para todas las representaciones.

Durante la función se le ve detrás de los bastidores, dejándose con intención ver del público. Más tarde, en diferentes escenas, se presenta en un palco con un gemelo semejante en proporción á uno de esos que usan los astrónomos para descubrir los desconocidos fenómenos que sorprenden en Urano.

Fíjalo con tanta insistencia en las mujeres, tan diversos movimientos ejecuta con su canuto, que no parece sino que quiere que la persona que mira se le meta por el vidrio. Todo su afán consiste en hacer visible la presencia de su persona, y así no es extraño verle cambiar de sitio de diez á quince minutos.

—¿Sabes que la Patantini está de mí enamorada?—dícele á uno de los amigos que tiene en el palco. Y se pone de pié, con el dedo pulgar metido en uno de los bolsillos bajos del chaleco, balanceando el cuerpo.

—¡Hermosa mujer!—exclama el otro suspirando:—siento no conocerla de cerca.

—Te fascinaría,—agrega Picamonte.—Nada lograrás de élla. Conmigo está como la hoja del árbol que se inclina al débil impulso del céfiro. ¿Comprendes?

Y retira con la diestra algunas ebras de cebello que se le vienen á la frente, y con un gesto, en la sonrisa de sus labios y en su actitud desembarazada da á comprender que en ella encierra una *gran* capacidad.

El otro, aunque no entiende lo que ha dicho contesta:

—Ya, ya..... afortunado eres.

Picamonte ríe con estrépito como para atraerse la atención de los vecinos, y dice:

—Toda mi vida lo he sido. Toda empresa que arriezgo me sale bien.

En esto tiene sobradísima razón.

A cada instante le ve usted en coche.

¿Qué necesita algo? Toma un carruaje y, llega más pronto.

¿Qué tiene que cargar con un paquete de......de lo que sea? Al coche.

¿Qué lo llaman de apuro? Vuelta al coche. Y todo, todo lo hace en coche.

Los aurigas le conocen á legua, le rodean al encontrarle, suplicándole abone aunque sea una carrerita...... de las muchas que debe.

—El quince tendré dinero,—contesta sonriente.—Pasará usted por el hotel y quedaremos absueltos. El gobierno me ha ofrecido el dinero que hace tres meses estoy esperando...... ¡Cuidado con faltar!

Al día siguiente está hospedado en otra parte, porque el gerente del hotel está harto de promesas que nunca se realizan.

Cada cuatro ó cinco meses *cambia* de residencia. ¡A esto llama él la moda!

En todas partes se encuentra: En hoteles, reuniones, teatros, bailes, en..... en todas partes; y también en todas partes los acreedores con el papelito en la mano se le presentan, y él obstinadamente contesta:

—Ya abonaremos, descuide usted. Esperaba; pero no recibo nada.

Uno, exaltado, gritóle al ver rechazada la cuenta:

—¡Señale usted un día, un día fijo, y dele pena tenerme todos los días dando paseos para arriba y para abajo, sin provecho, para nada, para nada; yo tengo que hacer, que atender á otras ocupaciones!

Y nada faltó para ponerle el pobre acreedor sus gruesas manos en la cara.

Y Hermenegildo, con gravedad, encogiendo los hombros, contesta tranquilamente:

—¿Qué hago yo, pues?...... Tenga usted paciencia, amigo mío...... No se moleste en venir, le avisaré oportunamente. Al tener yo descansa usted de mí.

¡Y ese día jamás llega! En el mismo instante olvida al acreedor.

¡Ah! si todos supiésemos vivir.

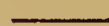




LA OBRA NUEVA



Al señor don Luis Pereira Solis.



Se estrenaba una obra de uno de los más notables dramaturgos de la época.

Cuando un autor es conocido del público sólo su nombre recomienda la obra.

Todavía no se conocía el asunto del drama y ya había distintos pareceres acerca de los personajes y el tema, y hasta la auguraban un éxito infalible ú objetaban sobre el triunfo, principalmente los que menos experiencia tienen de lo que leen.

La obra había sido anunciada por la prensa un mes antes. Los comentarios sobre ella abundaban. El público anhelaba conocerla.

Llegó el gran día, la deseada noche.

A las ocho, inmensa muchedumbre se agolpaba frente á las puertas del teatro. Para llegar al peristilo de la taquilla había que revestirse de valor, hacer grandes esfuerzos, empellar, porque un nutrido grupo de personas invadía el angosto pasadizo, removiéndose, hostilizando el paso, confundiendo con su algarabía intolerable y con sus arrebatos desenfrenados.

El expendedor de una y otra taquilla no daba abasto, se trastornaba al oir las repetidas peticiones de localidades de unos y las réplicas é impertinencias de otros, cuyas voces iban á mezclarse en el creciente vocerío de aquella masa viviente que se agitaba en el exterior, de aquella gente ávida de sensaciones, en la que se confundían todos los círculos sociales, en la que se observaba un vaivén continuo y de la cual se desprendía un clamoreo sordo que se levantaba y perdía en aquellos ámbitos.

Abrieron las puertas y cuasi toda aquella muchedumbre, en conjunto, se precipitó por ellas, así cual sucede á las tumultuosas aguas de un torrente, que contenidas un momento por una vaya ó dique, al romper estos, se lanzan desbordadas, con ínpetu, y recobran su curso interrumpido.

* * *

Abandonémosle por un instante y recurramos á la morada del renombrado autor.

Figuraos un pequeño gabinete, con pobre mobiliario, cuyas paredes están tapizadas con inferior papel de tono azul, en el que resaltan, en dibujo, variados y pintorescos paisajillos de la China. En un extremo, entre dos estampas de animados colores que representan dos hermosísimas jardineras, muy graciosas y elegantes con su canastillo de flores afirmado con uno de sus desnudos brazos contra sus pechos, se mira un reloj de pared, turbando el silencio con el acompasado tic-tac de su péndula.

Allí está, sentado ante una pequeña mesa de palisandro, en la que se ven, sin guardar la menor armonía multitud de objetos; una lamparilla de plata, que refleja brillante luz, un remaso de papeles dispuestos en cuartillas, páginas sueltas de una novela, un volúmen de versos de Espronceda, un tintero y una pluma. Apoya los brazos en la mesa y la frente en sus manos. Viste rigurosa etiqueta.

En su cabellera desordenada, en el color amoratado que rodea sus ojos, en su frente sombría y en la arruga perceptible que sobrecoje sus cejas, se deja traslucir un infinito pesar que martiriza su espíritu, una lucha interior entre los senti-

mientos que se desarrollan á veces simultáneos en el humano sér.

La hora en que debía empezar la función se aproximaba. Las agujas del reloj marcaban las ocho y cuarto.

—¡Dios Grande!—decía para sí aquel hombre, en el colmo de una angustia suprema.—¿Será posible que esa obra que tantos desvelos me ha dado, que tantas fatigas y trabajo me ha costado el crearla y escribirla, no agrade al público, á ese público exigente y caprichoso que ha de ejercer en mí el papel de juez y de verdugo, para encumbrarme ó hundirme en un instante supremo?..... ¡Ah! esto es espantoso, sólo pensarlo aniquila, tortura, mata...... Desvanecerse, por un fin desgraciado, una esperanza acariciada largo tiempo, es una síntesis semejante al enfermo que piensa en la vida y la muerte se la arrebata...... Mi primera obra fué una catástrofe, y la consideraba irreprochable. No comprendo como sobreviví á aquella desgracia que me agobió tanto que pesaba en mi conciencia igual á un delito horrendo. La segunda alcanzó un éxito brillantísimo, hízome feliz, conquistóme un puésto entre los inmortales...... Sobre esta última no puedo dar fallo, la juzgo sin efecto porque ofrezco en ella un asunto nuevo, unas escenas demasiado trágicas y doy á comprender que considero al mísero mortal como un prisma incomprensible lleno de imperfecciones. Los personajes que presento son gentes rudas que obran cual insensatos dominados por pasiones y apetitos salvajes, séres á quienes la desgracia ha pervertido y de los cuales muchos se encubren, alternativamente, con el antifaz de la infamia, de la hipocresía ó de la envidia y cuyos gestos grotescos los desfiguran ante la buena y culta sociedad...... ¡Ah! Si yo pudiera entrever á través de ese velo ó enigmático sofisma que llamamos Destino lo que encierra el porvenir, no estaría en este instante martirizándome con las ideas de tan funestos pensamientos...... No soy inflexible. Conozco que una sentencia me está predestinada, una sentencia terrible, bajo cualesquier punto que la considere y la experimente...... ¡Tener que pensar en sufrir sus sarcásticos dogmas! ¡Crear un cuadro y verlo destrozar á mi vista, no viendo y quedando de él en el alma más que el efecto de un simple espejismo!

¡Oh! ¡esto es muy fuerte, demasiado fuerte é inmensamente triste, y no nos queda ningún consuelo, porque deja una herida en el corazón que necesita del trascurso de mucho tiempo para lograr cicatrizarse, que causa nostálgicos sufrimientos, dolores angustiosos, desesperantes, dolores, que tan sólo se extinguen con la muerte!...... Sí, con la muerte......

Estas tan contrarias ideas asedian el cerebro del dramaturgo hasta dejarlo postrado. Mas de pronto, haciendo un esfuerzo sobre sí, se incorpora y dice:

—¡Y qué! ¿Por qué desalentarme de este modo? Sin embargo, la duda me produce daño, hiere mortalmente mi espíritu y mi entendimiento, me enloquece...... Pero, de todos modos, mi presencia en el teatro es inevitable, debo dirigir su desempeño...... Vamos, valor.

Se levantó del asiento y avanzó algunos pasos con resolución. De nuevo se detiene, duda, vacila; pero al fin triunfó la audacia.

Alisó ligeramente su cabellera, púsose á prisa el gabán y el *clack* y salió apresurado.

* * *

Las taquillas encontrábanse cerradas.

Los revendedores ocurrían al transeunte ofreciendo las entradas á doble precio.

De aquella muchedumbre aun quedaba un resto diseminado en la calle.

Algunos coches de alquiler se veían alineados en una corta fila poco distante del teatro, envueltos en la semi-oscuridad que siempre impera hacia aquel lugar, y sus farolillos, vistos á cierta distancia, semejaban los brillantes ojos de un mónstruo fabuloso.

Tras las barandillas que circundan el corredor del teatro, en el fondo, bajo el tendido de los palcos y en medio á las estrechas escalerillas alfombradas, que comunican con el balcón, hay un gran espejo cuadrado, en cuyo hermoso y límpido cristal, en enormes y caprichosas letras blancas, veíanse anunciados el título de la obra y el nombre del autor.

¡La gran sala iluminada del teatro presentaba una vista soberbia é imponente!

En los pasillos y en las sendas que conducen á las dobles filas de butacas, ocupadas ya, un hormigueo humano se apiñaba, se impelía, se apretaba, y poco faltaba para que la atmósfera sofocante asfixiara. No obstante el desmesurado lleno, que se ofrecía á la vista, continuaban entrando más personas y buscaban punto de apoyo donde descubrían algún espacio, aunque fuese incapaz de contenerles. Algunos, no encontrando lugar visible, subían á prisa la ancha escalera de tramos y peldaños revestidos de terciopelo rojo, que dá acceso á los palcos y al salón, é iban á colocarse detrás de las rejillas de ellos. A veces, muchos llevaban su atrevimiento hasta el punto de introducirse en su interior, sin la previa excitación de su dueño, que conservaba el talón de entrada, como comprobante de su derecho á él. Ocurría este incidente en los que quedaban entreabiertos ó no cerrados con el picaporte interior.

En toda la sala se percibía el grato rumor de la entusiasta multitud.

Preludió la sinfonía de la orquesta un vals en boga, que obtuvo al terminarse ruidosos aplausos de los circunstantes, y, casi en seguida, se oyó venir del interior el dulce sonido de un timbre y luego se alzó el telón.

Un vago susurro se produjo entre los espectadores; una cosa así como el ronco murmullo que causa la pleamar de las aguas de un pedazo de mar entre arrecifes.

Era que el público se extasiaba al contemplar el hermoso cuadro que se exhibía á sus ojos. Representaba la escena un bello pensil con ciertos recodos, formados de árboles, hacia los extremos del proscenio, con una diversidad de plantas en contorno, á las cuales esmaltaban una profusión de matizadas flores, que figuraban aladas mariposillas. Y allá, en el fondo, se extendía una tela, en que se admiraba una cadena de montañas, destacándose por sobre la empinada cumbre de la más alta el blanco disco de la luna orlado por un arco de azulado celaje.

A cierto lado de la escena, medio acostados, con recatado y dulce abandono, sobre una verde alfombra formada de

césped y de flores, estaban una mujer vestida de pescadora y un hombre en traje vistoso de pastor.

Y á sus espaldas, aislado convenientemente, tras un arbusto de copioso follaje se ocultaba á medias un pescador, que espiaba á través de las ramas á los enamorados rústicos.

El pintor escenógrafo había allí derramado todo su talento artístico.

Este bellísimo cuadro arrancó una atronadora salva de palmadas.

Las escenas del primer acto estaban bien preparadas, se comprendía que habían sido estrictamente estudiadas; los caracteres muy naturales, con propiedad; y las ideas resultaron hermosísimas, llenas de gusto, y el valor de los pensamientos elevado; en una palabra, todo en conjunto contribuyó á que el soberano se viera precisado á interrumpir la representación, en medio de su desempeño, con prolongadas ovaciones que se permutaron en víctores.

El público todo estaba como poseído de un loco frenesí; los espectadores parecían atacados de demencia con sus descompuestos ademanes y sus agudos gritos; predominaba una confusión y un bullicio inconcebible, díficil de describirse.

He aquí lo que acontecía:

En aquel instante la escena se había desarrollado entre dos actores. Ambos luchaban por un amor tremendo que germinaba en sus almas, un amor loco, el amor infinito que se sobrepone á todas las cosas más bellas y poderosas de la tierra, para remontarse y vagar con la imaginación por las ignotas ideales regiones do se cree existir el feliz paraíso de los ensueños; por ese ardiente y santo amor, estos se odiaban y se disputaban el cariño de la mujer querida, ¡sol en cuya radiante órbita giraban aquellos tan mezquinos satélites! En uno ardía el desdén y el desprecio, con que era correspondida su vehemente pasión; éste se había captado estos dos glaciales sentimientos; sentimientos terribles, que producen en el corazón de un exaltado amante la más tremenda impresión del tormento. Se las granjeó, por las violencias con que había tratado á la desgraciada y honesta mujer, por sus continuas amenazas, por sus desesperadas acciones, por sus desenfrenos

de hombre cegado por la ira y llevado de los vehementes afectos; en fin, digámoslo de una vez: por todas las cosas más abominables y más ruines que logra engendrar en un corazón herido por los desengaños y demasiado rígido y violento, los apasionados y licenciosos deseos, que se estrellan ante la majestad augusta, hermosa é imponente de la Virtud, sobre todo, cuando esta reside en un alma noble y tiene por tronos la sencillez de la inocencia y la altivez de una diosa.

En el otro corazón dominaba la pasión llena de fuego; pero era la pasión discreta y tímida, el afecto puro que se contiene con la prudencia y la resignación, con la sencillez delicada, inocente y subyugante del niño, siempre guiado por el temor de herir el pudor de la mujer amada y de perder su sacrosanto, halagador cariño. Siempre pensando en llegar al fin glorioso, deseado por dos almas que el amor ha vinculado en una, al acto en que, al pie del altar, ella con sus celestes sienes coronada por la blanca guirnalda de azahares y su vaporoso manto de nube, su velo de gasa de virgen desposada, figurando un divino arcángel, entre salmos y bendiciones y el odorífero ambiente del inciencio del ara, se entreguen por siempre sus existencias. Este era su amor. Y este amor absorbía por entero el corazón y el espíritu de la joven.

En aquel momento los dos amantes se encuentran y sostienen una escena interesantísima, en que las palabras cambiadas entre ambos son exaltantes, furiosas. El uno es un intrigante; el otro es bondadoso y bueno: por aquél el público siente una aversión profunda: por éste una acendrada simpatía. Al alternativo cambio de frases sigue una lucha cuerpo á cuerpo: se baten á la espada. El predilecto del público recibe una pequeña herida en un brazo y la espada se desprende de su diestra; pero muy pronto recobra su ánimo, toma la espada y vuelven á cruzarse centelleantes los aceros. ¡Su odioso contrario, cuando lo vió desalentarse, por la pequeña herida, le había ultrajado y herido su amor propio llamándole cobarde...... La lucha es encarnizada...... Luego, una espada que cae y un cuerpo que se desploma al suelo...... y un angustioso grito de una mujer que se precipita como loca á la escena, dirige una rápida mirada sobre el grupo y se abalanza sobre el vencedor que la ha salido al encuentro y, recibiéndola en sus

brazos, la estrecha convulsivamente contra su pecho ..... Su desdeñoso perseguidor está sin vida á sus plantas. ¡Su amado allí, vivo y triunfante entre sus brazos, contra sus pechos, junto á la suya su cara !...... Mas de pronto, ¡ no saben qué extraño sentimiento domina sus corazones, y, de el lugar en que están, miran con cierta singular compasión el cadáver y lloran, lloran ambos, reclinando la joven su hermosa cabeza en el hombro de su amado ! ..... Después van, silenciosos, y se arrodillan junto á él y elevan sus piadosos ojos al cielo......¡ He ahí todo: el fin del gran drama !..................................

....

....

Y en tanto, ¿qué era del autor, de aquel hombre que dudaba obtener aquel completo triunfo, de aquel sér que sufría una hora antes sugestionado por tétricas ideas? ¡ Ah ! aquel hombre no se daba cuenta de sí, estaba tan loco como el público, se sentía mortificado con aquel portentoso ruido que invadía todo el teatro y que parecía trastornar su debilitado cerebro. Agitado y febril recorría con inseguro paso el vasto fondo del escenario, en el cual se veían multitud de telones pintados en que se destacaban, rara é imperfectamente, descoloridas figuras que carecían de uniformidad, brochazos que medio brillaban á la opacosa claridad, que en aquel punto se nota, venida del ténue reflejo de los focos incandescentes, cuya fuerza de luz amortigua el prolongado y estrecho reflector de metal, teñido de color verde, con que apenas se encubren..

Caminaba con las manos en redor de la cabeza é intensa palidez sellaba su semblante, y percibía que su espíritu era débil ante aquel portentoso juez que le hería en lo más íntimo del alma con sus grandes agasajos.

Cuando en medio del inmenso clamor oyó su nombre pronunciado de entre las aclamaciones, quedóse extático, frío, cual un cobarde ante un poderoso enemigo que escarnece.

La actriz y el primer actor ocurrieron á él y se apoyaron en sus brazos; le hablaron y no comprendió nada ni tuvo voz para responder. Se dejó conducir por ellos, que le presentaron ante aquel gran soberano, ante aquella masa viviente, y se figuró ver sobre sí millares de sombras que le rodeaban y

dominado por un poder desconocido se inclinó profundamente, mientras el público lo coronaba con una atronadora salva de aplausos.

Salió de la escena aturdido, con paso vacilante, sin saber de sí, como un hombre completamente embriagado que siente ofuscada la vista, entorpecida la razón, y en el vértigo causado del alcohol pierde la fuerza de sus más preciadas facultades.

Distintas veces el soberano le aclamó; y él presentábase á significar su reconocimiento con una humilde reverencia; mas, entonces ya no se veía aquella cabeza pálida donde la tristeza imprimía la huella del sufrimiento, sino un rostro arrogante é iluminado por la dicha, una boca sonriente por el agradecimiento.

¡Dos horas después la sensacional obra terminaba en medio de una atmósfera de aplausos y el autor era victoreado, saludado con los sombreros, agitados por las manos de millares de personas que no encontraban ya otros medios para aplaudirle!

....

....

A la madrugada de aquella grandiosa noche, en el sencillo gabinete del gran dramaturgo, rodeaban la mesa unos cuantos jóvenes vestidos de elegante frac y chaleco blanco; se mantenían de pie, con copas de espumoso *champagne* levantadas en alto. El gran escritor se hallaba entre ellos sonriente. Sobre el finísimo mantel de armiño, relucía bella y caprichosamente un rico servicio de porcelana y una hermosa fuente, que contenía suculenta fiambre, y también se veían preciosas jícaras y brillantes cincelados vasos de plata, y postres y otras muchas cosas propias de tal tertulia y sociedad.

Aquello constituía una opípara cena, era un pequeño festín, fomentado por los galantes amigos del autor, por aquellos jóvenes que habían tenido la delicada galantería de anticiparse á encargar tan improvisado menú para aquella noche, por celebrar el dichoso triunfo que preveían realizable.

Uno de los jóvenes hablaba; terminaba su arenga diciendo:

......Con que, señores, hemos vencido; la victoria ha sido completa, la obra es magistral...... ¡Pobres de los infelices que habían puesto en duda nuestros asertos! ¡Qué rabien, qué se fastidien, son unos ignorantes, unos envidiosos, sí, señores, unos envidiosos, y el envidioso, por fuerza de voluntad, siempre está á caza de elevados ingenios para sorprenderlos y herirlos con sus hostiles difamaciones! Cuando ataca dejadle, él se cansará.

—¡Bravo! ¡Bravo!—prorrumpieron muchos.

—¡Viva Gerónimo!—gritó uno.

Se dirigía al joven que había discurrido.

—¡Qué viva!—gritaron los demás;—y apuraron por sexta vez el rico licor.

—¡Yo me río al considerar la compungida facha que pondrá el pobre Luciano, al saber que hemos organizado este banquete y no le hemos convidado......já, já, já, já!—Vociferó uno.

—Y yo,—dijo otro riendo.

Luego cantaban, reían y bromeaban, y sus voces, llevadas por el viento, se perdían en la inmensidad del espacio.





LEONARDO



Daba gusto verle: siempre jovial, haciéndonos reir con sus oportunos chistes.

Donde Leonardo se hallase estaba la alegría. Las mujeres alababan su ingenio, se lo disputaban para las tertulias, lo mimaban, y él las refería historietas alegres que jamás habían ocurrido ni se conocían porque las forjaba él; y tenía tanta gracia para contarlas, tan vivo colorido las daba, que las dichosas jóvenes interrumpíanle su narración á menudo con sonoras y dulces carcajadas.

Contra sus cualidades de pronto había cambiado. De alegre tornábase triste, andaba cabizbajo, hablando solo por las calles. Se le dirigía la palabra é interpelaba con un gesto, como si no entendiera lo que se le decía ó como si alguna idea tenazmente fija en su mente se lo impidiera. Nos reuníamos, por costumbre, con otros amigos, que se agrupaban en una de las puertas del Correo á la caída del sol, y nos costaba esfuerzos hacerle hablar. En los paseos aburríase brevemente; fruncía el ceño, ponía la cara desabrida y se despedía, volviéndose al espacioso saloncito del segundo piso de una hermosa casa de huéspedes que ocupaba en la calle de las Madrices.

No pocas veces iba á buscarle.

Al entrar en su habitación, una tarde, lo sorprendí con los brazos tendidos sobre la mesa y en ellos descansando su cabeza. Lo contemplé con lástima, compadeciéndole con todo

mi corazón porque, en verdad, lo confieso, soy tan sensible, tánta ternura ha puesto el Sumo Dios en mi ardiente alma que, ésto, no obstante ser una cosa de tan ínfima importancia, bastaba para conmoverme profundamente. Le llamé y pareció no oir mi voz; y entonces, con sigilo, me le acerqué y le dí un leve golpecito en el hombro. Se volvió sobresaltado y me miró.

—¡ Ah ! ¿eres tú ?—dijo con cierta alegría.

—Sí, yo,—le dije,—yo, que vengo á sacarte de ese amodorramiento en que te sumerges.

Al hablarme había llevado el pañuelo á sus enrojecidos ojos para extinguir las lágrimas que los humedecía.

Después entablamos un largo diálogo. Hacíamos distintas conjeturas sobre nuestra conversación y discutíamos con fuego. Le hablé de las afecciones del alma, del amor real, de los éxtasis á que estamos sujetos cuando una mujer nos embriaga con su divino aliento y sus ardientes besos, del ilimitado poder que en nosotros ejerce, de las formas con que Natura la engalana, presentándola voluptuosa ante nosotros, sumisa ó altiva, siempre amorosa en sus trasportes, nunca despreciable.

Hícele de élla una hermosa y viva pintura, de ése ángel celestial, lo más grandioso, subyugador é inefable que ha podido crear en la tierra el sublime Hacedor!......... ¡ La mujer !......¡ Dulce y bello nombre á cuyo melodioso eco se agitan los corazones y el espíritu y los sentidos se arroban y ascienden á las rosadas regiones del ensueño ! ¡ De élla hablé; y me alteraba de gozo al defenderla con tanto ahinco y alegría !

Leonardo reprobaba mis razonamientos: decía que yo debía ser muy dichoso, porque había nacido para amar á las mujeres con verdadero frenesí; que él las tenía rencor, cierto odio, porque tan sólo habían nacido para engañar y hacer sufrir.

A poco rato quedábamos pensativos. Acerqué mi silla más á la suya y le rogué entonces me comunicara la causa de su aflicción. Tenía derecho á exigirlo, porque él siempre había dicho que en mí miraba más bien que al amigo á un hermano.

Y, él se me mostraba como enojado y rehuía la respuesta franca.

Me declaré sorprendido por aquella metamórfosis inexplicable, y aun llegué á incomodarme al verle abismado en su terquedad, porque nuestros más recónditos pensamientos siempre nos los habíamos mutuamente trasmitido y esta desconfianza me hería.

Le amenacé con mi enemistad; en balde, cada vez más inexorable se mantenía.

Entonces me planté en la calle.

....

¡Infinita alegría me causó verle una tarde salir de su casa con la faz amimada, gozosa de entusiasmo, tal como antes, como le había conocido!

Llevaba yo un billete de palco, para la función de la noche en el Teatro Municipal, daban el drama lírico "Gioconda," y le tenía destinado un asiento.

Traía puesto su traje predilecto, el azul marino, sus botas de reluciente charol, su sombrero de blanca pajilla, su ancha corbata de fondo azul salpicado de puntos blancos, semejando el lazo una mariposa en actitud de volar. Al verme parecieron saltar sus ojos de contento y adelantóse hacia mí dando entre sus dedos vuelta á su inseparable junco.

—¡Querido! hoy la corro: empiezo por darle al estómago la primera descarga en el Café Olivero......¡Hoy me perteneces! conque ¡cuidado con escaparte, mira que tengo ojos de lince!—me dijo, dándome con la varita en el sombrero.

—¡Vaya!—exclamé sin afectación.—¡Por mil Aquiles que ya te creía huésped del Manicomio! ¡Por fin recobras tu carácter!......¡Andando, pues, no hacia el Café que dices sino á La Francia, donde nos esperan nuestros inseparables amigos!

Y apoyado en mi brazo, contentísimos, saltando casi, entramos rato después en el amplio salón de La Francia, el cual estaba animado por un mundo de gentes de todo rango que predisponían el ánimo con su bulliciosa y agradable animación.

Los compañeros nos acogieron con una aclamación.

Cada cual le prodigó una lisonjera broma, estrechándole con la misma agradable efusión que se hace con un buen

amigo, por algún tiempo ausente en remotas tierras, que se torna á ver en la querida patria, á nuestro lado.

Cada uno se disputaba la dicha de tenerlo cerca de sí, y esto con una alegría cuasi tan desordenada y ruidosa, que si Leonardo no exclama:

—¡Calle! ¡Caracolitos! ¿ván ustedes á desplumarse como gallos?

Habríanse despedazado el traje unos á otros á fuerza de tirones, indudablemente.

Cuando saboreamos el primer *Martel* dije á Leonardo:

—Ahora no puedes negarte á declarar lo que te ha tenido á dieta.

—¡Una dieta, sí, eso es!—repitió entusiasmado.—¡Muy bien dicho! ¡No otra cosa que una especie de dieta he guardado! Oid, pues, el motivo que me ha obligado á ello.

Y accionando tanto como un cómico experimentado, y poseído de satisfacción, por la seguridad que tiene en la benevolencia y gusto que le tributa el auditorio y sus admiradores, con la gracia que le es peculiar, en voz alta, comenzó diciendo:

—Ustedes conocen á Adela, mi bella prometida, la única beldad que ha logrado trastornarme el seso, la primera que ha sabido cautivarme; pues, bien, esa virgencita de ojos azules me ha hecho sufrir más de lo que juzgaba...... ¡Fíese usted de mujeres...... ! Es el caso, amigos míos, que una noche que paseábamos en la Plaza Bolívar se enojó y me requirió brutalmente, despachándome, tan sólo por no haber querido satisfacerla en un capricho. Verla y hablarla y escuchar su argentina y amorosa voz es para mí el placer más delicioso que siento en esta vida, el gozo más puro para mi espíritu, en una palabra, es una forzosa necesidad de la cual no puedo prescindir y que no puedo, ó no podré nunca más, fácilmente vencer.... Figuraos, pues, cuál ha sido mi pena.... Me acercaba á su ventana y la tiraba con estrépito ante mis narices; esto, ¡ay, sí!, me hacía temblar, porque aquel golpe lo sentía yo en el corazón. .. Ni súplicas, ni cartas, llenas de perdones y pasión vehemente, juramentos, promesas, nada, nada ablandaba su corazón; semejábase esta mujer una de esas escarpadas y prominentes rocas que se internan en un mar

borrascoso, en quien yo, desdichado náufrago, por este tiempo, confiaba mi azarosa vida, mi triste suerte, mi ilusoria esperanza; y yo sufría, con el pesar y la desesperación, porque anhelaba adquirir no perderla ni aún á costa de prodigiosos esfuerzos. ¡Oh sí! por élla soy yo capaz de todo, la idolatro más...... que á todo lo que en su inmenso seno ostenta el mundo!

—¡Hurra por la retórica, las figuras, imágines y metáforas!...... ¡Vengan otras copas!—gritó con febril entusiasmo el de mi izquierda, un joven que bebía como una esponja.

El mozo obedeció; vaciamos las copas.

Leonardo continuó:

—Los sufrimientos me hicieron perder mi alegría habitual, vivía desesperado, y en mi cerebro, extremadamente debilitado con tantas impresiones y desengaños padecidos, lentamente la sombría y terrífica idea del suicidio encontró por cierto tiempo asilo...... Hoy tenía cargadas dos pistolas sobre la mesa, y al contemplarlas me estremecía, no de miedo, sino por que, ¡me daba tánto sentimiento dejar tan joven la vida! Un mes antes me sonreía hasta el gato, ¡ah!, y en aquel funesto instante todo en derredor mío se me aparecía lúgubre, ensimismado, como estaba, con la tétrica duda de trocar ó no la vida por la espantosa muerte. Cuando más se aferró en mi mente la triste determinación de concluir conmigo de una vez, cuando me encontraba confuso en medio á tan sombrías cavilaciones, veo entrar mi criada con una carta, al mismo tiempo que me dijo, dominada de una súbita alegría, con una placentera sonrisa y un gesto gracioso, encantador:

—¡Señor Leonardo, tome usted y anímese, alégrese, es de la señorita!

—Así como un revoltoso é inocente chicuelo, al ver en un hermoso búcaro, una profusión de deliciosas, lozanas y odorantes flores, una alegre mariposita que aquí y acullá vá trémula, extendidas las sedosas y bellas alitas, posándose graciosa y lentamente sobre la corola de cada una de ellas, y salta él de improviso y la hurta, aprisionándola con fruición entre sus manos; así, así, cual él, dí un salto y la arrebaté á mi buena doncella la carta de mi Adela y con amor la oprimí en mis palmas y la cubrí de ardientes besos. Cuando leí mi

nombre en el sobre y ví su elegante letra, experimentó mi alma un placer indefinible, una dicha tan sublime, que por un instante me quedé como fuera de mí, casi insensato...... Recuerdo que, vuelto de mi sopor, mi joven doméstica, muy asustada, me daba friegas y bañaba mi frente con Agua de Polonia. Al volver en mí, lo primero que busqué fué la mano de mi amada, digo, de mi criada, y estampé en ella muchos besos...... ¡ Sencilla, casta y buena joven ! ¡ Ella comprendió la causa que originaron mis locos impulsos, mis besos, y, enternecida, brilló en sus suaves párpados una perla del llanto de sus negros y expresivos ojos, una trémula lágrima, que denunciaba su agradecimiento y la tierna bondad de su incauto corazón !...... Abrí y leí instantáneamente el pliego que contenía, y al terminarla, vestíme á prisa, tomé mi junco, me calé el *chapeau* y salí. Entonces, ya en la calle, me encontré á éste, (me señaló), y trájome aquí, ¡ y aquí me tienen ustedes tan contento como siempre !

—¡ Bravo !...... ¡ Bravísimo !—prorrumpimos casi todos.

Y dirigiéndose á mí agregó :

—Rehusaba comunicarte estas penas porque evidentemente te habrías burlado de ellas, de mi desgracia.

Nos reímos de su cándida precaución y encarecidamente le rogamos que nos leyera la salvadora epístola.

Negóse á ello, diciendo que no le agradaba lisonjearse de lo que le escribía su ídolo. Pero tantas fueron nuestras instancias, que cedió, sacándola del bolsillo y opinando que yo la leyera.

Así lo hice. Decía así :

—"Leonardo mío : Eres un ingrato ; debía borrar tu imágen de mi pensamiento y lo mismo tu nombre, ¡ desleal !, y quisiera no llamarte ; pero, aunque me dá pena decírtelo, yo no puedo vivir tranquila sin verte ; sin tí, Leonardo querido, soy una flor sin tallo. Por el amor que has inspirado en mí es que me he sentido excitada á escribirte : te amo muchísimo, como puede amar una mujer por primera vez, con todos mis sentidos y con el alma entera...... Si, cual me lo has jurado, me quieres verdaderamente, ven ; yo te recibiré con la ternura que siempre te he dispensado ; mas si no accedes á mis rue-

gos, mostrándote inflexible, firmemente creeré que no te intereso. Con impaciencia te espero. Olvida los estravíos de mis celos y las raras voluntades propias de mi naturaleza de mujer, perdonando á tu

Adela."





DEBILIDAD DE CARÁCTER



¡Conozco una patrona que tiene un genio inaguantable! Se llama la "Señora Narcisa." Y figuráosla; ancha de cuerpo, pero muy ancha, y cuando camina os tienta la risa: ¡Qué movimiento de caderas tan exajerado, Santo Dios, qué pechos tan abultados, tan enormes, y qué balanceo á imitación de las patas!...... Pero lo mejor, más gracioso y, si se quiere, más culminante, es el movimiento lánguido y como acompasado de cabeza con que acompaña todos sus gestos! ¡Es una lancha, con todos sus aparejos, que *navega* viento en popa!...... Tiene la piel sanguínea, la boca anchísima y armada de una fila de dientes largos y salientes, y agregadle cierto mostacho, muy particular y muy feo, y una orla bellosa de barba poco notable; todo ésto bajo unos ojitos grises sin brillo que os ven con cierto cariño, con una expresión así como amorosa y compasiva, y ya tenéis para pasar á un lienzo, si manejáis la paleta, un busto gracioso, feísimo, picaresco, qué sé yo.

¡Y es atroz! El otro día desde el primer escalón del alto echó á rodar de un empellón por la escalera á mi buen amigo Juanito......¿Queréis saber la causa? ¡Porque le debía un cuarto de año de hospedaje!

¡El pobre Juanito! Si yo hubiera contado con algo más de recursos, de lo que necesito, con qué gusto le hubiera ayu-

dado! Es un tonto; pero tonto rematado, á pesar de tener ya más de veinte y tres años y disfrutar de una vastísima instrucción. ¡Y es capaz de dejarse pacientemente morder del lebrel del vecino, sin tomarse la molestia de romperle una canilla por temor de perder una de las suyas!

Conque ya conocéis á Juanito, el estudiante aprovechado, pero muy tímido y con ribetes de bobo.

Habíase quedado en la orfandad, y un tío, que habitaba una linda casita en un campo del Mediodía en Francia, le enviaba á mediados de cada mes una pensión equivalente á trescientos bolívares; pero hacía cuatro meses que no la recibía y tuvo, para poder estar bien con la Señora Narcisa, que deshacerse de algunos pesos que había ahorrado. Unas siete cartas remitió á París á su tío, en las que le pintaba sus necesidades y pedía refuerzos para vencerlas; ellas no obtuvieron respuesta. Figuraos, pues, las angustias de mi amigo: solo, sin contar con un arte que le remediara y con su carácter, su carácter vergonzoso.

—¿Y qué hago yo, mi señora?...... ¿Quiere usted que salga á robar para satisfacerle?

Decíale Juanito en tono aflictivo, con la piadosa humildad de un místico abate, que reconviene á sus feligreses, poniendo un semblante tan angustioso que daba lástima.

Y la obesa patrona, con las facciones alteradas, moviendo el talle y agitando los brazos en las mismas barbas, gritaba:

—¿Pero se ha creído usted, so...... pela-rábanos, que yo regalo las habitaciones y que la comida que se mete ¡tan frescamente en el buche! me baja del cielo?

Y poníase en jarras, y sacudiendo la cabeza y con un meneíto de cuerpo algo grotesco y acentuando la voz en cada palabra, en un tono amenazante, agregaba:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Paréceme á mí que usted todavía no le ha visto los dientes al lobo! ¿Se ha fijado usted en mis puños?—y se los mostraba colérica;—pues, ¡ándese con cuidado, señor mío, con mucho cuidado...... mire usted bien donde pisa porque......!

—Pero Juanito,—le decía yo á menudo,—¿por qué no cambias de residencia? ¿No ves que esa mujer, el día menos pensado, te vá desfigurar las narices si te coje con un

objeto de esos que suele tirarte, cuando está de mal humor contra tí?

—Y ¿qué quieres que haga?—contestábame cruzando los brazos.—Ya lo habrás advertido: cuando la digo que me marcho á otra parte, eso sí, contando con mi deuda, que no olvido, me aconseja con buenos modos que me quede. Es desconfiada, lo he comprendido, y por esto quizás teme que la deje santiguándose, ¡cómo si yo me atreviera á cometer tan indigna acción!

Y cierto era todo lo que me decía.

En la noche, al acto de llegar la hora de comer, corría la bribona al cuarto de Juanito, y, con sigular alegría, le cepillaba sus trajes, mudaba con agua fresca la de la aljofaina, arreglaba las prendas del tocador; todo esto acompañándolo de una charla amena, chistosa, saturada de mimos y riendo sus propias bromas con las gracias de una loquilla. Después se le acercaba y le ofrecía su brazo, como á una niña, con una exquisita galantería propia de una alta señora; él se apoyaba gustoso y, conversando alegremente, como dos buenos amigos, así penetraban en el espacioso comedor y se sentaban á la mesa.

—Venga, mi amado Juanito. ¡Qué simpático y qué agradable es usted! ¡Lástima de muchacho! ¡Oh, Jesús, que mal tío tiene usted! ¡Mire que olvidarlo así, así como á un fardo, sin decirle nada, sin pensar en su situación, en su vida de muchacho joven, que le place divertirse!......¡Si se habrá muerto el buen señor!

Estas y otras cosas por el mismo tenor le decía á medida que iba sirviéndole. Y luego se sentaban muy pegaditos y comían en el mismo plato.

Cuando llegaba un amigo solicitándolo:

—¡Ah!—le decía ella al contestarle—¡mi pobre Juanito se la pasa muy triste! Figúrese usted, ¡más de cuatro meses sin recibir un centavo del tío!

Si al día siguiente, por ejemplo, llegaba el cartero, se apresuraba á recibirle; y haciéndose cargo de la correspondencia entregada, subía con ella de dos en dos los escalones de la escalera, para acortar la distancia; y agitada, confusa, respirando fuertemente, se presentaba sudorosa, de improviso, como una aparición, en el cuarto delante de Juanito.

—Tome, amigo mío,—decía con voz febril, entregándole las cartas.—Lea usted, Juanito, pronto, lea por amor á su tío.

Y al mismo tiempo se enjugaba el sudor con su níveo y ancho delantar.

Juanito, atropellando, por cierta emoción que le dominaba, las frases que articulaba, comenzaba la lectura. La Señora Narcisa no conocía ni la J.

—"Pánfilo Fuentes Bergantina."

La patrona le arrebataba la carta con la más pura naturalidad, y decía ansiosa:

—La otra, la otra......

—Don Casimiro Castro Carrisonda.

—Démela...... Siga usted.

Y á cada nombre que seguía pronunciando, se acongojaba, porque la patroncita encogía los hombros con un gesto desagradable, á la vez que en él clavaba una mirada terrible.

Faltaba la última; pero no tuvo la molestia de leerla, porque en su desalentada actitud, ella comprendió que era inútil. Perdió entonces la paciencia y dió con el pié en el piso, con un gesto de furor, gritando:

—¡Esto es ya demasiado! ¡Demasiado! ¡Debía abrirse la tierra que lo sostiene á usted y tragárselo!

Y, atacada como de una ira de loca, bajó, medio tambaleándose, la alta y pronunciada escalerilla y penetró en su alcoba, donde fué ante su humilde altar y se arrodilló, murmurando una plegaria con sagrado fervor y recogimiento.

¿Verdad, mi buena lectora, ó mi buen lector, que tánto élla como Juanito eran acreedores á nuestra digna compasión?

Sin embargo, como todo cambia en nuestra existencia, un nuevo estado se le ofrecía al desafortunado y tímido estudiante.

Una tarde, dos días después de lo que antecede, al poner la patrona en las manos del joven la correspondencia, notó que se puso lívida su tez, y sus manos, temblorosas, dejaron caer las cartas al suelo. La Señora Narcisa las recogió y, presentándole la que más la había impresionado, una que tenía en toda su extensión, por los bordes, una ancha franja negra, le dió ánimo, diciéndole con conmovida voz:

—Abrala y léala, Juanito; valor, hijo mío; á todo lo de este mundo se le acoge con resignación; paciencia y esperar, ése es mi axioma, consérvelo en su memoria.

—Gracias,—dijo Juanito á la bienhechora mujer. Y no se hizo instar. Abierto el sobre, leyó el pliego, que decía:

—"Sobrino mío: estoy próximo á sucumbir, víctima de una tremenda caída que sufrí ha dos meses en una barraca, por cuyas inmediaciones dirigía el trabajo de algunas construcciones de mi propiedad. El caballo, que á la sazón montaba, fué sacado medio muerto. En la Agencia de negocios de los señores B***, á quienes he escrito y enviado una orden, puedes reclamar ochocientos "francos." No había podido escribirte, hasta ahora, por no permitírmelo mi gravedad; ésta me ha costado intenso trabajo. Al recibirla, procura lo más pronto ponerte en viaje para acá, te necesito. Recibe la bendición de tu tío, que te quiere tanto como á un hijo y no te olvida.

Gregorio M. Perdigón."

La patrona, así como una barca que surca las ondas de un bonancible mar, al faltarle el noto, pliega las jarcias y corta las aguas en silencio, siguiendo su rumbo en medio de una "calma chicha," como dicen en cierta zarzuela; así, ella dejó caer sus ebúrneos y redondos brazos sobre sus abultadas caderas, é inclinó tristemente la cabeza sobre su pecho, exclamando:

—¡Se va mi Juanito!

El joven estudiante se acercó á ella, y tomando una de las manos de su patrona, la besó con veneración y cariño, murmurando:

—¡Mi buena señora!.... ¡Ah, y yo que la había juzgado mal!

¡Nunca jamás, en su vida, se había atrevido Juanito á expresarse así, con ese singular valor, á ninguna mujer, á nadie, por su notable timidez! ¡Si lo hubieran oído y contemplado todas las personas de la casa, lo hubieran considerado como un acontecimiento...... de familia!

Ambos se miraron compasivamente, con esos dulces ojos con que suelen verse dos séres que recíprocamente se quieren.

¡Debilidad de ellos, tal vez!



EL MAL QUE AQUEJA AL MUNDO

—

(CUENTO ALEGÓRICO)



I

Supongámonos el mundo, un inconmensurable Campo, en el cual germinan todos los goces y desdichas humanas, bajo el infinito cielo coronado por la exuberante y hermosa Naturaleza. Y que nuestros sentimientos, transformados en Virtudes, llenas de vida, tengan residencia en él y lleven en sí nuestras pasiones.

Con este breve episodio, pues, comencemos nuestro cuento:

II

En el centro de ese extenso Campo, vénse dos bellísimos bosques, á los cuales, apenas separa el uno del otro una amplia senda tapizada de una blanca alfombra de nardos tejida con malabares, la cual los comunica.

Esos dos lindos bosques están esmaltados con profusión de caprichosas y odorantes flores, que ostentan en sí todos los tonos más singulares y bellos del éter; sus incontables plantas se estremecen suavemente al sentir el invisible ósculo del blondo céfiro; y en torno están circundados de apacibles, risueños manantiales, que se deslizan con ondulaciones de

perezosa serpiente por en medio á los verdes tapices de césped, y en cuyo límpido movible cristal, resplandeciente al aliento ardiente de Febo ó al ténue de Diana, copia las infinitas estrellas que fulguran en el inmenso piélago azul del firmamento.

Ahí, en esos amenos y deliciosos bosques habita, en uno el Amor, en el otro el Placer.

Ambos son nerviosos, inquietos, y se estiman como hermanos; mutuamente se comunican sus pensamientos, que hacen uno solo, se confunden entre sus brazos y á menudo, reposan en el mismo lecho, embriagados con sutiles y delicados perfumes.

Cuasi siempre están juntos y hasta parecen concentrarse en un solo aliento de existencia.

III

Sigamos, á sus espaldas, un camino lleno de curvas y escabrosos ventisqueros, por donde se alzan multitud de plantas parásitas, árboles sin fronda, secos, inclinados y medio caídos bajo el influjo de su débil savia, y cuyo triste é impasible aspecto, les dá apariencias de gigantes esqueletos, por decirlo así, de solitarias áridas regiones, dó tan sólo imperan los ábregos, las feroces bestias salvajes y las plagas de la atmósfera, rodeadas por el mústio é imponente silencio de los osarios. Tomando, pues, esta dirección, llegamos ante una eminente cima que domina toda la inmensidad y todo el grandioso Campo en su hermosa perspectiva.

La cima de la elevada montaña está coronada con una construcción de hierro, negro como el manto del huracán, y, como la de éste, su presencia es horrible.

Ahí residen, en familiar unión, dos ruines y poderosas Virtudes: La Envidia y su hija, la Hipocresía.

Ambas llevan el rostro cubierto con un antifaz, que por rareza llegan á descubrirse.

IV

Sobre la inaccesible pendiente, que tiene su germen desde la prominencia de una virgen colina, por entre un compacto

grupo de arbustos, una encantadora cabeza de mujer, que sonríe amorosamente y mira con voluptuosos ojos, incitante y provocadora, aparece por un claro luminoso que semeja una cosa así como un artístico nido en el frondoso verde follaje. Su cuerpo, casi imperceptible, se adivina en los majestuosos pliegues de su túnica de diosa, que los ramajes vela casi enteramente...... Es la Esperanza, que es tan divinamente bella, y está tan poseída de su hermosura, que, con cierta dulce negligencia, olvidada por instantes de su recato, deja traslucir el lindo delineamiento de sus formas tentadoras.

¡ Ay ! El desdichado y el feliz piensan perpetuamente en élla, que los alienta y contenta, ó los decepciona y entristece, porque, permítaseme la hipérbole, cual náyade divina apenas se deja entrever nos subyuga y electriza.

V

Y allá, hacia un extremo, á la falda de una enhiesta y altísima montaña, que semeja tocar con su cresta, de color bermejo ó gris, el diáfano éter, se destaca con una pureza magnífica de líneas, como un blanco girón de armiño, abandonado á las plantas de los árboles, entre el boscaje, una sencilla, blanquecina choza, rodeada de una exhuberante vegetación, que cuasi la arropa en todo su círculo con sus riquísimos follajes, tan copiosos y tan estrechamente unidos los unos contra los otros, que el flamígero rey, no logra con su ardiente aliento competir con la serena y apacible sombra que se bosqueja bajo tan espesa capa.

A su frente, altivos cocoteros, semejando sobre la dilatada espesura, olímpicos caciques del matizado florestal, columpian lánguidamente sus esbeltas copas á los besos de las auras y las sílfides; y todo, al suave susurro que se levanta de toda la hermosísima zona, no parece sino que, incógnitos enamorados diocesillos vienen á posar sus invisibles labios celestes en los cármenes de todas las flores; y al aletear dulcísono de sus incorpóreas alas, hacen palpitar los ramajes con sus frondas, produciendo esa leve y singular harmonía, que figura una cosa así como estallido de secretos besos, besos armoniosos que remedan los céfiros.

Anchos hilos de transparente agua corren por doquiera, entre innumerables surcos, y serpentean en contorno de la humilde vivienda y van perdiéndose allá, en lejanía, brillando al reflejo de los astros, como una infinita cinta angosta de plata reluciente.

Bandadas de palomas y de aves canoras y una lluvia de mariposas, de brillantes matices, revuelan en derredor de la choza y la cubren con sus primorosos y delicados cuerpecitos.

En este palacio de la Humildad habita la Inocencia.

La virtud inexperta se encarna en la Inocencia.

Es una tímida doncella, que lleva un traje de azahares y azucenas; linda, sonriente y dulce deidad, que se aduerme descuidada, con natural y bello abandono, sobre la suave alfombra de hierba que tapiza el exterior de su choza.

VI

Pero el Amor y el Placer, ambos, entrelazados sus alabastrinos brazos en torno de sus talles, cruzan ante ella en apacible vuelo, alegres, traviesos, dejando en el aire, que la acaricia, el argentino y dulce eco de sus infantiles carcajadas y la esencia del ámbar glorioso que los perfuma, y que desparraman al pasar, saturando el ambiente, que élla con inefable gozo aspira, estremeciéndose á su pesar, sintiendo en sí una inexplicable inquietud, ¡ admirada de aquéllos retozones querubines que la embelesaban á su paso !

VII

El Amor viene, se la acerca y, rodeándole su flexible talle, murmura en su oído sublimes, apasionadas frases; con su aliento la extasía, la enloquece, y luego, al dejar en su alma pura el germen de su fuego sacrosanto y divino, la pasión, abandónala, la entrega en brazos del Dolor y del Destino, sumiéndola en la nebulosa región de la Tristeza, y hurtándola su dulce risueña mensajera, la Alegría.

VIII

El Placer medita el modo de adquirirla, de hacerla suya, siquiera unos instantes, libar el néctar del cáliz de tan bella y odorante flor.

La acecha, y, cuando la vé enternecida, como fuera de sí por el Amor, que la engaña, la persuade de lo que es el ardiente anhelo suyo, lo más tentador, la felicidad más infinita que logra todo sér en el momento dado, cuando ya está próxima á ceder á los misteriosos impulsos que la van dominando lentamente más y más en sus sentidos y en su corazón, él, el Placer, para atraerla por completo, se arrodilla á sus plantas, la toma sus manos y se las cubre de apasionados besos, solloza en su presencia, suplicante, emocionado, hermoso aún más en ese momento por la pasión; después, como la contempla arrobada, con sus hermosas pupilas medio entornadas por sus párpados, con cierta languidez y un brillo purísimo en ellas, que hacen adivinar la impresión ardorosa de que está poseída, se levanta y, abrazándola, la besa en los labios, en sus mejillas, en su cabellera: élla se siente toda trémula, confusa, y como enagenada, olvidándose de todo, ardiente y apasionada, sintiéndose rendida, en éxtasis desesperado lo abraza también estrechamente contra sí y se abandona en sus brazos con la docilidad más pura del alma.

El Amor despliega sus sonrosadas alas y los cubre bajo ellas......

IX

La Envidia y la Hipocresía, que los ha sorprendido, desde su miserable mansión, sonríen con sarcasmo.

Ruines pensamientos aguijonan sus entrañas, torturan sus cerebros, causándolas el desvelo, el insomnio más abrumador. Ellas la habían incitado, confundiendo sus facultades con sus perfidias, para gozarse en verla padecer. ¡ Ah ! ¡ La torpe y malvada inquina ! ¡ Qué abominables sois, Envidia é Hipocresía !

X

Ellas habían estado muchas veces en su choza, so pretexto de prodigarla sus cuidados, ¡ era tan buena ! ¡ y pasar una vida inquieta, mustia, nada más que por haberla herido en el corazón con su dardo el diocesillo amor ! ¡ Oh ! éllas la harían de vez en cuando compañía......¡ Ay ! ¡ su amistad, pobre virgen, la había costado la desgracia !

XI

La vez última que fueron, estaba élla, muy pensativa, sentada sobre un ancho y largo haz de bejucos amarillentos, tostados ya por la ardorosa lumbre del Sol. Tenía sus lindos ojos amoratados y ojerosos, y muy brillantes. Por sus tristes miradas y sus húmedos párpados, se comprendía que había llorado. Estaba enferma de nostalgia; pero nostalgia de amor.....

¡ Dios mío ! ¡ Cuánta falsía, ¡ ay ! ¡ cuánta falsía de aquéllas bocas impuras, halagó sus oídos, conmovió su espíritu y cautivó su corazón !...... para perderla, mancharla con el fango de la impureza......

XII

El Amor desplegó más sus alas, dejó salir el Placer y en vertiginoso vuelo desapareció lejos, muy lejos.

El Placer, con la sonrisa del triunfo en sus carmíneos labios, camina con lentitud, por sobre las marchitas flores que tachonan multitud de tristes plantas; plantas que guían al fragoso sendero que conduce al recinto de la Hipocresía y la Envidia.

Vá á expresarlas su gratitud.

Ora está frente á éllas, que lo habían advertido, y le esperaban, sentadas sobre un prominente peñón, que intercepta la entrada de su vivienda.

Ellas lo reciben prodigándole sus besos y sus caricias y perciben sus sensaciones, siempre burlonas.

XIII

Ahora, después que han satisfecho sus viles sentimientos en la Inocencia, la tachan de frágil, se mofan de sus santas y honestas cualidades, la desprecian, arraigando en su tierna y sensible alma el pesar y la desesperación, no dando fe á su sagrado conmovedor arrepentimiento.

XIV

Entonces, la Caridad, Virtud de fisonomía afable y bondadosa, que viste traje severo, negro, de pálido semblante y amorosos ojos, impulsada por su piedad y casto cariño, aban-

dona un instante la hermosa pradera en que tiene su mansión y presurosa recurre á la Inocencia, y tendiéndola sus brazos, en los cuales la recibe, la prodiga su solícita y benefactora protección. La Inocencia llora, dando tregua un poco á sus dolores, con el bendito lenitivo que encuentra en aquellos dulces y puros halagos. La noble Caridad, á su lado, teniéndola estrechada, la consuela con sus expresiones tiernas, y con maternal amor, con dulzura la reprende su torpeza; la señala todos los malos caminos de que está colmada la Tierra; de tánta ignominia y maldad que predomina en muchos de entre nuestros semejantes; en fin, de todas las causas que conducen á la fatalidad, y compartía con élla su acerbo dolor.

XV

La Hipocresía se compadece un tanto de éllas; se aproxima á la Inocencia, y derrama sobre ella consoladoras frases, virtiendo algunas lágrimas.

Pero la Envidia, que procuraba una ocasión para acercarse á su hija, la logra y la atrae; y lamentando su debilidad, llena de rabia, la amenaza con darle la muerte si no se guía tan sólo por sus designios.

Y se alejan ambas, y ya en su vivienda, tornan á incoar más encarnizadamente su inquina.

XVI

El Amor, con su carcaj lleno de saetas á la espalda, y el Placer, abrazados, (en la actitud que los presenté á mis lectoras y lectores en el capítulo VI), pasan por ante la Caridad y la Inocencia, conmoviéndolas desde lo más íntimo de sus almas.

La Caridad dá un postrer beso á la linda doncella y huye espantada...... Después, pocas veces acude á su lado á consolarla, á mitigar sus penas, por temor á la Envidia y á todas las demás Virtudes.

XVII

¡Y he aquí por qué casi siempre la Inocencia es de tan breve duración!...... ¡He aquí por qué está desamparada, con

frecuencia, de la Caridad y acompañada, perennemente, del Amor, la Hipocresía, el Placer y la Envidia!

¡ Mientras la Caridad solloza por su impotencia! .....

XVIII

¡¡ Ese es EL MAL QUE AQUEJA AL MUNDO !!



ÍNDICE

Páginas.

ERRATAS (*)



Página.	Línea.	Donde dice :	Léase :
22	5	entregándome	entregado
«	7	á sí mismo.....................	á mí mismo
25	9	al estrecho.....................	el estrecho
«	10	en su cielo.....................	en un cielo
«	13	para estudiar..................	para interrogar á
26	3	do á la..........................	do la
«	31	todos mis esfuerzos pondré..........................	pondré todos mis esfuerzos
27	12	guardaba..	guardaban
«	19	perdía	perdían
«	23	deja	dejan
28	36	engrandaron	dilataron
31	9	de Natura.......................	por Natura
33	23	desterrara	me desembarazara de
«	«	embargara	embargaba
«	24	Bendije desde..................	Bendije con
35	1	á la Venus?.....................	á la Diosa Venus?
«	10	¡ La Venus !.....................	¡ Venus !
«	13	Bañó á su........................	Bañó su
«	16	¡ Diosa divina,.................	¡ Divina Diosa,
«	22	La Venus.........................	La Diosa Venus
37	18	arrolló á la mía	arrolló la mía
«	22	viendo á mi.....................	viendo mi
«	26	avanzé por la senda interrumpida	seguí mi interrumpida senda
«	29	turbando á mi sueño ideas.	turbando mi sueño con ideas
«	34	por ese instinto	con ese instinto
«	18	teniendo á mi sér............	teniendo mi sér
41	2	esmeradísima	esmerada
«	17	igual que un pez	igual á un pez
43	15	los saltenes	las sartenes
«	16	ablanda..........................	ablandará,
«	29	llevando.........................	llevándose
44	24	esmocky.........................	smockyng
46	8	á la loma	la loma
«	14	acometer con..................	acometer á
47	12	intimarme	intimidarme
«	36	anétdota.........................	anécdota
48	29	sugeción.........................	sugestión
49	18	cabeza á—estrechó su......	cabeza y á—estrechó la
»	26	mi señora	la señora
50	7	corpartía	compartía
51	1	(que le	(los que le
52	14	hería á la	hería la
53	2	con su galán....................	de su galán
54	13	procure por.....................	procure

Página.	Línea.	Donde dice :	Léase :
»	25	fección	afección
56	1	para llegar la	para la
«	17	ordinaria madera	madera ordinaria
«	18	el aire	aire
57	35	adherido en	adherido á
60	13	pues—lo hice	¿pues—lo hice?
61	3	con tantas	con tantas más
«	9	y este	el cual
«	11	le tenía	ya le tenía
65	14	quedó sobre el otro	quedara sobre el otro
«	16	rodillas! que yo,	rodillas, que yo
68	20	relucía á	relucían á
72	1	y á acudido	y ha acudido
73	12	prendían á su espíritu	prendían su espíritu
74	8	vo su imágen	vo en mí su imágen
75	3	á su sér	su sér
80	24	fué á reir	fué reir
81	11	se me quadaba fuera	se me olvidaba
«	31	Tendí	Eché
82	22	lle inflado	lle tan inflado
84	1	tranquilamente,	tranquilamente en un sillón,
«	2	veía al ligero vapor, que	veía el ligero vapor que
«	3	del "puro,"	de un "puro" que á la sazón fumaba,
«	7	de regocijo	del regocijo
85	4	pulgatorio	purgatorio
86	18	cogido	asido
87	3	tomando	tomó
88	16	magullar	masticar
88	24	inquisiciones	torturas
«	29	en dividirlo	por dividirlo,
«	35	buscábale con su pié querella	le buscaba querella con su pié
89	6	maltratóle	le maltrató
«	22	sin interrumpirse	ininterrumpida
90	1	á él	hacia él
«	12	teníamos á un	teníamos un
«	14	simpatizó	simpatizaron
«	19	Incomodó	Incomodaron
93	30	cebello	cabello

(*) Por el extraño modo que he empleado en la creación de este trabajo—el cual finalizaba con una novela, que he suspendido, y publicaré más adelante—se me han escapado estos errores. Y así estos, como otros, que quizás adviertan mis bondadosas lectoras y lectores, ruego me perdonen. (S. G. P.)




00039986300
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL